

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

La primera Exhortación apostólica de León XIV

Dilexi te





Sumario

EDITORIAL

La exhortación de León XVI: un texto que propone los fundamentos de la Revelación cristiana y de la tradición de la Iglesia

ANDREA TORNIELLI en páginas 3-4

NUEVA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

“Dilexi te”: no se puede separar la fe del amor por los pobres

SALVATORE CERNUZIO en páginas 6-9

Dilexi te, un icono de la enseñanza de la Iglesia

B. CAPELLI Y S. CERNUZIO en páginas 10-14

La pobreza, la condición humana y el corazón

ARTURO LÓPEZ en páginas 15-17

PAPA LEÓN XIV Y EL AÑO JUBILAR

Jubileo de los trabajadores

de justicia en página 19-22

Jubileo de los catequistas en páginas 23-26

Misión Ignis Mundi, un oasis para miles de personas en una periferia de Costa Rica

ROCÍO LANCHO GARCÍA en páginas 27-29

ACTIVIDADES DE LA IGLESIA

El arzobispo Gallagher

en la Asamblea General de las Naciones Unidas en páginas 31-37

El encuentro entre León XIV y el presidente de la Comisión Pontificia para la Protección de Menores en páginas 38-39

El Papa a la Guardia Suiza

ANTONELLA PALERMO en páginas 40-42

La memoria afectiva como hilo de *Fratelli Tutti*

MARCO GALLO en páginas 54-55

El Camino de Santiago, un laboratorio de identidad y Ecología Integral

LORENA PACHO PEDROCHE en páginas 56-57

La herencia de John Henry Newman en las enseñanzas de Juan Pablo II

MOSN. GRAZIANO BORGONOVO en páginas 60-63

DOCUMENTACIÓN

Intervenciones en páginas 64-93



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición

en lengua española

Director editorial

ANDREA TORNIELLI

Director

ANDREA MONDA

Encargada de edición

SILVINA PÉREZ

Edición

ROCÍO LANCHO GARCÍA

ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ

LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano

redazione.spagnola.or@spc.va

www.osservatoreromano.va

Servicio fotográfico

teléfono +39 06 698 45851/45852

e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va

www.photo.vaticanmedia.va

Suscripción anual: 40 €

Departamento de suscripciones

(de 9:00 a 14:00)

Teléfono: 06 698 45450/45451/45454

e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

La exhortación de León XVI: un texto que propone los fundamentos de la Revelación cristiana y de la Tradición de la Iglesia

Si Pedro nos recuerda que los pobres son el corazón del Evangelio

ANDREA TORNIELLI

Dilexi te, la primera exhortación apostólica de León XIV, desde su mismo título se vincula con la última encíclica del papa Francisco, *Dilexit nos* (octubre de 2024), y representa, en cierto modo, su continuación. No se trata de un texto de Doctrina Social de la Iglesia ni entra en el análisis de problemas específicos. Propone, más bien, los fundamentos de la Revelación, poniendo de relieve el vínculo profundo que existe entre el amor de Cristo y su llamada a hacernos prójimos de los pobres.

La centralidad del amor a los pobres reside, efectivamente, en el corazón mismo del Evangelio y, por ello, no puede ser relegada a una “manía” de algunos Pontífices o de determinadas corrientes teológicas, ni puede presentarse como una consecuencia social y humanitaria ajena a la fe cristiana y a su anuncio.

“El afecto por el Señor se une al afecto por los pobres”, escribe León. Son, por tanto, inseparables: “Todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”, dice Jesús. Así pues, “no estamos en el horizonte de la beneficencia, sino en el de la Revelación: el contacto con quien carece de poder y grandeza es un modo fundamental de encuentro con el Señor de la historia”.



El Papa observa que, por desgracia, también los cristianos corren el riesgo de dejarse “contagiar” por actitudes mundanas, ideologías y visiones político-económicas engañosas. La incomodidad con que a veces se escucha hablar del compromiso con los pobres —como si se tratara de una distracción respecto al amor y al culto debidos a Dios— revela la actualidad del documento: “El hecho de que el ejercicio de la caridad sea despreciado o ridiculizado, como si se tratara de la fija-

ción de algunos y no del núcleo incandescente de la misión eclesial, me hace pensar —afirma León XIV— que es preciso leer una y otra vez el Evangelio, para no correr el riesgo de sustituirlo por la mentalidad mundana”. A través de las citas bíblicas y de los comentarios de los Padres de la Iglesia, se nos recuerda que el amor a los pobres no es un “camino opcional”, sino que constituye “el criterio del verdadero culto”. Son iluminadoras, también para el presente de la Iglesia, las palabras de san Juan Crisóstomo y san Agustín: el primero invita a honrar a Jesús en el cuerpo del pobre, preguntándose qué sentido tiene llenar los altares de cálices de oro mientras Cristo se consume de hambre a las puertas del templo; el segundo define al pobre como “la presencia sacramental del Señor”, viendo en el cuidado de los necesitados una prueba concreta de la sinceridad de la fe: “Quien dice amar a Dios y no tiene compasión de los necesitados, miente”.

En virtud de este vínculo con lo esencial del mensaje cristiano, la parte final de *Dilexi te* contiene una llamada dirigida a todo bautizado para que se comprometa de manera concreta en la defensa y promoción de los más débiles: “Es tarea de todos los miembros del Pueblo de Dios hacer oír



una voz que despierte, que denuncie, que se exponga”. Aun a riesgo de parecer “necios”.

Un mensaje cargado de consecuencias para la vida eclesial y social: el actual sistema económico-financiero y sus “estructuras de pecado” no son inevitables, y por tanto es posible empeñarse en pensar y construir, con la fuerza del bien, una sociedad diferente y más justa, mediante “el cambio de mentalidad, pero también —con la ayuda de la ciencia y la técnica— a través del desarrollo de políticas eficaces para la transformación de la sociedad”.

La exhortación había sido preparada inicialmente por Francisco. Quien la hace suya es su sucesor, León XIV, que como religioso y luego como obispo misionero compartió gran parte de su vida con los últimos, dejándose evangelizar por ellos.



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DE LEÓN XIV



Publicada la primera exhortación apostólica de Robert Francis Prevost

“Dilexi te”: no se puede separar la fe del amor por los pobres

Un trabajo que inició Francisco sobre el tema del servicio a los pobres. El Papa denuncia la economía que mata, la falta de equidad, la violencia contra las mujeres, la malnutrición, la emergencia educativa. Hace suyo el llamamiento de Bergoglio por los migrantes y a los creyentes les pide que se escuche “una voz que denuncie” porque “las estructuras de injusticia deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien”

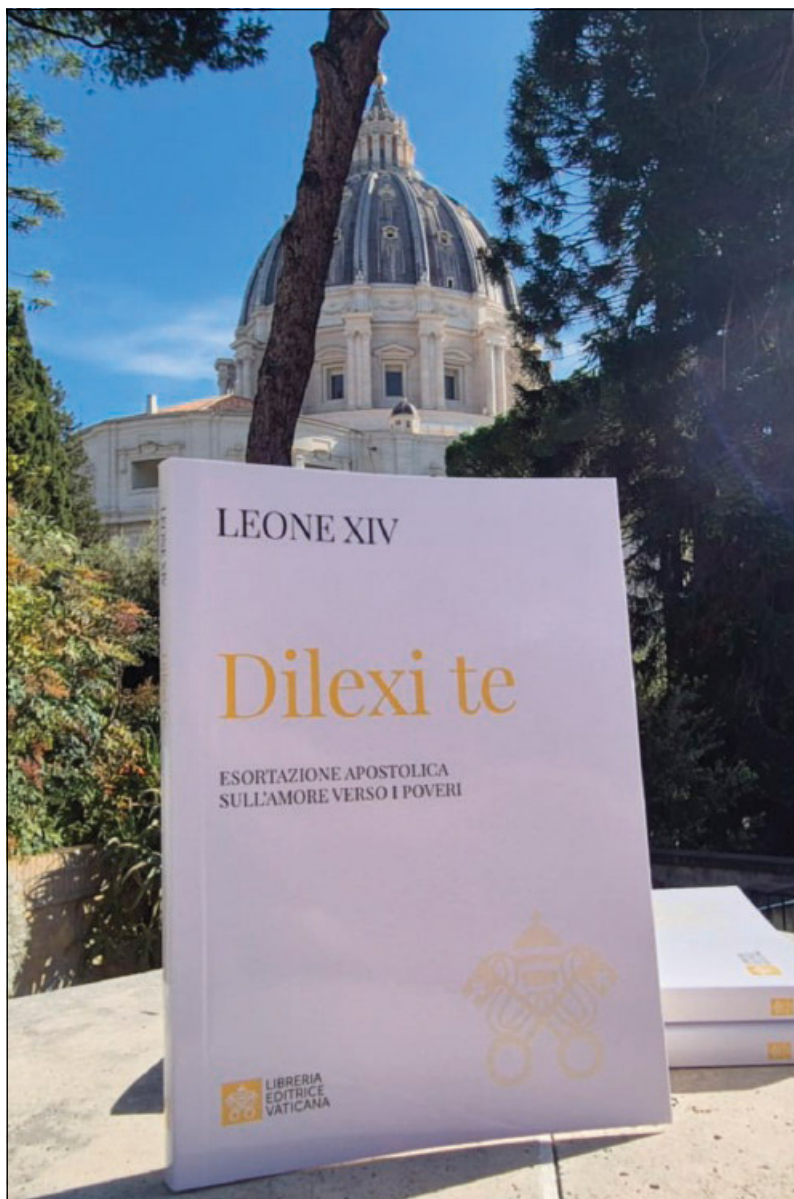
SALVATORE CERNUZIO

Dilexi te, “te he amado”. El amor de Cristo que se hace carne en el amor a los pobres, entendido como cuidado de los enfermos; lucha a las esclavitudes; defensa de las mujeres víctimas de la violencia; derecho a la educación; acompañamiento a los migrantes; limosna; equidad. León XIV firma su primera exhortación apostólica, un texto de 121 puntos que relanza el Magisterio de la Iglesia sobre los pobres de los últimos ciento cincuenta años. El Pontífice agustino con este documento firmado el 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís, sigue así los pasos de sus predecesores: Juan XXIII con la *Mater et Magistra*; Pablo VI y la *Populorum progressio*; Juan Pablo II que consolidó “la relación preferencial de la Iglesia con los pobres”; Benedicto XVI y la *Caritas in Veritate*; Francisco que del cuidado “para” y “con” los pobres hizo uno de las piedras angulares del pontificado.

Un trabajo iniciado por Francisco y relanzado por León

El propio Papa Francisco había comenzado a trabajar en la exhortación apostólica antes de su muerte.

Como con la *Lumen Fidei* de Benedicto XVI en el 2013, también en esta ocasión es el sucesor el que completa la obra. Esta exhortación



representa una continuación de la *Dilexit Nos*, la última encíclica del Papa argentino, que trata sobre el Corazón de Jesús. Porque es fuerte la “conexión” entre amor de Dios y amor para los pobres: a través de ellos Dios “sigue teniendo algo que decirnos”.

En el rostro herido de los pobres encontramos impreso el sufrimiento de los inocentes (9)

Los “rostros” de la pobreza

Son numerosas las ideas para la acción y la reflexión en la exhortación del Pontífice, en la que son analizados los “rostros” de la pobreza. La pobreza de “los que no tienen medios de sustento material”, del “que está marginado socialmente”; la pobreza “moral”, “espiritual”, “cultural” (9). Además, muchas nuevas pobreza “más sutiles y peligrosas” (10) que van de la mano con reglas económicas que han aumentado la riqueza pero no la equidad.



La falta de equidad es raíz de los males sociales (94)

Economía que mata y cultura que descarta

Desde este punto de vista, León XIV considera “encomiable” que “las Naciones Unidas hayan puesto la erradicación de la pobreza como uno de los objetivos del Milenio”. Sin embargo, el camino es largo, especialmente en una época en la que reina la “dictadura de una economía que mata” (92) y persiste una cultura del descarte que “tolera con indiferencia que millones de personas mueran de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano” (11).

De hecho, los derechos humanos no son iguales para todos (94)

Lo que invoca el Papa es un “cambio de mentalidad”, para que la dig-

nidad de cada persona humana sea “respetada ahora, no mañana”.

Acogida a los migrantes

León XIV dedica amplio espacio al tema de las migraciones, a partir de la foto, que dio la vuelta al mundo, del pequeño Alan Kurdi tendido sin vida en una playa. Lamentablemente, escribe, “hechos similares se están volviendo cada vez más irrelevantes, reduciéndose a noticias marginales” (11). Al mismo tiempo el Pontífice recuerda la obra de la Iglesia hacia los migrantes.

La Iglesia, como madre, camina con los que caminan. Donde el mundo ve una amenaza, ella ve hijos; donde se levantan muros, ella construye puentes. Sabe que en cada migrante rechazado, es Cristo mismo quien llama a las puertas de la comunidad (75)

Sobre los migrantes, Robert Prevost hace suyos los famosos “cuatro verbos” del Papa Francisco: “Acoger, proteger, promover, integrar”. Y de Francisco toma prestada también la definición de los pobres como “maestros del Evangelio”. Servir a los pobres no es un gesto de arriba hacia abajo, sino un encuentro entre iguales, (79)

Ideologías, políticas engañosas, indiferencia

El Sucesor de Pedro indica también como “doblemente pobres” a las mujeres que sufren por “exclusión, maltrato y violencia” (12). Y traza una profunda reflexión sobre las causas mismas de la pobreza: “Los pobres no están por casualidad o por un ciego y amargo destino. Menos aún la pobreza, para la mayor parte de ellos, es una elección. Y, sin embargo, todavía hay algunos que se atreven a afirmarlo, mostrando ceguera y crueldad” (14). A veces, observa, son los mismos cristianos quienes “se dejan contagiar por actitudes marcadas por ideologías mundanas o por posicionamientos políticos y económicos que llevan a injustas generalizaciones y a conclusiones engañosas”. De hecho, hay quien piensa que “sólo el gobierno debería encargarse de ellos, o que sería mejor dejarlos en la miseria, para que aprendan a trabajar” (114). Síntoma de esto es el hecho de que la limosna se practica raramente y a menudo se desprecia (115). “Como cristianos, no renunciamos a la limosna”, es el llamamiento del Papa.

Necesitamos practicar la limosna para tocar la carne sufriente de los pobres (119)

En algunos grupos cristianos, observa el Papa León, se percibe la ausencia del compromiso por los desfavorecidos (112). Atención, advierte, porque “existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres” (36). El riesgo es por tanto la “disolución” o la “mundanidad espiritual” (113).

León XIV firma
la exhortación
apostólica
«Dilexi te»,
sobre el amor
hacia los pobres



El 4 de octubre, día en que la Iglesia conmemora a San Francisco de Asís, a las 8:30, en la Biblioteca privada del Palacio Apostólico, el Papa León XIV firmó su primera Exhortación Apostólica, titulada Dilexi te, «Te he amado», en presencia del arzobispo Edgar Peña Parra, sustituto para los Asuntos Generales de la Secretaría de Estado. El documento se presentó el 9 de octubre de 2025, a las 11.30 horas, en la Sala de Prensa de la Santa Sede. La exhortación apostólica tiene como tema el amor a los pobres.



El testimonio de santos, beatos, órdenes religiosas

Para contrarrestar esta indiferencia, existe un mundo de santos, beatos, misioneros. El Papa cita a san Francisco de Asís, Madre Teresa, San Agustín – el cual afirmaba: “Quien dice amar a Dios y no se compadece de los necesitados, miente” (45) – y muchos otros. Después recuerda la obra de las órdenes religiosas por los enfermos, por la acogida a huérfanos, viudas y mendicantes, por la liberación de las víctimas de esclavitud.

La tradición de estas Órdenes no cesó. Al contrario, inspiró nuevas formas de acción frente a las esclavitudes modernas: la trata de personas, el trabajo forzoso, la explotación sexual, las distintas adicciones. La caridad cristiana, cuando se encarna, se convierte en liberadora. (61)

Una “voz” que despierte y denuncie

En la exhortación el Pontífice reitera también la importancia de la educación de los pobres: un “deber”, no un favor. Hace referencia a la lucha de los movimientos populares guiados por líderes “muchas veces bajo sospecha o incluso perseguidos” (80) y finalmente se dirige a todo el Pueblo de Dios pidiendo “hacer oír, de diferentes maneras, una voz que despierte, que denuncie y que se exponga, aun a costo de parecer ‘estúpidos’”.

Las estructuras de injusticia deben ser reconocidas y destruidas con la fuerza del bien (97).

Es necesario que “todos nos dejemos evangelizar por los pobres”, exhorta finalmente León XIV (102): ellos no son sólo “un problema social” sino el “centro de la Iglesia” (111).

León XIV firma la exhortación apostólica «Dilexi te», sobre el amor hacia los pobres

El 4 de octubre, día en que la Iglesia conmemora a San Francisco de Asís, a las 8:30, en la Biblioteca privada del Palacio Apostólico, el Papa León XIV firmó su primera Exhortación Apostólica, titulada *Dilexi te*, «Te he amado», en presencia del arzobispo Edgar Peña Parra, sustituto para los Asuntos Generales de la Secretaría de Estado. El documento se presentó el 9 de octubre de 2025, a las 11.30 horas, en la Sala de Prensa de la Santa Sede. La exhortación apostólica tiene como tema el amor a los pobres.

La rueda de prensa para presentar la exhortación apostólica del Papa León XIV

“La Dilexi te, un icono de la enseñanza de la Iglesia”

BENEDETTA CAPELLI
Y SALVATORE CERNUZIO

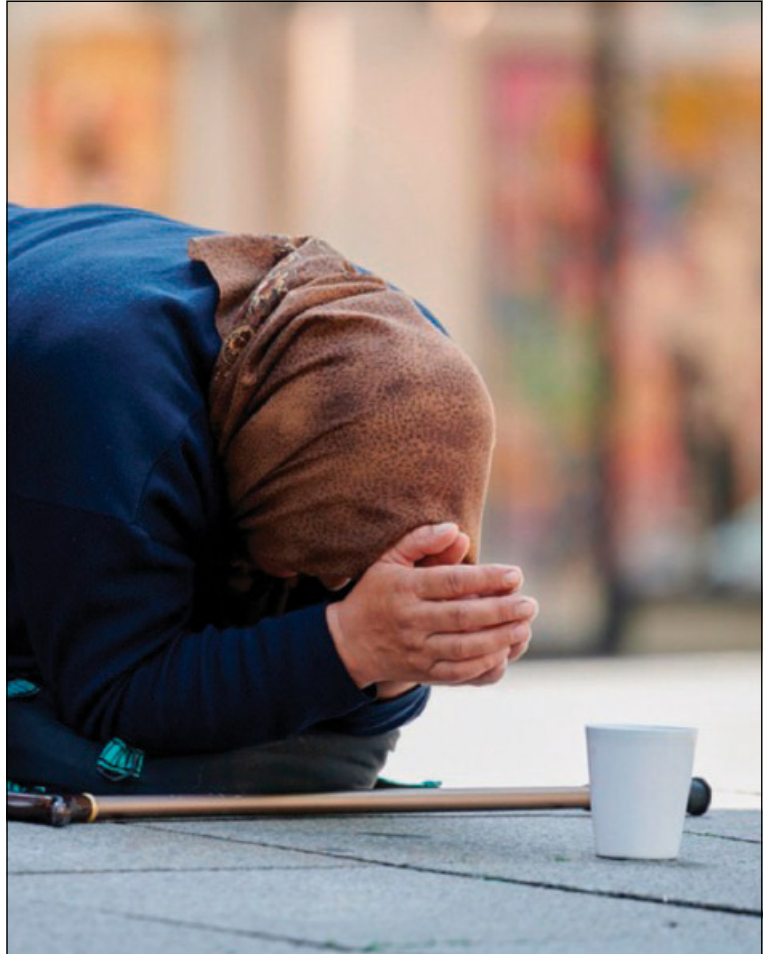
«Tratar a los pobres con dignidad es el primer acto de paz». Este es uno de los puntos centrales del discurso del cardenal Michael Czerny, Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, en la apertura de la presentación de la exhortación apostólica de León XIV, *Dilexi te*, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede. El cardenal describió el documento como «un icono del magisterio de la Iglesia», destacando sus puntos clave y recordando el papel de la Iglesia en la sanación de heridas «físicas, sociales o espirituales».

La pobreza, un tema «teológico»

La pobreza "es un tema teológico" porque a través de los pobres se escucha la voz de Dios, y al servirlos se derriban todas las barreras, afirmó el cardenal. Al analizar la actualidad, donde el valor humano se mide "en términos de productividad, consumo y ganancias", habló de una mentalidad dominante que descarta a los débiles y "merece la etiqueta de pecado social". "La justicia proviene de la inclusión", enfatizó Czerny. Identificó tres pautas para promover el desarrollo integral: la Eucaristía, que nutre a la comunidad; la educación, que libera a las personas de la pobreza espiritual; y el servicio, que es amor social. Estos son caminos que la Iglesia ofrece al mundo para promover "una civilización en la que cada persona sea reconocida como imagen de Dios". Porque de esta conciencia nace la paz, añadió Czerny: "No habrá paz mientras los pobres y el planeta sean desatendidos y maltratados".

El compromiso de la Caridad Apostólica

La metáfora de los pobres como imagen de Cristo también inspiró la reflexión del cardenal Konrad Krajewski, prefecto del Dicasterio para el Servicio de la Caridad, quien recordó sus últimos 13 años co-





Debemos ver a los más vulnerables como actores y no solo como objetos de nuestra compasión o de nuestras políticas, afirmó el franciscano, haciéndose eco del llamado del Papa a un cambio de mentalidad: «Todo pobre debería poder escuchar estas palabras: 'Te he amado'»

mo Limosnero Pontificio, a instancias del Papa Francisco, quien siempre lo instó a "hacer más que hablar". Dilexi te, dijo el cardenal, es un "sello" de lo que la Oficina de Limosnería Pontificia hace a diario: "los primeros auxilios del Papa León". El documento papal, enfatizó el cardenal, demuestra el compromiso de la Iglesia a lo largo de los siglos con los necesitados. Y hoy, este compromiso requiere una acción inmediata. Como la de Jesús, quien "salió temprano, buscó a la gente, a los necesitados. Los sanó ese mismo día y no envió a otros".

Krajewski recordó la época de la pandemia de Covid-19 que, en algunos barrios de Roma, provocó hambruna. Las personas sin tarjeta sanitaria no podían acceder a las vacunas. "Vacunamos a 6.000 en el Aula Pablo VI", declaró el prefecto del Dicasterio para la Caridad. También recordó a los casi 1.000 migrantes y refugiados que llegaban diariamente a la estación Tiburtina, procedentes de Lampedusa. "No necesitaban sándwiches, sino tarjetas telefónicas para avisar a sus familiares". Luego llegó la guerra, que cambió las operaciones sobre el terreno: Krajewski elogió la generosidad de los italianos que enviaron unos 250 camiones desde Santa Sofía a Ucrania con alimentos, camisetas térmicas y generadores.

El cardenal también compartió un recuerdo personal de cuando el Papa Francisco lo escuchó desahogarse. Estaba cansado, le contó lo que ocurría bajo la columnata: 200 personas duchándose cada día, 6.000 al mes; la clínica con unos 100 médicos y dos mil personas al mes que utilizaban sus servicios; medicinas gratuitas para distribuir. Francesco me respondió que lo estaba haciendo todo mal: "Al vestir a los pobres, se viste a Cristo; al cortarles el pelo, se lo cortas a Cristo que viene bajo la columnata". Para mí, fue una ducha fría.

Los pobres, actores y no sólo objetos de compasión

En este sentido, Fray Frédéric-Marie Le Méhauté, Provincial de los Frailes Menores de Francia/Bélgica, enfatizó la necesidad de comprometernos con los pobres, de donar a los pobres, especialmente, mediante la limosna. Debemos ver a los más vulnerables como actores y no solo como objetos de nuestra compasión o de nuestras políticas, afirmó el franciscano, haciéndose eco del llamado del Papa a un cambio de mentalidad: «Todo pobre debería poder escuchar estas palabras: "Te he amado"».

Junto a las mujeres gitanas

Se compartió el conmovedor testimonio de la Hermanita de Jesús Clémence, quien se basó en la experiencia de años compartidos junto a Lari, Pana, Ancuza, Luminiza y otras mujeres romaníes en un terreno abandonado en el sur de Italia. La hermana Clémence compartió su emoción por el cuidado que estas mujeres mostraron, a pesar de la dificultad de ganarse la vida. Son un ejemplo de quienes son "materialmente pobres, pero ricos en humanidad". Muchas

carecen de educación, pero poseen "esa sabiduría que se forma en la precariedad y que anima a compartir y a la solidaridad", dijo la consagrada. Y el Papa, añadió, "nos invita a reconocer la misteriosa sabiduría que Dios quiere compartir con nosotros a través de ellas", esa solidaridad que a menudo olvidamos "porque nos preocupamos por preservar nuestras riquezas".

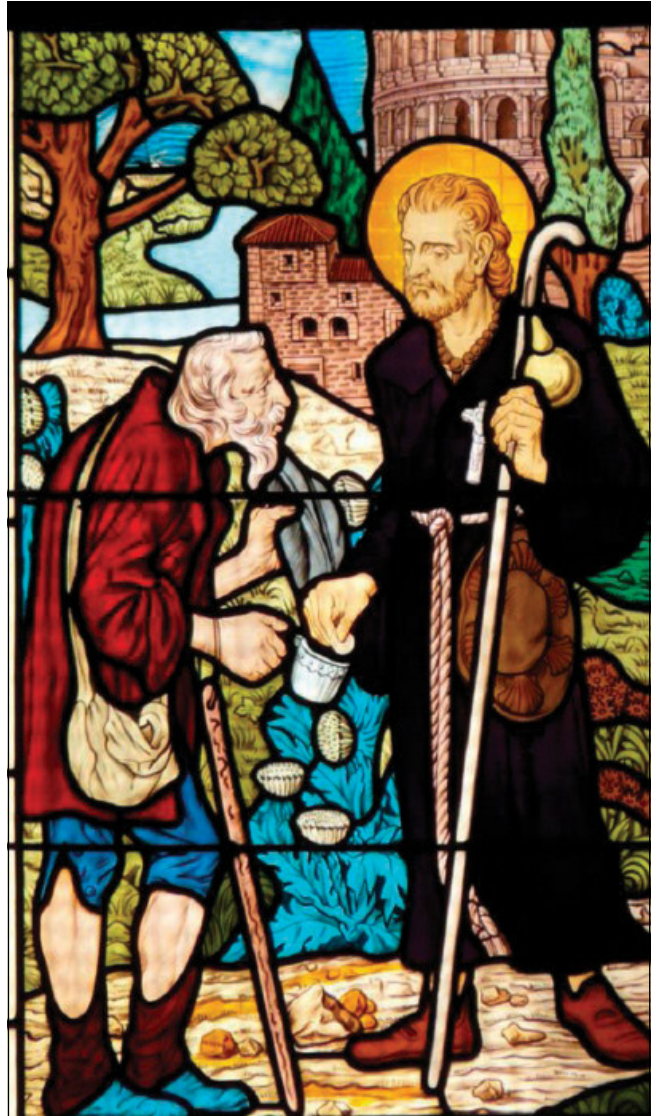
La Hermanita de Jesús, un carisma nacido de la experiencia de Charles de Foucauld entre los pobres, habló de "un verdadero punto de inflexión en nuestras vidas personales cuando nos damos cuenta de que son los mismos pobres quienes nos evangelizan". En este sentido, recordó junio de 2014, cuando un incendio accidental quemó la mitad de los barracones del campamento. «Lo poco que teníamos nuestras familias quedó destruido en cuestión de minutos»; no había techo, refugio, ropa ni espacio para cocinar. Todo tuvo que empezar de cero. «Y sin embargo, ese día no escuché ninguna queja de los vecinos, solo una letanía de alabanzas: «Gracias a Dios que estamos vivos, mañana volveremos a empezar con la ayuda de Dios». Fue a través de ellos que descubrí la capacidad de centrarme en lo esencial, en el abandono confiado a la providencia», dijo Clémentine. «En esto, han sido y siguen siendo mis maestros espirituales».

"100% Francesco, 100% Leone"

Se dedicó tiempo suficiente a las preguntas de los periodistas, muchas de las cuales buscaban comprender el porcentaje de las contribuciones de Francisco y León a la redacción de la exhortación apostólica. «No importa quién escribió qué», dijo Czerny. «Este es el magisterio de la Iglesia. Es 100% de Francisco, 100% de León». Y respecto a las diferentes perspectivas de León XIV y su predecesor al abordar el tema de la pobreza —un enfoque más teológico para el primero, uno más sociopolítico para el segundo—, el cardenal declaró: «El Papa León explicita cosas que quizás el Papa Francisco no hizo explícitas, y podríamos decir lo contrario. La riqueza y belleza de *Dilexi te* va acompañada de la riqueza y belleza de las cosas dichas por el papa Francisco. No podemos poner todo en la misma escala».

Las estructuras del pecado

El cardenal jesuita profundizó en el concepto de "estructura de pecado" que se repite en *Dilexi te*. El ejemplo es el narcotráfico, "apoyado por un sinnúmero de decisiones personales", cada una "un pecado





Una caridad concreta e inmediata, por lo tanto, que es también un medio para dar testimonio del Evangelio, como afirma el Dilexi te .

Un documento que, como comentaron el hermano Federico y la Hermana Menor de Jesús Clémence, es un mensaje para la vida religiosa. «El documento nos desafía como religiosos a repensar el voto de pobreza»

*El Peccado original,
Miguel Ángel, detalle
de la Capilla sistina*



en sí misma" que "se consolida en algo terrible que se infiltra en la economía, los gobiernos e incluso los medios de comunicación...". "Corrupción, crimen, maldad", todos ellos de enorme peso y capaces de controlar a los Estados, afirmó el cardenal: "Es algo que debe tomarse muy en serio".

Un documento para todos

El cardenal también instó a no limitar el alcance de un documento como el Dilexi te a indicaciones dirigidas únicamente a una parte específica del mundo y a la Iglesia. Esto fue en respuesta a la pregunta de un periodista estadounidense sobre si la exhortación era un mensaje para Estados Unidos, donde las fuerzas del orden están actualmente tomando medidas enérgicas contra la inmigración ilegal. "Es como el Evangelio: nadie puede decir que fue dedicado a Inglaterra o Bolivia... Lo que pido es no pensar que estas enseñanzas están destinadas a un pueblo en particular. Somos católicos, somos inclusivos".

"Hay muchos aspectos de la vida en el mundo que no son correctos", continuó el jefe del Dicasterio. "Si tenemos la oportunidad de decir algo, 'el que tenga oídos para oír, que oiga', como dice el Evangelio. Esto no significa tirar piedras a nadie, sino invitar a cada uno a asumir la responsabilidad de sus propias decisiones". En el mismo sentido, el cardenal Czerny, presionado sobre las acusaciones de comunismo o marxismo contra Francisco y el riesgo de que le ocurra lo mismo a León, resumió: "Las etiquetas son las mismas que las del Evangelio contra Jesús: definen a quienes más las usan. El problema no está en los Papas, sino en quienes los atacan".

Caridad inmediata

Más recuerdos y anécdotas sobre las respuestas del cardenal Krakovski a los medios, empezando por el almuerzo de, ayer, en el Vaticano con 16 personas pobres de las duchas bajo la columnata de San Pedro. "En la mesa, usábamos manteles de la mejor calidad y cubiertos de verdad, no de plata. Al salir, uno de ellos me dijo: '¿Por qué nos tratan así? No somos nadie'. Le respondí: 'Eso es lo que haría Jesús'. Así les devolvemos la dignidad. Vienen al Vaticano sin documentos, car-

gando con sus mochilas, que son su hogar. Les devolvemos la dignidad con nuestro trato".

El Limosnero ilustró aún más el mecanismo de caridad establecido por Francisco y continuado por León XIV. «Hay fundaciones bien estructuradas que consumen el 70% de lo que recaudan y envían el resto a los pobres. No necesitamos esto; los recursos deberían servir a los pobres. Enviamos mucho dinero a todo el mundo para ayudar a las comunidades vulnerables. Si hay una necesidad, respondemos al día siguiente; en las instalaciones, tardamos tres meses».

Al respecto, el cardenal recordó el día en que las fuertes lluvias dejaron a muchas personas sin hogar en el barrio romano de Primavalle: «Era sábado, el Papa Francisco me llamó y me dijo: 'Ve allí, lleva el dinero, paga los hoteles de los que están fuera'. 'Santidad, es sábado, los bancos están cerrados'. 'Entonces, no eres limosnero'. A partir de ese momento, parte del dinero siempre está en la Oficina de Limosneros... Para medicamentos, pagamos unos 20.000 al mes a la Farmacia Vaticana. La gente recibe medicamentos gratis. Francisco me dijo una vez: '¿Tan poco?' Y el Pontífice argentino le dijo una vez a Krajewski: «Si no les das el dinero a los pobres, irás al infierno». «Así que», bromeó el limosnero, «puedes estar seguro de que no lo quiero».

Llamamiento a los religiosos

Una caridad concreta e inmediata, por lo tanto, que es también un medio para dar testimonio del Evangelio, como afirma el Dilexite. Un documento que, como comentaron el hermano Federico y la Hermana Menor de Jesús Clémence, es un mensaje para la vida religiosa. «El documento nos desafía como religiosos a repensar el voto de pobreza», dijo el religioso, recordando la bofetada que recibió —él, un joven novicio, «recién salido de la formación»— de un hombre pobre al que le estaba enumerando sus votos, incluido el de pobreza. «Me dijo: 'No me hables de pobreza, sé lo que es'». «El Santo Padre nos exhorta a todos, nos inspira, nos desafía», repitió la hermana Clémence. Es un «llamado» a la vida religiosa a «reconsiderar nuestra forma de vida. Esta actitud de no solo hacer por los demás, sino de vivir con ellos para ver el mundo desde otra perspectiva». Es decir, a «comprender el mundo a través de nuestros hermanos y hermanas más pequeños».



La pobreza, la condición humana y el corazón

ARTURO LÓPEZ

Acaba de ver la luz la primera exhortación apostólica del Papa León XIV: *Dilexi te* (DT). El tema principal son los pobres. Una exhortación en línea de continuidad con la última encíclica del Papa Francisco *Dilexit nos* (DN). Este nuevo documento leonino resalta una de las características no sólo de algunos hombres que por elección o necesidad se ven privados de medios económicos sino que también destaca una de las características de la antropología humana que quizá hemos olvidado: su estado de pobreza en el tiempo.

En el verso del salmo «Dios, refugio del pobre» (*Salmo* 34,7), que *Dilexi te* cita en el n.17, sale a relucir la naturaleza más profunda del hombre: su completa necesidad de ayuda, dada su condición precaria de creatura imperfecta. Y es ahí, paradójicamente, en su reconocerse pobre, donde radica la mayor fuerza del hombre. Sólo en esa humildad de reconocerse pobre, es posible que Dios entre en su corazón. Sólo quien se reconoce pobre es capaz de sentir, de saber y de anhelar la presencia del divino, capaz de dar completitud. Y esta capacidad de ser llenado no puede darse en otro lugar si no es en el corazón, donde precisamente radica el amor. Dios habla al corazón del hombre, ese espacio interior, en esa dimensión del espíritu, en ese santuario interior de la conciencia donde se puede hablar de cara a Dios. El corazón, un lugar de encuentro del eterno. Y si el alma es *Quodammodo Omnia* (haciendo un guiño a Aristóteles), podrá tranquilamente aceptarse el hecho que el corazón es capaz de Dios, es capaz de recibir al Creador y originador de toda realidad.

La *Dilexit nos* del Papa Francisco prepara la *Dilexi te*, en ella, Francisco especificaba ese espacio de encuentro con Dios precisamente en el corazón, donde se da la unidad de la persona humana, esa que le da el equilibrio, la estabilidad y hasta la identidad, «es el lugar de la sinceridad, donde no se puede engañar ni disimular» (DN 5). identificado como alma y espíritu¹. Insistía Francisco en la necesidad de «recuperar la importancia del corazón» (DN 2). Así el origen de esta «desvalorización del centro íntimo del hombre» (DN 10) más allá de la sociedad líquida, la ubica más atrás en la historia, «en el racionalismo griego y precristiano, en el idealismo postcristiano o en el materialismo en sus diversas formas» (*Ibid*). Veamos por qué. En el racionalismo grie-





Dilexi te, sí es la sonrisa de Dios al más necesitado, al pobre, no sólo al menesteroso con categorías económicas y encarnado en los centenares de mendicantes y sintecho que por desgracia pueblan nuestras calles, sino también muestra cómo reconociéndose pobre, carente y necesitado, abre su mano, abre su corazón a Dios que viene a visitarlo, a hablarle, a consolarlo

go, como en el caso de la corriente sofista, se corre el riesgo de no encontrar precisamente unidad e identidad en la persona humana dado que la Verdad, la Bondad, la Unidad son sólo meras palabras relativizadas en manos de la necesidad el momento, de la utilidad, de lo conveniente, es un modo de adecuar la realidad reducida a una carente dimensión hermenéutica, de la mera palabra vacía de un contenido absoluto. Se pierde así el valor, incluso heroico, que conlleva el ser fiel a los principios absolutos de una conciencia recta, como en el caso de Antígona, quien encontró la libertad y la verdad en la ley absoluta dentro de ella no en la convención social, una ley que no se la impuso Zeus «ni *Dike*, compañera de los dioses subterráneos». Y es tanta la convicción de los principios de su corazón, que le responde a Creonte: «No creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que solo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses: su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe cuándo fue que aparecieron». Esa ley, esos principios, esa Verdad se da en el corazón.

En el idealismo postcristiano, vemos que el centro, la identidad del hombre está fuera de sí, como en un absoluto que se manifiesta en la historia y en donde el individuo no es sino una parte de esa evolución, pierde su individualidad, su identidad. Y ante esta perspectiva se corre el riesgo de divinizar o la naturaleza o sustitutos de Dios, la raza, el pueblo, o el Estado mismo, que tienen sí «en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto» (*Mit Brennender Sorge*, 8), arrancándolos de esta escala de valores terrenales «elevándolos a suprema norma de todo, aun de los valores religiosos, y divinizándolos con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios». En el materialismo el centro del hombre tampoco está dentro de él, pues en esencia el hombre materialista es una reducción cuantitativa, un número². El alma y el espíritu corren el riesgo de convertirse en materia, quizá más sutil, pero de categoría no ya universal, sino particular y por ende sujeta a las leyes físicas. Esta objetivación en la materialidad numérica vacía al hombre de su contenido, y ya no existe en función de su perfección y felicidad sino en función de su capacidad productiva o de aportación, siempre externa, en detrimento de su propio crecimiento y valor.

Dilexi te, sí es la sonrisa de Dios al más necesitado, al pobre, no sólo al menesteroso con categorías económicas y encarnado en los centenares de mendicantes y sintecho que por desgracia pueblan nuestras calles, sino también muestra cómo reconociéndose pobre, carente y necesitado, abre su mano, abre su corazón a Dios que viene a visitarlo, a hablarle, a consolarlo.

«En la cruz, allí compartió nuestra pobreza radical, que es la muerte», leemos en el número 16 de la nueva Exhortación apostólica de Papa León XIV. Esto nos lleva a considerar como límite, como umbral extremo de la pobreza en la muerte. Si la pobreza por definición es falta,

carencia, incompletitud, es natural pensar que la radical pobreza la constituya la muerte. Y aquí entramos en uno de los grandes misterios del hombre: el más allá. Reconocerse pobre significa, en última instancia, reconocer que un día la existencia terrena acabará, nuestro tiempo en el tiempo se disolverá. Y un pobre, tarde o temprano tiene que dar cuenta de esta dura realidad. Y es allí donde surge una lista de adjetivaciones del pobre. Un pobre nihilista, consideraría su vida sin sentido, pues todo acaba en nada. A este tipo de pobre, Dios no le basta. No es capaz de dotar de significado ese futuro incierto. En pocas palabras, es un mendicante, un pobre sin esperanza y en el corazón de la persona sin horizonte de esperanza no hay lugar para Dios. Está también el pobre calculador que no termina de fiarse en la certeza de la vida del más allá pero “apuesta” a una futura felicidad. El pobre resignado, que en vez de poner su corazón en la visión de la Pro-



videncia, se abandona a la Fortuna, a la suerte, que no es Dios, sino un destino aciago. Ante la radicalidad de la muerte, sólo el pobre con esperanza es capaz de superar una y miles de batallas que tendrá que afrontar en el cuerpo, en el alma y el espíritu.

Dilexi nos es una invitación a mirar hacia arriba, hacia las estrellas, hacia la fuente de luz, a dejarse iluminar con ese fuego que no conoce ocaso, «así la mente, llena de sorpresa, mirando inmóvil, con fijeza atenta, cuanto más mira ardiente, se embelesa» (*Paraíso*, Dante, XXIII). Sólo así se deja el alma, el espíritu abiertos a recibir ayuda, porque se reconoce pobre y necesitado, y Dios siempre lo rescatará, pues como dice el salmista citado en la *Dilexi te*: «Cuando el pobre grita, Yahveh oye, y le salva de todas sus angustias» (*Salmo* 34,10).

¹En lo que implica de la terminología de vertiente agustiniana y bonaventuriana: anima, como principio que vivifica el cuerpo, y el espíritu como la facultad de elevación y trascendencia del hombre,

punto y fundamento de cualquier espiritualización humana.

²Hobbes, por ejemplo reduce el universo, todo lo que existe a materia, y como no hay nada fuera del universo, todo es materia: «El mundo, el universo, es decir, toda la masa de cosas existentes, es corpóreo, es decir, tiene cuerpo; y tiene las dimensiones de la magnitud, a saber: longitud, anchura y profundidad. Igualmente, cada parte del cuerpo es del mismo modo cuerpo y tiene esas mismas dimensiones; y, en consecuencia, cada parte del universo es cuerpo, y lo que no es cuerpo no forma parte del universo.

Y puesto que el universo es todo, aquello que no forma parte de él es nada y, en consecuencia, [no existe en] ninguna parte» (*Leviatán*, 46).



En el actual panorama internacional el lema de León XIV

Muchos países tienen hambre y sed de justicia por sus condiciones injustas e inhumanas



«Muchos países y pueblo tienen “hambre y sed de justicia”, porque sus condiciones de vida son tan injustas e inhumanas que resultan inaceptables». Lo señaló León XIV – mirando «al panorama internacional actual» – en el discurso que dirigió a los participantes del Jubileo de los trabajadores de justicia, que se celebró el sábado 20 de septiembre, en la plaza de San Pedro.

¡Muy buenos días a todos!
Good morning and welcome!

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra recibirlos con ocasión del Jubileo dedicado a quienes, de distintas maneras, trabajan en el amplio campo de la justicia. Saludo a las distinguidas autoridades presentes, venidas de muchos países en representación de diferentes cortes, y a todos ustedes que cada día realizan un servicio necesario para la relación ordenada entre las personas, las comunidades y los estados. Saludo también a los demás peregrinos que se han unido a este Jubileo. El Jubileo nos convierte a todos en peregrinos que, al redescubrir los signos de la esperanza que no defrauda, desean «recuperar la confianza necesaria –tanto en la Iglesia como en la sociedad– en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación» (Bula de convocación del Jubileo, 25).

Qué mejor ocasión para reflexionar más de cerca sobre la justicia y su función, que sabemos es indispensable tanto para el desarrollo ordenado de la sociedad como virtud cardinal que inspira y orienta la conciencia de cada hombre y mujer. La justicia, en efecto, está llamada a cumplir una función superior en la convivencia humana, que no puede reducirse a la simple aplicación de la ley o al trabajo de los jueces, ni limitarse a los aspectos

procedimentales.

«Tú amas la justicia y odias la iniquidad» (Sal 45,8), nos recuerda la expresión bíblica, exhortando a cada uno de nosotros a hacer el bien y evitar el mal. O también, ¡cuánta sabiduría contiene la máxima “Dar a cada uno lo que es suyo”! Y, sin embargo, todo esto no agota el deseo profundo de lo justo que está en cada uno de nosotros, esa sed de justicia que es el instrumento clave para construir el bien común en toda sociedad humana. En la justicia se unen la dignidad de la persona, su relación con el otro y la dimensión de la comunidad hecha de convivencia, estructuras y reglas comunes. Una circularidad de la relación social que pone en el centro el valor de cada ser humano, que debe protegerse mediante la justicia frente a los diferentes conflictos que pueden surgir en la acción individual, o en la pérdida de sentido común que incluso puede afectar a instituciones y estructuras.

La tradición nos enseña que la justicia es, ante todo, una virtud, es decir, una disposición firme y estable que orienta nuestra conducta según la razón y la fe [1]. La virtud de la justicia, en particular, consiste en la «constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido» [2]. En esta perspectiva, para el creyente, la justicia dispone «a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común» [3], objetivo que garantiza un orden en defensa del débil, de aquel que pide justicia porque es víctima de opresión, exclusión o indiferencia.

Son muchos los episodios evangélicos en los que la acción humana es evaluada desde una justicia capaz de derrotar el mal del abuso, como recuerda la insistencia de la viuda que logra que el juez recupere el sentido de lo justo (cf. Lc 18,1-8). Pero también una justicia superior que paga al trabajador de la última hora igual que al que trabajó todo el día (cf. Mt 20,1-16); o aquella que hace de la misericordia la clave de interpretación de la relación y lleva a perdonar acogiendo al hijo que estaba perdido y fue encontrado (cf. Lc 15,11-32), o aún más, a perdonar no siete veces, sino setenta veces siete (cf. Mt 18,21-35). Es la fuerza del perdón, propia del mandamiento del amor, la que aparece como elemento constitutivo de una justicia capaz de unir lo sobrenatural con lo humano.

La justicia evangélica, entonces, no aparta de la justicia humana, sino que la interroga y transforma: la impulsa a ir siempre más allá, porque la orienta hacia la búsqueda de la reconciliación. El mal no sólo debe sancionarse, sino también repararse, y para ello es necesaria una mirada profunda hacia el bien de las personas y el bien común. Es una tarea difícil, pero no imposible para quien, consciente de desempeñar un servicio más exigente que



Para el creyente, la justicia dispone «a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común» [3], objetivo que garantiza un orden en defensa del débil, de aquel que pide justicia porque es víctima de opresión, exclusión o indiferencia



“

La verdadera igualdad, en cambio, es la posibilidad de que todos puedan realizar sus aspiraciones y ver garantizados los derechos inherentes a su dignidad, respaldados por un sistema de valores comunes y compartidos, capaces de inspirar normas y leyes que sostengan el funcionamiento de las instituciones

otros, se compromete a mantener una vida intachable.

Como sabemos, la justicia se hace concreta cuando se orienta hacia los demás, cuando a cada uno se le da lo que le corresponde, hasta alcanzar la igualdad en la dignidad y en las oportunidades entre los seres humanos. Somos conscientes, sin embargo, de que la igualdad real no es la meramente formal ante la ley. Esta igualdad, aunque indispensable para el correcto ejercicio de la justicia, no elimina el hecho de que existen crecientes discriminaciones cuyo primer efecto es precisamente la falta de acceso a la justicia. La verdadera igualdad, en cambio, es la posibilidad de que todos puedan

realizar sus aspiraciones y ver garantizados los derechos inherentes a su dignidad, respaldados por un sistema de valores comunes y compartidos, capaces de inspirar normas y leyes que sostengan el funcionamiento de las instituciones.

Hoy, lo que interpela a los operadores de justicia es precisamente la búsqueda o la recuperación de los valores olvidados en la convivencia, su cuidado y su respeto. Se trata de un proceso necesario, frente a la expansión de conductas y estrategias que muestran desprecio por la vida humana desde su inicio, que niegan derechos fundamentales para la existencia personal y no respetan la conciencia de la que nacen las libertades. Precisamente mediante los valores que están en la base de la vida social, la justicia asume su papel central en la convivencia de las personas y de las comunidades humanas. Como escribía san Agustín: «la justicia no puede ser sino prudente, fuerte y templada» [4]. Esto requiere la capacidad de pensar siempre a la luz de la verdad y de la sabiduría, de interpretar la ley yendo más allá de lo puramente formal, para captar el sentido profundo de la verdad a la que servimos. Tender hacia la justicia, entonces, requiere amarla como una realidad a la que sólo se llega si se unen la atención constante, el desinterés radical y un discernimiento perseverante. Quien ejerce la justicia se pone al servicio de las personas, del pueblo y del estado, con plena y constante dedicación. La grandeza de la justicia no disminuye cuando se aplica en lo pequeño, sino que siempre resalta cuando se ejerce con fidelidad al derecho y respeto a la persona, en cualquier parte del mundo [5].

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mt 5,6). Con esta bienaventuranza, el Se-

ñor Jesús quiso expresar la tensión espiritual a la que es necesario estar abiertos, no sólo para alcanzar una verdadera justicia, sino sobre todo para buscarla, en particular, aquellos que deben aplicarla en las diferentes situaciones históricas. Tener “hambre y sed” de justicia significa ser conscientes de que exige el esfuerzo personal de interpretar la ley de la manera más humana posible, pero también pide aspirar a una “saciedad” que solo puede cumplirse en una justicia mayor, que trasciende las situaciones particulares.

Queridos amigos, el Jubileo también invita a reflexionar sobre un aspecto de la justicia que muchas veces no se aborda lo suficiente: la realidad de tantos países y pueblos que tienen “hambre y sed de justicia”, porque sus condiciones de vida son tan injustas e inhumanas que resultan inaceptables. Al panorama internacional actual deberían aplicarse estas afirmaciones siempre válidas: «No puede gobernarse un estado sin justicia. Porque donde no hay justicia no puede habertampoco un Derecho. Lo que se hace según Derecho se hace con justicia. Pero lo que se hace injustamente es imposible que sea según Derecho. [...] Donde no hay justicia no hay Estado. La justicia, por otra parte, es la virtud que da a cada uno lo suyo. Ahora bien, ¿qué justicia humana es aquella que arranca al hombre del Dios verdadero?» [6]. Las exigentes palabras de san Agustín nos inspiran a todos a dar siempre lo mejor en el ejercicio de la justicia al servicio del pueblo, con la mirada puesta en Dios, para respetar plenamente la justicia, el derecho y la dignidad de las personas.

Con este deseo, les agradezco y bendigo de corazón a cada uno de ustedes, a sus familias y a su trabajo.

[1] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1804.

[2] *Ibíd.*, n. 1807.

[3] *Ibíd.*

[4] S. Agustín, Cartas 167, 2, 5.

[5] Cf. *Íd.*, De doctrina christiana IV, 18, 35.

[6] *Íd.*, De civitate Dei, XIX, 21, 1.



La misa presidida por León XIV en la plaza de San Pedro

A las puertas de la opulencia está la miseria de pueblos enteros plagados de guerra y explotación

«A las puertas de la opulencia está la miseria de pueblos enteros plagados de guerra y explotación». La denuncia de León XIV resonó en la plaza de San Pedro en la misa por el Jubileo de los catequistas presidida la mañana del 28 de septiembre. En el XXVI domingo del Tiempo ordinario, el Pontífice reflexionó sobre el pasaje del Evangelio centrado en la parábola del pobre Lázaro (Lc 16, 19-31). A continuación la homilía pronunciada por el Pontífice durante la celebración, en la cual instituyó 39 catequistas procedentes de quince países del mundo.



Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras de Jesús nos comunican cómo Dios contempla el mundo, en cada tiempo y en cada lugar. En el Evangelio que hemos escuchado (Lc 16,19-31), sus ojos observan a un pobre y a un rico, el que muere de hambre y el que engulle frente a él; ven la vestimenta elegante de uno y las llagas del otro, lamidas por los perros (cf. Lc 16,19-21). Pero no sólo eso: el Señor mira el corazón de los hombres y, a través de sus ojos, nosotros reconocemos a un indigente y a un indiferente. Lázaro es olvidado por quien está frente a él, justo después de la puerta de su casa; sin embargo, Dios está cerca suyo y recuerda su nombre. El hombre que vive en la abundancia, en cambio, no tiene nombre, porque se pierde a sí mismo, olvidándose del prójimo. Está disperso en los pensamientos de su corazón, lleno de cosas y vacío de amor. Sus bienes no lo hacen bueno.

El relato que Cristo nos confía es, lamentablemente, muy actual. A las puertas de la opulencia se encuentra hoy la miseria de pueblos enteros, azotados por la guerra y la explotación. Nada parece

que haya cambiado a lo largo de los siglos, cuántos Lázaros mueren frente a la avaricia que olvida la justicia, al beneficio que pisotea la caridad, a la riqueza ciega frente al dolor de los necesitados. Sin embargo, el Evangelio asegura que los sufrimientos de Lázaro tienen un final. Sus dolores terminan, así como terminan los banquetes del rico, y Dios hace justicia a ambos: «El pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado» (v. 22). La Iglesia, sin cansarse, anuncia esta palabra del Señor, para que nuestros corazones se conviertan.

Queridos hermanos, por una singular coincidencia, este mismo pasaje evangélico fue proclamado precisamente durante el Jubileo de los Catequistas en el Año de la Misericordia. Dirigiéndose a los peregrinos venidos a Roma por esa circuns-



tancia, el Papa Francisco destacó que Dios redime el mundo de todo mal, dando su vida por nuestra salvación. Su acción es el comienzo de nuestra misión, porque nos invita a darnos nosotros mismos por el bien de todos. Decía el Papa a los catequistas: «Este centro, alrededor del cual gira todo, este corazón que late y da vida a todo es el anuncio pascual, el primer anuncio: el Señor Jesús ha resucitado, el Señor Jesús te ama, ha dado su vida por ti; resucitado y vivo, está a tu lado y te espera todos los días» (Homilía, 26 septiembre 2016). Estas palabras nos hacen reflexionar sobre el diálogo entre el



hombre rico y Abraham, que hemos escuchado en el Evangelio. Se trata de una súplica que el rico expresa para salvar a sus hermanos y que se vuelve un desafío para nosotros.

Hablando con Abraham, en efecto, él exclama: «Si alguno de los muertos va a verlos, se convertirán» (Lc 16,30). Abraham responde de este modo: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco se convencerán» (v. 31). Ahora bien, uno resucitó de entre los muertos: Jesucristo. Las palabras de la Escritura, pues, no quieren decepcionarnos o desanimarnos, sino despertar nuestra conciencia. Escuchar a Moisés y a los Profetas significa hacer memoria de los mandamientos y las promesas de Dios, cuya providencia no abandona nunca a nadie. El Evangelio nos anuncia que la vida de todos puede cambiar, porque Cristo ha resucitado de entre los muertos. Este acontecimiento es la verdad que nos salva; por eso debe conocerse y anunciarse, pero no es suficiente. Debe amarse, y es este amor el que nos lleva a comprender el Evangelio, porque nos transforma abriendo el corazón a la palabra de Dios y al rostro del prójimo.

En este sentido, ustedes catequistas son esos discípulos de Jesús que se convierten en sus testigos. El nombre del ministerio que llevan adelante proviene del verbo griego *katêchein*, que significa instruir de

viva voz, hacer resonar. Eso quiere decir que el catequista es una persona de palabra, una palabra que pronuncia con su propia vida. Por eso los primeros catequistas son nuestros padres, aquellos que hablaron con nosotros primero y nos enseñaron a hablar. Así como aprendimos nuestra lengua materna, del mismo modo el anuncio de la fe no puede delegarse a otros, sino que se realiza allí donde vivimos, principalmente en nuestras casas, alrededor de la mesa. Cuando hay una voz, un gesto, un rostro que lleva a Cristo, la familia experimenta la belleza del Evangelio.

Todos hemos sido educados a creer mediante el testimonio de

quien ha creído antes de nosotros. Desde niños y adolescentes, siendo jóvenes, después adultos y también ancianos, los catequistas nos acompañan en la fe compartiendo un camino constante, como han hecho ustedes en estos días, en la peregrinación jubilar. Esta dinámica involucra a toda la Iglesia; en efecto, mientras en Pueblo de Dios genera hombres y mujeres en la fe, «va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad» (Const. dogm. *Dei Verbum*, 8). En esa comunión, el Catecismo es el “instrumento de viaje” que nos protege del individualismo y las discordias, porque confirma la fe de toda la Iglesia católica. Cada fiel colabora en su obra pastoral escuchando las preguntas, compartiendo las pruebas, sirviendo al deseo de justicia y de verdad que reside en la conciencia humana.

De esa manera los catequistas enseñan, es decir, dejan un signo interior; cuando educamos en la fe no hacemos un adiestramiento, sino que ponemos en el corazón la palabra de vida, para que produzca frutos de vida buena. Al diácono Deogracias, que le preguntó cómo ser un buen catequista, san Agustín le respondió: «Explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame» (De catechizandis rudibus, 4, 8).

Queridos hermanos y hermanas, hagamos nuestra esta invitación. Recordemos que nadie da lo que no tiene. Si el rico del Evangelio hubiera tenido caridad con Lázaro, habría hecho el bien, no sólo al pobre, sino también a sí mismo. Si ese hombre sin nombre hubiera tenido fe, Dios lo habría salvado de todo tormento; fue el apego a las riquezas mundanas lo que le quitó la esperanza del bien verdadero y eterno. Cuando también nosotros estamos tentados por la avaricia y la indiferencia, los muchos Lázaros de hoy nos recuerdan la palabra de Jesús, convirtiéndose para nosotros en una catequesis aún más eficaz en este Jubileo, que es para todos un tiempo de conversión y de perdón, de compromiso por la justicia y de búsqueda sincera de la paz.



*Los catequistas enseñan,
es decir, dejan un signo
interior; cuando educamos
en la fe no hacemos
un adiestramiento, sino
que ponemos en el corazón
la palabra de vida,
para que produzca frutos
de vida buen*

Misión Ignis Mundi, un oasis para miles de personas en una periferia de Costa Rica

“El protagonista de la misión es Dios y nosotros somos sus instrumentos”

ROCÍO LANCHO GARCÍA



Rosa Lobo y Eduardo Aymerich, antes de casarse sintieron un llamado misionero grande, y un año después de la boda, tras un periodo de búsqueda, viajaron a la India respondiendo así a la vocación misionera a la que Dios les llamaba. Allí nació su primer hijo, para ellos fue “una experiencia misionera maravillosa, una toma de conciencia de lo que significa ser familia misionera y lo que puede aportar en la nueva evangelización”. Para el matrimonio esta vivencia fue una reconfirmación de la vocación y la llamada de Dios para toda la vida. Vieron necesario realizar un camino de formación y regresaron a Madrid y al poco tiempo empezaron a buscar un destino que fuera ya definitivo. Se abrieron varias puertas y tras un tiempo de discernimiento, viajaron a Costa Rica. Los primeros años allí trabajaron en pastoral juvenil, pero había un anhelo en sus corazones que surgía de lo que Dios les ponía en su camino: vivir la experiencia de familia en misión en comunidad y acudir a esos lugares

a los que nadie más quiere ir. Y aunque esta inquietud no encontró salida enseguida, años más tarde cobró vida. Eduardo y Rosa junto con sus hijos, en agosto de 2020 y tras un periodo de discernimiento, tomaron la decisión de iniciar una comunidad misionera. Este camino ha ido creciendo y ahora se llama Misión Ignis Mundi, una misión formada por varias familias procedentes de diferentes partes del mundo. Se encuentran en Los Guido, uno de los distritos más pobres de San José, la capital de Costa Rica. Está situado en la periferia sureste de la ciudad y allí viven alrededor de 30 mil habitantes en tan solo 3 km², de las cuales solo 400 van a la Iglesia católica. Es un narcobarrio en el que además se dan situaciones como violencia intrafamiliar, abusos, embarazos adolescentes, inseguridad, falta de recursos... Allí la Misión ha creado un centro que para muchos es como un oasis. Un lugar en el que experimentar que otra forma de vida es posible y escuchar el anuncio de la Buena Noticia.

Tal y como explica Eduardo, “Ignis significa fuego, y nuestra misión es llevar el fuego del amor de Dios a todo el mundo, a cada rincón de la tierra”.

Las familias de la misión – prosigue Eduardo – nos autosostenemos, es decir, toda familia tiene y necesita un ingreso fuera de la comunidad. Trabajamos como maestros, ingenieros, en el comercio. Cada uno tiene su profesión. Un miembro de cada familia trabaja fuera y el otro se dedi-

ca por completo a la misión. Tienen un Centro que han ido construyendo por etapas, allí es donde se realizan las actividades que llevan a cabo y también donde viven los misioneros en casas independientes.

“Para estas personas que viven en problemas tan graves, tan complejos, la teoría no es suficiente” observa Eduardo. Por eso es tan importante – asegura el misionero – que, para poder recibir el mensaje y el anuncio del amor de Dios, tengan una experiencia, lo experimenten. Necesitan también un “acompañamiento”, algo que les ayude a solventar los problemas del día a día. “¿Qué hizo Jesús?”, se pregunta Eduardo. Mandó a sus discípulos a la misión “id a anunciar el Evangelio, curad enfermos y expulsad demonios”. Eso significa – subraya – anunciar y cuidar de las personas.

Muchos jóvenes, con vidas muy marcadas por el contexto en el que les ha tocado vivir, con la Misión Ignis Mundi están experimentando otra realidad, otra forma de vivir. “Ven familias que se quieren, con sus dificultades también, pero que las superan con amor”, cuenta Eduardo.

Las casas en Misión son casas abiertas donde va la gente del barrio y comparten tiempo juntos, se generan vínculos de amistad. “Todo esto hace que sin muchas palabras, ellos puedan experimentar una manera diferente de vivir, el fuego del amor de Dios”, subraya.

Por su parte, Rosa explica cómo es el trabajo en la Misión en el día a día. Tienen un “proyecto educativo” que se llama “Impulsa”. Se trata – precisa Rosa – de dar apoyo escolar porque el barrio cuenta solo con dos escuelas públicas masificadas y algunos niños van solo dos o tres horas al día al colegio. Esto crea una deficiencia enorme a nivel escolar. Muchos niños no aprenden a leer y escribir bien y esa carencia la van arrastrando aumentando así el abandono escolar.

Otro de los ámbitos en los que trabajan es la parte deportiva. Rosa explica que “creemos mucho en el deporte como prevención, si salen del colegio y no tienen ofertas de ocio sano, ¿dónde van a acabar?”. Asimismo, con el deporte transmiten “valores, disciplina, esfuerzo, sentimiento de equipo, de familia”, en contraposición al modelo de “familia ficticia” que les ofrece el narcotráfico. En este proyecto ofrecen clases de fútbol, taekwondo, boxeo, vóleybol, skate y un programa de deporte funcional para mujeres. Otras ramas de trabajo del Centro son el apoyo psicológico, apoyo a la mujer, apoyo al emprendimiento... “En el día a día, en mi caso que estoy en la Misión, pues nos encargamos de organizar que todo funcione, los talleres, las actividades... Y entre medias pues integrar nuestra vida familiar con la misión”. El Centro Misión, con una amplia zona verde y un parque, se ha convertido en el lugar de encuentro del barrio, donde por las tardes se combinan las actividades de los programas, con el tiempo de juego y entretenimiento. Incluso cuentan con una cafetería solidaria, en la que se crean momentos de “estar juntos, acompañar, escuchar”. Por las mañanas – cuenta Eduardo – la actividad de la misión



está más dedicada a visitar las casas y pastorales de adultos y mayores. Rosa subraya la importancia de los pequeños gestos, “como por ejemplo cuando te vas a casa a cocinar con tus hijos y te acompañan otros niños y acaban cocinando contigo”. Del mismo modo asevera que la evangelización es transversal. En “anuncio” está en todo lo que realizan en la Misión.

Rosa y Eduardo cuentan también que sus hijos viven esta experiencia como un sueño. “El Centro Misión es muy bonito y amplio aunque esté en mitad de un barrio muy complejo. Evangelizamos a través de la belleza y la sencillez. Eso también es un reclamo para la gente del barrio, un pequeño oasis”. Por tanto, sus hijos viven “en un lugar lleno de vida,

donde pasan muchas cosas muy positivas y están en contacto con misioneros temporales de todas partes del mundo, y eso les da mucho aprendizaje. Han aprendido a ver lo extraordinario en las cosas ordinarias. Están creciendo con mucha empatía”. Del mismo modo, les aporta mucho poder compartir el día a día con las otras familias en misión que viven en el Centro. “Cada familia tiene su ritmo, su vida independiente, pero marcada siempre por la oración, tiempo de oración en familia, también tiempo de Contemplación. Cada familia tiene sus horarios, pero vivimos todos en el mismo lugar, y participamos en la misma misión. Por eso el apoyo que hay entre los misioneros, la vida en comunidad, es muy bonita, también para los niños”. En sus hijos más mayores, el matrimonio misionero ve que “están haciendo suya la experiencia de la Misión, involucrándose en los proyectos y programas”.

Algunos representantes de Ignis Mundi viajaron hasta Roma para vivir el Jubileo de los Misioneros que se celebró del 4 al 5 de octubre. “Fue muy hermoso caminar por Roma e ir explicándole a los niños cómo fueron las primeras comunidades cristianas, explicarles quién fue San Pablo y qué hizo

por la misión”, asegura Eduardo. En el corazón llevaban todas las historias sobrecogedoras que conocen en Los Guido, a todas las personas y sus sufrimientos. “Muchos días regresamos a casa y sentimos impotencia pensando que nosotros no podemos. Pero aquí el único protagonista es Dios, es el único que puede cambiar esas vidas, nosotros somos instrumentos y catalizadores para que Él actúe”, concluye el matrimonio de misioneros.

Finalmente, reconocen que hoy están en Los Guido pero la idea es que esa primera misión sea el semillero para que estos misioneros que viven allí puedan ir a otros países y replicar el modelo. “Queremos que el amor de Dios llegue a todas las personas, y en el mundo hay mucha necesidad. La Iglesia tiene que dar respuesta a ese clamor y a ese sufrimiento”. Nos ha emocionado - explica Eduardo - ver que la primera encíclica del Papa León XIV habla precisamente de los pobres.



ACTIVIDADES DE LA IGLESIA



El arzobispo Gallagher en la Asamblea General de las Naciones Unidas

Reformar la ONU para promover la paz, el desarrollo y los derechos humanos

Gallagher: Reformar la ONU para promover la paz, el desarrollo y los derechos humanos

En el 80 aniversario de la Asamblea General de la ONU, el Secretario de Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales recuerda la necesidad de trabajar por la paz mediante el desarme, el respeto del derecho humanitario y la superación de la crisis del multilateralismo. Reitera la dignidad de la persona, el cuidado de la creación y los riesgos de la IA, esperando que la diplomacia y el diálogo conduzcan a un alto el fuego en las zonas de conflicto.

Edoardo Giribaldi - Ciudad del Vaticano

Como el Papa León XIV al inicio de su pontificado, el Arzobispo Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, en la Asamblea General de la ONU, con ocasión del 80 aniversario de su creación, se abrió con un llamamiento a la



paz, objetivo hacia el que deben converger los esfuerzos de la comunidad internacional, llamada a adaptarse a un mundo "transformado" y marcado por las "amenazas emergentes".

De Ucrania a Oriente Pró-

ximo, de Sudán a la República Democrática del Congo y otros escenarios de conflicto, la vía indicada sigue siendo la del diálogo, el multilateralismo y el desarme. En este contexto "agitado", la Santa Sede reafirma la necesidad de poner en el centro la "dignidad de la persona humana", protegiendo el derecho a la vida, afrontando la crisis climática -causa de desigualdades que afectan particularmente a migrantes y refugiados- y estando atentos a los riesgos de la inteligencia artificial, definida como un objetivo "extraordinario" pero potencialmente peligroso si sacrifica la dignidad a la eficacia.

Promover la cooperación multilateral

El discurso, pronunciado la noche del 29 de septiembre en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, comienza con la observación de que la "cooperación multilate-

ral" es esencial para abordar los problemas mundiales. Para ello, es necesario reafirmar los valores primordiales de la organización: promover la paz internacional, el desarrollo y los derechos humanos universales, valores que son "aún más importantes en un mundo cada vez más fragmentado". Está marcado por un "aislacionismo" que es la causa de una "inestabilidad previsible", que se traduce en las laceras que afligen hoy en día: "la escalada de las tensiones geopolíticas, la crisis climática en curso, el aumento de las desigualdades y la pobreza creciente". Cuestiones que dan testimonio de un contexto internacional cambiado, con nuevas "amenazas" que "ningún país puede afrontar solo". En este contexto, la Santa Sede actúa como "voz de los sin voz", promoviendo "un mundo en el que la paz prevalezca sobre los conflictos, la justicia triunfe sobre las desigualdades, el Estado de derecho sustituya al poder y la verdad ilumine el camino hacia el auténtico bienestar humano".

Construir la paz

El arzobispo se detiene en la paz: no simple "ausencia de conflicto" o equilibrio entre adversarios, sino un valor arraigado en el "respeto mutuo", "activo y envolvente", como ya afirmaba el Papa León XIV. Para construirla, es necesario rechazar el "odio" y la "venganza", favoreciendo en su lugar "el diálogo y la re-

conciliación". Valores que pertenecen al corazón de la diplomacia y que la comunidad internacional está llamada a promover con gestos concretos. En este sentido, la Santa Sede ha renovado su propuesta de un fondo mundial, alimentado en parte por gastos militares, para erradicar la pobreza y el hambre, promover el desarrollo sostenible y afrontar el cambio climático.

Frenar la proliferación nuclear

El silencio sobre las armas, subrayó Gallagher, pasa por la "creación de confianza". En este contexto, resulta chocante la carrera armamentística, que genera "nuevas amenazas" y "exacerba los temores". La asombrosa cifra del gasto militar mundial -2,72 billones de dólares en 2024- perpetúa "ciclos de violencia y división", restando recursos a los pobres y vulnerables. El desarme no es un cálculo político, sino un "imperativo moral". Por eso es preocupante que varios Estados estén retirando sus compromisos de los tratados internacionales. Una alarma que afecta sobre todo a las cabezas nucleares: hay que reducir los arsenales, frenar la modernización de los arsenales. Los datos disponibles hablan de más de 12.000 ojivas nucleares en el mundo, "con una potencia explosiva total de 1,5 gigatoneladas, equivalente a más de 100.000 bombas del tipo de las lanzadas sobre Hiroshima". Y es en el 80 aniversario



La Santa Sede ha renovado su propuesta de un fondo mundial, alimentado en parte por gastos militares, para erradicar la pobreza y el hambre, promover el desarrollo sostenible y afrontar el cambio climático

del bombardeo de la ciudad japonesa, junto con Nagasaki, en 1945, cuando Gallagher afirma que no cabe duda de que "un mundo libre de armas nucleares es necesario y posible".

Respeto del derecho internacional humanitario

Otro "pilar" de la paz es el respeto del derecho internacional humanitario. Su violación -con ataques a civiles, hospitales, escuelas y lugares de culto- constituye un "grave crimen de guerra". A ello se añade la utilización del hambre como arma. El personal militar, recordó Gallagher, es "plenamente responsable" de sus actos, que no pueden justificarse obedeciendo órdenes. Muchos trabajadores humanitarios operan también en contextos de guerra, cuya misión está marcada por inmensos desafíos: amenazas a la seguridad, escasez de recursos, ac-

ceso limitado al socorro.

Promover la libertad

La Santa Sede también hizo un llamamiento en favor de la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. Más de 360 millones de cristianos viven hoy en zonas de "grave persecución o discriminación", lo que convierte al cristianismo en "el grupo religioso más perseguido del mundo". Ningún Estado o sociedad, advirtió, debe obligar a las personas a actuar en contra de su conciencia. En este contexto, es fundamental el diálogo interreligioso: no un mero intercambio de ideas, sino "un camino compartido hacia el respeto mutuo, la justicia y la paz". Un compromiso urgente en un mundo marcado por extremismos, polarizaciones y conflictos a menudo alimentados por malentendidos. La

Santa Sede, recordó Gallagher, está también en primera línea al celebrar el 60 aniversario de la Declaración del Consejo sobre las relaciones con las religiones no cristianas, *Nostra Aetate*

Preservar la dignidad humana

Todo esfuerzo de la comunidad internacional debe situar en el centro "la dignidad de la persona". Garantizar los bienes esenciales significa también defender el derecho a

la vida, "desde la concepción hasta su fin natural". La Santa Sede ha reiterado la ilegitimidad del aborto y la eutanasia, prácticas que promueven una "cultura de la muerte". En su lugar, deben dedicarse recursos a la protección de la vida, con una atención sanitaria adecuada y cuidados paliativos. Gallagher advirtió: "sólo hay un derecho a la vida"; no puede haber contrario, aunque se presente falsamente como libertad. Cuando se aleja

había afirmado que la labor de las Naciones Unidas puede considerarse "como el desarrollo y la promoción de la soberanía del derecho, sabiendo que la justicia es un requisito indispensable para realizar el ideal de la fraternidad universal". Hoy, la Santa Sede reitera que "ningún individuo o grupo, independientemente de su condición, debe arrogarse la autoridad de violar la dignidad y los derechos de los demás o de sus comunida-



de la "verdad objetiva y universal", añadió, incluso el derecho a la vida corre el riesgo de ser negociado. Entre las prácticas que atentan contra la dignidad humana, el arzobispo denunció la maternidad subrogada, que reduce a la mujer y al niño a "meros productos".

La soberanía de la ley

Hace diez años, hablando desde el mismo estrado desde el que se dirigió el secretario vaticano, el Papa Francisco

des".

Erradicar el hambre y la pobreza

Para la Santa Sede, erradicar el hambre y la pobreza es una "obligación moral" porque privan a las personas del potencial que Dios les ha dado. Una tragedia que el Papa ya ha calificado de "aún más triste y vergonzosa cuando nos damos cuenta de que, aunque la tierra es capaz de producir alimentos suficientes para todos los seres huma-



Debe prestarse especial atención a la reagrupación familiar, reconociendo el papel fundamental de este núcleo "en el desarrollo humano, la salud psicológica y la estabilidad social"

nos". La clave para resolver la crisis está "en compartir, más que en acaparar codiciosamente". La producción de alimentos no es suficiente: va de la mano de garantizar la sostenibilidad de unos sistemas alimentarios que proporcionen "dietas sanas y accesibles para todos". Se trata, pues, de "repensar y renovar nuestros sistemas alimentarios, en una perspectiva de solidaridad".

Desigualdades globales y alivio de la deuda

La superación de las desigualdades globales -ya sean económicas, sociales o medioambientales- es otro desafío urgente para la Santa Sede. Hoy en día persisten profundas desigualdades en la distribución de la riqueza, el acceso a la educación, la salud, la seguridad alimentaria y unas condiciones de vida adecuadas, a menudo exacerbadas por "injusticias sistémicas, conflictos y degradación me-

dioambiental". Por tanto, es imperativo abordar sus causas estructurales: "sistemas comerciales injustos, prácticas laborales explotadoras, acceso desigual a los recursos". Las pesadas cargas de la deuda atrapan a naciones enteras en la pobreza: por ello, su cancelación no es sólo un acto de generosidad, sino una "cuestión de justicia". Un valor aún más urgente por el reconocimiento en de una nueva forma de deuda: la deuda "ecológica", que se manifiesta principalmente entre el Norte y el Sur del mundo, vinculada a los desequilibrios comerciales, los efectos medioambientales y el uso desproporcionado de los recursos naturales por parte de algunos países durante largos periodos de tiempo.

El cuidado de la creación y la crisis climática

Tomarse en serio la cuestión de la "deuda ecológica" es también una cuestión de "justicia medioambiental", que ha dejado de ser un concepto abstracto o un objetivo lejano. Gallagher señaló cómo el contexto geopolítico actual está marcado por "una crisis del multilateralismo", pero también por una cuestión climática con implicaciones cada vez más evidentes: afecta sobre todo a los más vulnerables -los pobres, las generaciones futuras- "que son también los menos responsables". Por ello, es necesario reforzar la cooperación internacional, promover el intercambio de tecnologías

y la acción por el clima, invirtiendo en una "cultura del cuidado que enseñe nuevas formas de vida".

Migrantes y refugiados

De las profundas desigualdades mundiales, los migrantes y los refugiados son, según la Santa Sede, las "primeras víctimas". La respuesta a estos problemas no puede ser sólo política: debe basarse en un enfoque ético, humanitario y solidario, que debe garantizar-se independientemente del estatus de quienes han abandonado su país, respetando el "principio de no devolución" y evitando la violencia y la explotación. Debe prestarse especial atención a la reagrupación familiar, reconociendo el papel fundamental de este núcleo "en el desarrollo humano, la salud psicológica y la estabilidad social". Para reducir los riesgos asociados a la migración irregular, la Santa Sede pidió que se amplíen los canales seguros de migración, contrarrestando así las acciones de los traficantes y reduciendo los viajes peligrosos, a menudo letales.

El reto de la inteligencia artificial

Junto a los grandes desafíos globales, como ya señaló el Papa León XIV, la comunidad internacional se enfrenta a "otra revolución industrial": la que plantea la Inteligencia Artificial (IA). Ésta representa "un logro tecnológico extraordinario" que está moldeado por la creatividad humana,

pero que produce resultados que pueden exceder sus capacidades, "generando preocupaciones sobre su impacto en nuestra sociedad". Se basan en el riesgo de que la IA alimente un "paradigma tecnológico", según el cual todos los problemas del mundo sólo pueden resolverse mediante la tecnología. Un enfoque que corre el riesgo de subordinar la dignidad humana y la fraternidad a la eficiencia. Por ello, la Santa Sede ha pedido que se elaboren y adopten directrices éticas y marcos normativos claros para la IA.

Preservar los derechos de los trabajadores

El uso cada vez más extendido de la IA, prosiguió el secretario vaticano, pone en peligro muchos puestos de trabajo. Por lo tanto, es necesario implementar sistemas económicos que se centren en la creación de nuevos puestos de trabajo y fomenten el espíritu empresarial. Unos salarios justos y unas condiciones de trabajo sostenibles, especialmente para las mujeres, son también cruciales para fortalecer las unidades familiares. La Santa Sede también pidió un compromiso renovado para apoyar a los jóvenes que deseen construir una familia, definida como un "pacto matrimonial entre un hombre y una mujer".

La crisis en Ucrania

Subrayando la importancia de un diálogo "claro y sin ambigüedades" en la búsqueda



Todos los países reunidos en las Naciones Unidas están llamados a rechazar la "pasividad" y a apoyar concretamente cualquier iniciativa que pueda abrir el camino a una paz justa y duradera

de su resolución, el arzobispo repasó a continuación los diversos conflictos y situaciones de especial malestar presentes en el contexto geopolítico actual. En primer lugar, la crisis de Ucrania: "una de las más profundas y dolorosas". Ciudades antaño "vibrantes" reducidas a escombros, niños obligados a crecer entre "sirenas y refugios" en lugar de juegos y sonrisas. "Esta guerra debe terminar ahora, no en un futuro indefinido", es el llamamiento de la Santa Sede, que ha renovado la petición hecha por el Pontífice de un "alto el fuego inmediato", premisa indispensable "para iniciar un diálogo sincero y valiente". Todos los países reunidos en las Naciones Unidas están llamados a rechazar la "pasividad" y a apoyar concretamente cualquier iniciativa que pueda abrir el camino a una paz justa y duradera.

Oriente Medio

La Santa Sede mira también con atención la situación en Oriente Medio, reafirmando la necesidad de una paz "justa y estable" entre israelíes y palestinos, basada en la solución de los dos Estados, en el respeto del derecho internacional y de las resoluciones de la ONU. León XIV exigió con firmeza el fin de la violencia, pidiendo la liberación de todos los rehenes, un alto el fuego permanente, el acceso seguro de la ayuda humanitaria y el pleno respeto del derecho internacional, en particular en lo que se refiere a la protección de los civiles, la prohibición de los "castigos colectivos" y el uso indiscriminado de la fuerza. La cuestión de Jerusalén también es central: una solución "justa", basada en resoluciones internacionales, es indispensable para la paz. Cualquier decisión unilateral que altere el estatus especial de la ciudad es "moral y legalmente inaceptable".

Siria y África

En cuanto a la situación en Siria, la Santa Sede reiteró la necesidad de una transición de gobierno "pacífica y justa". Acogió con satisfacción los signos de progreso democrático que están surgiendo en varios países africanos, donde hay un creciente compromiso con las "elecciones multipartidistas", la participación cívica y las reformas institucionales. Sin embargo, persisten graves obstáculos: "autoritarismo, re-



Mujeres ucranianas evacuadas de un edificio dañado por un ataque con misiles rusos en Zaporizhia el 28 de septiembre (Reuters).

formas constitucionales arbitrarias y corrupción endémica", que minan la confianza de los ciudadanos en las instituciones. Zonas como el Sahel, Cabo Delgado y algunas áreas del Cuerno de África son ahora epicentros de inestabilidad, donde la "amenaza yihadista", la pobreza, el tráfico de personas, la crisis climática y los conflictos internos se entrelazan en una "espiral que amenaza la vida de millones de personas". Frente a estos retos, la resiliencia de las comunidades africanas - "en particular de los jóvenes"- sigue siendo un recurso precioso, que debe apoyarse con inversiones específicas.

República Democrática del Congo

El empeoramiento de la situación en el este de la República Democrática del Congo preocupa mucho a la Santa

Sede. Por un lado, se considera positiva la firma del Acuerdo General de Paz entre el gobierno local y el grupo armado M23, así como el acuerdo alcanzado entre los ministros de Asuntos Exteriores del Congo y Ruanda para poner fin a décadas de conflicto en el este del país africano. Sin embargo, sigue preocupando la aparición de nuevas oleadas de violencia: el pasado mes de julio, recordó Gallagher, las Fuerzas Democráticas Aliadas (ADF) perpetraron un brutal ataque contra una iglesia en Komanda, en la región de Ituri, en el que murieron más de 40 fieles. La retirada de la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas (MONUSCO) también plantea dudas sobre su capacidad para proporcionar seguridad y hacer frente a los continuos desafíos de la región.

Sudán y Sudán del Sur

Gallagher también mencionó el conflicto en Sudán, renovando de nuevo su llamamiento a un alto el fuego inmediato y al inicio de negociaciones genuinas. "El grito de dolor del pueblo sudanés debe ser escuchado, no hay más espacio para la indiferencia". También se prestó especial atención a la evolución de los acontecimientos en Sudán del Sur, donde la Santa Sede pidió a las fuerzas políticas que sigan con sinceridad y responsabilidad el camino del diálogo y la cooperación, aplicando plenamente el Acuerdo de Paz firmado en 2018.

Narcóticos y el Caribe

También alimenta las olas de "violencia extrema" el flagelo del narcotráfico, particularmente en América Latina. Junto a los esfuerzos conjuntos de los Estados para com-

batir el narcotráfico, la Santa Sede pidió que se invierta urgentemente en "desarrollo humano". A continuación, la mirada del secretario vaticano se desplazó hacia las crecientes tensiones en el Caribe, en particular en Haití, donde el Vaticano espera que puedan crearse las condiciones sociales e institucionales necesarias que permitan al país emprender el camino de la paz y la seguridad. Pero también se mencionó la situación en Nicaragua, con la esperanza de que se garanticen plenamente la libertad religiosa y otros derechos fundamentales de las personas y de la sociedad.

Sudeste asiático

La Santa Sede también observa con creciente preocupación las tensiones en el sudeste asiático. Concretamente en Myanmar, donde tras cuatro años y medio de guerra interna "la población está devastada". En este contexto de conflicto, están en auge fenómenos criminales como los llamados *centros de estafa*: instalaciones en las que se obliga a personas víctimas de la trata de seres humanos a engañar a usuarios de Internet, transfiriendo dinero a redes criminales. Según recientes estudios citados por el arzobispo, hay decenas de miles -si no cientos de miles- de personas recluidas en estos centros, situados principalmente en las zonas fronterizas de Myanmar, Tailandia, China, Camboya y Laos. Una industria "multimi-

llonaria" que produce "millones de víctimas" en todo el mundo. En este sentido, el Vaticano ha alentado los procesos de diálogo y cooperación promovidos por la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN).

Balcanes y Cáucaso

La panorámica del contexto internacional concluyó destacando la atención de la Santa Sede al contexto balcánico, en el que países "ligados a Europa por razones históricas, culturales y geográficas" aspiran a una integración cada vez más estrecha con la Unión Europea. Es fundamental", subrayó el Vaticano, "que las diferencias étnicas, culturales y religiosas no se conviertan en motivo de división, sino al contrario en un elemento de 'enriquecimiento' para el continente". En cuanto al Cáucaso, la Santa Sede se congratuló de los acuerdos de paz firmados el pasado mes de agosto entre Armenia y Azerbaiyán, invitando a ambas partes a proseguir en el camino de la reconciliación.

Reforzar un multilateralismo eficaz

Al concluir su discurso, Gallagher reiteró el valor duradero de las Naciones Unidas y el bien que ha realizado en ochenta años de historia, sin ocultar sus "limitaciones y dificultades" que hoy ponen en entredicho su "credibilidad". Estas fragilidades, sin embargo, no deben oscurecer los éxitos logrados, sino esti-



Es fundamental", subrayó el Vaticano, "que las diferencias étnicas, culturales y religiosas no se conviertan en motivo de división, sino al contrario en un elemento de 'enriquecimiento' para el continente"

mular un renovado compromiso con su reforma y revitalización, adaptándola a las necesidades del presente. "Lo importante -dijo el arzobispo- es resistir a la tentación de sustituir estos programas fundamentales por nuevas ideas" que corren el riesgo de desvirtuar la misión de la ONU y sus cuatro pilares: la promoción de los derechos humanos, la protección de la paz y la seguridad internacional, el desarrollo sostenible y el Estado de derecho.

Es precisamente este último el que constituye la condición indispensable de todo orden internacional justo.

El aniversario de las Naciones Unidas", concluyó Gallagher, "es una oportunidad para reforzar su papel como faro de esperanza y fuerza positiva al servicio de las necesidades más urgentes de la humanidad".

El encuentro entre León XIV y el presidente de la Comisión Pontificia para la Protección de Menores

Por una cultura de la prevención que no tolere ninguna forma de abuso

VATICAN NEWS

La Comisión Pontificia para la Protección de Menores concluye su encuentro de otoño, celebrado en Cracovia, Polonia.

Del 29 de septiembre al 3 de octubre, la reunión convocó a miembros de la Comisión, expertos y representantes regionales con el fin de avanzar en el mandato que le confiere la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium*. Fue la primera Asamblea Plenaria bajo la presidencia del arzobispo Thibault Verny, nombrado a comienzos de este año.

En su discurso inaugural, el arzobispo Verny hizo un llamado a renovar el compromiso con la protección de menores como parte esencial de la identidad y misión de la Iglesia. Señaló cuatro objetivos estratégicos: fomentar una cultura universal de protección; desarrollar un lenguaje común a través del Marco de Directrices Universales (UGF); fortalecer las redes regionales mediante el Informe Anual; y profundizar el diálogo con las instituciones civiles.

Reconociendo tanto los avances como las brechas que aún persisten, el arzobispo subrayó la importancia de escuchar a las víctimas y sobrevivientes, promover la transparencia y construir estructuras responsables.



Invitó a los miembros de la Comisión a actuar “con valentía y compasión”, recordando la urgencia de los desafíos pendientes y las expectativas globales de claridad moral y atención pastoral por parte de la Iglesia. Uno de los principales temas del Plenario fue el Marco de Directrices Universales (UGF), que durante el último año se ha puesto a prueba en proyectos piloto en Zimbabue, Tonga, Polonia y Costa Rica, enriquecido además por un proceso de escucha sinodal.

Los miembros revisaron el borrador final del documento, que integra perspectivas teológicas

y canónicas. El texto será presentado al presidente de la Comisión, quien iniciará un diálogo con los dicasterios competentes de la Curia Romana antes de su entrega al Santo Padre.

La Comisión reafirmó su compromiso de poner en el centro las voces de las víctimas y sobrevivientes, mediante protocolos reforzados y formación en acompañamiento. Las discusiones se centraron en el concepto de “Justicia Conversiva”, un marco que pone el acento en la verdad, la justicia, la reparación y la reforma institucional como pilares del proceso de sanación.

Las víctimas y sobrevivientes continúan desempeñando un papel clave en la definición del trabajo de la Comisión, especialmente en el Segundo Informe Anual, que recogerá sus aportes y perspectivas.

El Segundo Informe Anual sobre Políticas y Procedimientos de Protección en la Iglesia (Año de referencia: 2024) se publicará el 16 de octubre, en cinco idiomas. Continuando la reflexión sobre la Justicia Conversiva, el informe pondrá el foco en las reparaciones e incorporará nuevas fuentes de datos externas para reforzar la transparencia y la rendición de cuentas.

Durante la Asamblea también se revisó el Instrumentum Laboris del Tercer Informe Anual (Año de referencia: 2025), que entrará en una fase sinodal de diálogo y recolección adicional de datos.

Los miembros evaluaron los avances de la Iniciativa Memorare, destinada a fortalecer las capacidades locales de protección y alineada tanto con el UGF como con el Informe Anual.



Presidente de la Comisión Pontificia para la Protección de Menores

Actualmente, 17 proyectos activos se desarrollan en América (10), África (6) y Asia (1), contribuyendo a un ecosistema global de prevención y protección. La Asamblea concluyó con un encuentro con miembros de la Conferencia Episcopal de Polonia, reafirmando el compromiso de la Comisión de acompañar a las Iglesias locales en sus esfuerzos de protección.

Reflexionando sobre la decisión de celebrar la Asamblea en Polonia, el arzobispo Verny destacó la importancia de escuchar a las víctimas y sobrevivientes y de implicar a las comunidades locales:

“Se trata de escuchar, de cami-

nar humildemente junto a las víctimas. Es a través de ellas que discernimos y avanzamos. La Iglesia no está separada de la sociedad: camina con ella, forma parte de ella. Esta cultura de protección debe vivirse en diálogo con la sociedad, aprendiendo de ella en previsión y en cuidado”.

El arzobispo Verny también subrayó la importancia del aprendizaje mutuo entre regiones, destacando que los avances en materia de protección en algunas zonas del Sur Global ofrecen valiosas lecciones para otros contextos:

“No debemos asumir que estamos libres de riesgo de nuevos abusos solo porque hemos publicado políticas o creado oficinas. La complacencia o la fatiga en materia de protección son peligros reales que pueden conducir a malas decisiones. Debemos seguir aprendiendo unos de otros y nunca oponernos. La subsidiariedad y la colaboración fraterna con las conferencias episcopales y congregaciones religiosas son esenciales”.



Vivir la fe que habla del valor de servir



ANTONELLA PALERMO

León XIV participa en la "hermosa" ceremonia de juramento en el Patio de San Dámaso del Palacio Apostólico. Al dar las gracias a los reclutas, subrayó el valor de su testimonio en el mundo de hoy, de un modo de vivir la fe "que habla verdaderamente a todos los jóvenes del valor de dar la vida, de servir y de pensar en los demás".

El patio de San Dámaso en el Vaticano está decorado festivamente con las banderas de los cantones suizos con motivo del juramento de 27 reclutas de la Guardia Suiza esta tarde, 4 de octubre. La particularidad de hoy es la participación del Papa, algo que no ocurría desde la época de Pablo VI.



León XIV entró en el patio y, tras saludar en primera fila al comandante del ejército más antiguo del mundo, al capellán y a los cardenales, se situó en el centro del recinto. Prelados, clérigos y representantes institucionales civiles y militares, familiares y amigos, así como benefactores y antiguos guardias asisten a lo que sigue siendo un

momento especialmente significativo en la carrera de un Guardia Suizo, que para la ocasión viste el uniforme de la Gran Gala, es decir, el uniforme con armadura. El desfile es solemne, con una marcha lenta por el patio. El comandante rinde homenaje al Papa, agradeciéndole que comparta este ritual. Es la fiesta de San Francisco de Asís, una figura que, subraya el coronel Graf, muestra dónde reside la verdadera grandeza: "No reside en la riqueza ni en el poder, sino en la humildad, la sencillez y el amor a todas las criaturas". La delegación de la Confederación Suiza que asiste esta tarde a la juramentación de los Guardias está encabezada por la presidenta Karin Keller-Sutter, con

la Presidenta del Consejo Nacional Maja Riniker. Están presentes el presidente del Consejo de los Estados, Andrea Caroni, y el jefe de las Fuerzas Armadas, comandante de Cuerpo Thomas Süssli. Además, monseñor Joseph Bonnemain, vicepresidente de los obispos suizos. El cantón anfitrión de este año, Uri, está encabezado como delegación por el gobierno cantonal. "Estamos orgullosos de vosotros", declara públicamente el capellán, "y agradecidos de que hayáis aceptado la llamada a este honorable servicio, que ahora juráis cumplir concienzuda y fielmente".

Y pronuncia la fórmula: "Juro servir fiel, leal y honorablemente al Sumo Pontífice León XIV y a sus legítimos sucesores, así como dedicarme a ellos con todas mis fuerzas, sacrificando - cuando sea necesario- incluso



mi vida por su defensa. Asumo igualmente estos compromisos con respecto al Colegio Cardenalicio mientras dure la Sede vacante. También prometo al Comendador y a mis demás superiores respeto, lealtad y obediencia. Lo juro. Que Dios y nuestros Santos Patronos me asistan". Suenan los himnos Vaticano y Suizo.

Llamados uno a uno por el sargento mayor, los reclutas se acercan a la bandera del Cuerpo y cada uno responde pronunciando su nombre como Alabardero: "Juro observar fiel, leal y honorablemente todo lo que se me ha leído en este momento. ¡Que Dios y nuestros Santos Patronos me asistan!".

La ceremonia, que duró algo más de una hora y concluyó con las notas de un breve concierto de la banda de la Guardia Suiza, se cerró con unas palabras de agradecimiento del Pontífice. Su agradecimiento es "en primer lugar a Dios por el don de la vida y de la fe". Al calificar la ceremonia de "hermosa", el Papa saluda a los presentes: los cardenales, los arzobispos, los obispos, el presidente de la Fe-

deración Suiza, las familias de los Guardias Suizos "que hoy han prestado este juramento de manera "muy" especial".

Y añade el Papa: "A todos los que habéis prestado este juramento: es un testimonio muy impor-

tante en el mundo de hoy. Nos hace darnos cuenta de la importancia de la disciplina, del sacrificio, de vivir la fe de una manera que realmente habla a todos los jóvenes del valor de dar la vida, de servir y pensar en los demás. Os doy las gracias en mi nombre y en el de toda la Santa Sede por vuestro servicio".

"Con este juramento, cada Guardia se compromete a servir con todas sus fuerzas y, si las circunstancias lo requieren, incluso a sacrificar su propia vida". Así Christoph Graf, Comandante de la Guardia Suiza Pontificia desde hace diez años, que en su discurso (pronunciado según la tradición en italiano, alemán y francés) en presencia del Papa León recuerda las figuras que inspiraron la labor de los Guardias, entre ellas el comandante San Nicolás de Flüe, que fue capitán, agricultor de montaña, político y juez. Gracias a su mediación, recuerda Graf, "evitó la violenta división de los confederados provocada por una guerra fratricida y pasó así a la historia como un gran pacificador". Y al tiempo que subraya su profunda sabi-



duría derivada del poder de la fe y la oración, señala lo luminoso que resulta este testimonio "en el mundo de hoy, caracterizado por guerras brutales, discordia y desasosiego". La pertinencia de su llamamiento a la paz, añade, es hoy "más actual que nunca y nos exhorta a buscar la comprensión y a vivir en paz unos con otros".

Junto a este santo patrón, hay otros dos a los que recuerda el comandante: San Martín de Tours y San Sebastián. El primero, un oficial romano que compartió su capa con un mendigo para cubrirle, muestra que "el verdadero servicio no es sólo un deber hacia las instituciones o los superiores, sino también y sobre todo hacia los más débiles, los necesitados y todos aquellos que encontramos en nuestro camino y en nuestro servicio diario". Un ejemplo a



tener siempre en cuenta, ya que la disciplina y el rigor que exige la misión de los guardias deben verse precisamente en la perspectiva de un servicio generoso prestado a Cristo y a nuestros hermanos. Un rasgo, éste, bien manifiesto en la segunda referencia definida como "un camarada muy especial", que también era soldado romano al servicio del emperador, y que, como cristiano, "sabía que su lealtad y fidelidad tenían que ser a Cristo". Cuando la joven Iglesia era perseguida", explica, "él permaneció firmemente fiel a su fe y a su amor por Cristo. La consecuencia fue el martirio".

Y si hoy ninguno de los guardias busca el martirio, cada uno

promete solemnemente hacer todo lo necesario para estar preparado en caso de necesidad. Esto se hace, recuerda Graf, "con plena consideración, con seriedad y nunca a la ligera". La oración por el Papa expresada por el comandante se traduce finalmente en el deseo de "todo bien" en el camino del Santo Padre con la seguridad de una "sincera fidelidad".



Las felicitaciones al Pontífice por su 70º cumpleaños

Un abrazo grande como el mundo

Llegaron de diferentes partes del mundo las felicitaciones por el cumpleaños de León XIV, que el 14 de septiembre cumplió 70 años. Desde Europa hasta América Latina, un gran abrazo virtual, hecho de afecto y cercanía, caracterizó la jornada del Pontífice.

En primer lugar, sus hermanos agustinos, a través del padre Alejandro Moral Antón, prior general desde 2013 hasta el pasado 9 de septiembre, evidenciaron la «voz profética», deseándole al mismo tiempo «la gracia de Dios, la fuerza del Espíritu y la de la vida nueva que viene de Él».

En Italia, además, la Conferencia episcopal dio la gracias al Papa «por el espíritu paterno» con el que «acompaña» y «exhorta» a la Iglesia, uniéndose a él «en la invocación por una “paz desarmada y desarmante” en todas las situaciones de conflicto que ensangrientan amplias áreas del planeta» y deseando que «la unidad de propósitos, de voces y de oraciones que desde el mundo entero se alzan para implorar soluciones de paz puedan encontrar pronto escucha».

Oración y afecto llegaron también del cardenal vicario Baldassare Reina que, en nombre de la diócesis de Roma, dijo que estaba agradecido al Pontífice por la «incansable dedicación» con la que trabaja «al servicio de la



Iglesia universal», sobre todo frente a los «muchos escenarios de guerra que ensangrientan al mundo».

También en Italia, la Universidad Católica del Sagrado Corazón envió sus mejores deseos a León XIV: en un mensaje, la rectora Elena Beccalli deseo que «la gracia del Señor resucitado» pueda guiar al Pontífice «en su misión de Obispo de Roma y de pastor de la Iglesia universal, en el signo de la paz, de la justicia y de la reconciliación entre los pueblos».

Gran afecto llegó también de las Acli (Asociaciones cristianas trabajadores italianos) y de la Fraternidad de Comunión y liberación: las primeras expresaron aprecio por la dedicación de León XIV al tema de la paz, «entendida como síntesis de las mayores cuestiones sociales y políticas de nuestro tiempo»; la segunda reiteró el propio compromiso a custodiar «cada vez con mayor vigor los dones de la unidad, de la comunión y de la paz», los mismos comunicados

por el Pontífice desde su elección.

«¡Te queremos mucho Papa León XIV!», fue, también, el gran abrazo que llegó al sucesor de Pedro de los pequeños pacientes del Hospital pediátrico Bambino Gesù. Con muchos dibujos, los niños expresaron la confianza de que el Papa pueda ser la persona adecuada para hacer que el mundo elija el camino del diálogo; León XIV fue representado mientras afirma: «¡Tranquilos, me ocupo yo!», ondeando la bandera de la paz, y junto a una paloma que lleva un ramo de olivo en el pico.

Gratitud por el compromiso del Obispo de Roma en la reconciliación fue expresada por la Conferencia episcopal alemana que, en un mensaje, recordó el incansable compromiso de León XIV por la paz, pidiéndole que «no desista en este esfuerzo y de utilizar todos los medios de la diplomacia vaticana para que la perspectiva de la paz para la humanidad se pueda volver real». Deseos reiterados también por



como una persona «sencilla, amable, muy acogedora y muy, muy cercana a los más pobres y a los más necesitados, a los niños y a los jóvenes», deseándole así «seguir siendo una consolación» en el actual momento histórico. Le hizo eco mon-

señor Carlos Enrique García Camader, obispo de Lurín y presidente de la Conferencia episcopal, deseando al Pontífice «sentirse siempre acompañado por la fuerza del Espíritu y de la protección de María».

Alargó también la mirada a todo el continente, en cuanto secretario general del Consejo episcopal latinoamericano y del Caribe (Celam), el obispo Lizardo Estrada Herrera, auxiliar de Cuzco y agustino como el Papa: «Rezamos – escribió en un mensaje – para que en este nuevo año siga guiándonos con sabiduría, espiritualidad y amor por el prójimo». Y, dirigiéndose directamente a León XIV, concluyó: «Gracias por ser apóstol de paz, por tu magisterio, por alentar la unidad, por impulsarnos a ser una Iglesia sinodal y misionera».

No faltaron, naturalmente, las felicitaciones de la diócesis de Chiclayo, donde Prevost fue obispo de 2014 a 2023. «Damos las gracias a Dios por habernos dado un pastor cercano, para ser un testimonio viviente del Evangelio – afirmó el ordinario Edinson Farfán Córdova, también él agustino –. Feliz cumpleaños, te

acompañamos siempre con nuestras oraciones», ha añadido.

Desde otra localidad peruana muy querida para el Papa Prevost, Chulucanas, donde dio sus primeros pasos en 1985 como joven sacerdote, llegó la voz del obispo Cristóbal Bernardo Mejía Corral: «Mis felicitaciones y las de nuestra diócesis al Santo Padre, gran cultivador de las semillas del Evangelio, semillas de paz y esperanza – ha dicho -. Junto a él deseamos y trabajamos por cielos nuevos y una tierra nueva, por una nueva humanidad, libre de rencores, y que esta tierra sea un jardín, sin contaminación».

De las tierras amazónicas, en particular del vicariato apostólico de Iquitos, monseñor Miguel Ángel Cadenas Cardo, también él agustino, se hizo intérprete de las felicitaciones de los pueblos nativos, en particular de los catequistas y operadores de pastorales que animan las comunidades más remotas, enviando al Pontífice también «un abrazo» a distancia.

Finalmente, desde el corazón de los Andes peruanos, el obispo Giorgio Barbetta, auxiliar de Huari, dirigió un pensamiento al Pontífice mientras administraba la confirmación a algunos pueblos de montaña: «¡Feliz cumpleaños, Papa León – exclamó – rezamos siempre por el obispo Prevost, que hemos conocido; rezamos siempre por el Papa León, que aprendemos a conocer mientras nos guía hacia Dios».

los obispos de Austria, Suiza y Francia, con estos últimos que han elegido dedicar al Pontífice una página especial de su página web, en la que han recogido los textos del magisterio.

Finalmente, la Iglesia polaca, en un mensaje de felicitación, se reconoció convencida de que «trabajando juntos como comunidad, bajo la guía del sucesor de Pedro, podamos llevar» el testimonio de paz en todo el mundo; deseando que León XIV tenga «la fuerza y la determinación en el anunciar la verdad del Evangelio». Palabras de las que se hizo eco la comunidad académica de la Universidad Católica Juan Pablo II de Lublin, definiendo el ministerio del Papa Prevost como un testimonio luminoso de fe, esperanza y caridad, «verdaderos pilares de la vida cristiana».

Particularmente sentidas y afectuosas fueron las felicitaciones llegadas desde Perú, donde Francis Robert Prevost vivió durante unos veinte años, entre Chulucanas, Trujillo y Chiclayo. En un mensaje, el cardenal Carlos Gustavo Castillo Matta-soglio, arzobispo de Lima y primado del país, recordó al Papa

Publicado el libro "León XIV: Ciudadano del mundo, misionero del siglo XXI", con el texto completo de la entrevista que el Papa concedió a la periodista de Crux

Superemos la polarización, construyamos puentes

Se ha publicado el libro "León XIV: Ciudadano del mundo, misionero del siglo XXI", que incluye el texto completo de la entrevista que el Papa concedió a la periodista de Crux, Elise Ann Allen. Los temas abordados incluyen la tragedia en Gaza, la política sobre China, el papel de la mujer, la acogida de las personas LGBTQ+, los abusos, la situación financiera de la Santa Sede, la inteligencia artificial y las fake news.

Salvatore Cernuzio - Ciudad del Vaticano

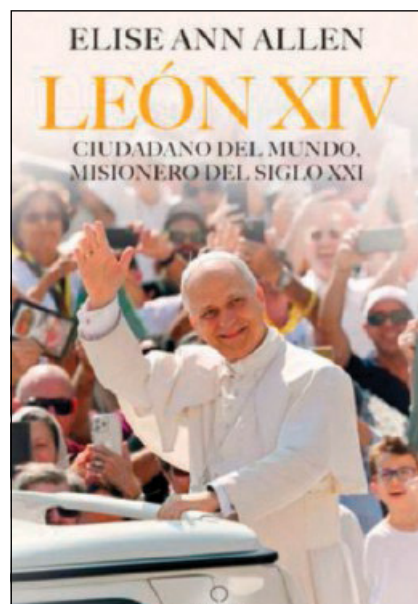
Como Papa, en su rol de "construir puentes" y "no alimentar aún más la polarización" en el mundo y en la Iglesia, denuncia la "terrible" situación en Gaza, ante la cual "no podemos permanecer insensibles", y afirma que la Santa Sede "no cree actualmente" que "pueda hacerse ninguna declaración" sobre la definición de genocidio. Asegura además que no quiere interferir en la política de su país natal, Estados Unidos, pero que no teme plantear cuestiones urgentes, incluso al presidente Trump. Respecto a China, anuncia que continuará con las políticas de la Santa Sede y sus predecesores y, siguiendo el ejemplo de Francisco, espera seguir nombrando mujeres en puestos de liderazgo,

al tiempo que reitera que no tiene intención de cambiar la doctrina de la Iglesia sobre la ordenación femenina. Lo mismo ocurre con las personas LGBTQ+: «Todos, todos, todos» son bienvenidos, pero «la doctrina de la Iglesia seguirá siendo la misma». Describe los abusos como una auténtica crisis; pide el máximo apoyo a las víctimas, pero señala que en ocasiones se han hecho acusaciones falsas. Respecto a la otra «crisis», la financiera, pide a la gente que no se queje y que, en cambio, siga desarrollando planes: «Pero no me quitará el sueño».

Preguntas y respuestas sobre temas urgentes para la Iglesia y el mundo están presentes en la primera entrevista del Papa León XIV con Elise Ann Allen, periodista de Crux. El 14 de septiembre, cumpleaños de Robert Francis Prevost, se publicaron extractos de la conversación con antelación, acompañando al volumen biográfico León XIV: Ciudadano del mundo, misionero del siglo XXI, publicado hoy, 18 de septiembre, en español por Penguin Perú.

El drama en Gaza

Entre las primeras preguntas formuladas al Papa se encontraba la situación en Gaza. "Aun-



que ha habido cierta presión" sobre Israel por parte de Estados Unidos y a pesar de algunas declaraciones del presidente Trump, "no ha habido una respuesta clara" para "aliviar el sufrimiento de la población", enfatizó el Papa León XIV. "Esto es muy preocupante", dadas las condiciones que enfrentan tantas personas, especialmente niños, que padecen "una verdadera hambruna". En el futuro, "necesitarán mucha asistencia médica, así como ayuda humanitaria". El Papa espera que la gente no se vuelva insensible ante lo que ocurre en la Franja: "Es terrible ver esas imágenes en televisión... no se puede soportar tanto dolor".

La palabra "genocidio"

En cuanto al uso de la palabra genocidio, que se usa cada vez más en relación con la tragedia de Gaza, el Papa enfatiza que

"oficialmente, la Santa Sede no cree que se pueda hacer ninguna declaración al respecto en este momento". "Existe una definición muy técnica de lo que podría ser genocidio. Pero cada vez más personas plantean la cuestión, incluyendo dos grupos de derechos humanos en Israel que han emitido esta declaración".

Las relaciones con China

Siguiendo en el ámbito de la geopolítica, León XIV mira al otro actor global: China. Asegura que continuará "la política que la Santa Sede ha seguido durante algunos años", sin pretender ser "más sabio o experimentado" que sus predecesores. Lleva tiempo en constante diálogo con diversos ciudadanos chinos y busca una comprensión más clara de cómo la Iglesia puede continuar su misión, respetando tanto la cultura como las cuestiones políticas, así como del importante grupo de católicos que, durante muchos años, han experimentado una especie de opresión o dificultad para vivir libremente su fe sin tomar partido. «Es una situación muy difícil», admite el Obispo de Roma.

Política estadounidense

En general, el primer Papa de Estados Unidos no cree que sus orígenes puedan influir mucho en la dinámica global. Sin embargo, espera que sí lo hagan en su relación con el episcopado estadounidense, donde ha habido fricciones con el pontificado anterior: "El hecho de ser estadounidense significa, entre otras cosas, que la gente no puede decir,

como hicieron con Francisco, 'no entiende Estados Unidos, simplemente no ve lo que está pasando'".

León lo deja claro: "No tengo intención de involucrarme en política partidista". Y respecto a su relación con Trump, afirma: "Sería mucho más apropiado que los líderes de la Iglesia en Estados Unidos interactuaran con él". Por supuesto, si hubiera temas específicos que abordar, "no tendría ningún problema en hacerlo". Estos incluyen la dignidad humana y los migrantes; este último es un tema que preocupa al Pontífice. En este sentido, recuerda la carta enviada por el Papa Francisco a todos los Obispos de Estados Unidos, en la que les pedía que acogieran a quienes llegaban al país en busca de una vida mejor. Un gesto "significativo", según León XIV, quien se mostró "muy complacido de ver cómo los Obispos estadounidenses han acogido esta idea". "Estados Unidos", añadió, "es un actor global poderoso, debemos reconocerlo, y a veces las decisiones se toman más en función de la economía que de la dignidad humana".

El Papa también recordó las recientes declaraciones de Trump, afirmando que no tenía intención de reunirse con él, mientras que, añadió el jefe de Estado, "su hermano es una buena persona". Esto se refería a su hermano mayor, Louis, a quien recibió en el Despacho Oval pocos días después del Cónclave. "Uno de mis hermanos lo conoció y fue muy abierto sobre sus opiniones

políticas", confirmó el Papa León. También habló de Louis en otra parte de la entrevista, cuando, describiendo su relación con su familia (además de su hermano mayor, también su segundo hermano, John), comentó: "Seguimos siendo muy cercanos, incluso si uno de ellos es muy distante políticamente".

La crisis de abusos en la Iglesia
La entrevista dedicó un espacio considerable a la crisis de abusos sexuales en la Iglesia. El Papa inmediatamente enfatizó que la crisis aún no se ha resuelto, y pidió un "gran respeto" por las víctimas, muchas de las cuales llevan las heridas del abuso toda su vida. León XIV cita estadísticas que muestran que "más del 90% de quienes se presentan y presentan acusaciones son víctimas genuinas". Es decir, no están inventando nada. Sin embargo, hay "casos probados de acusaciones falsas" y algunos sacerdotes "han visto sus vidas destruidas". Las acusaciones "no anulan la presunción de inocencia", enfatizó el Papa León. "Por lo tanto, también los sacerdotes deben ser protegidos, o los acusados deben ser protegidos, sus derechos deben ser respetados. Pero incluso decirlo a veces causa mayor sufrimiento a las víctimas". En todo caso, explica, «el tema del abuso sexual no puede convertirse en el eje central de la Iglesia»: «La gran mayoría de los involucrados en la Iglesia —sacerdotes, obispos y religiosos— nunca han abusado de nadie. Por lo tanto, no podemos permitir que toda la Iglesia se

centre exclusivamente en este tema».

Acogida a las personas LGBTQ+

También menciona la problemática de las personas LGBTQ+ y las mujeres. Sobre el primer tema, el Papa explica que no quiere promover la polarización en la Iglesia. Habla de *Fiducia Supplicans*, enfatizando que el mensaje esencial del documento es: «Por supuesto, podemos bendecir a todos, pero no debemos buscar la manera de ritualizar alguna bendición». León XIV ciertamente abraza el mensaje de Francisco de acoger a «todos, todos, todos»: «Todos están invitados», no por una «identidad específica», sino porque todos son hijos de Dios. Sin embargo, esto no implica un cambio de doctrina: «Considero muy improbable, sobre todo en un futuro próximo, que la doctrina de la Iglesia cambie en cuanto a lo que enseña sobre la sexualidad y el matrimonio», afirma. Es decir, «una familia compuesta por un hombre y una mujer», «bendecidos en el sacramento del matrimonio».

El papel de la mujer

No cambiará. Ni siquiera el magisterio sobre la ordenación femenina. El Papa afirma que «seguirá los pasos de Francisco al nombrar mujeres para puestos de liderazgo en diversos niveles de la vida de la Iglesia». El tema «controvertido» es el de las llamadas *diaconisas*, planteado durante la última sesión del Sínodo: «Por el momento, no tengo intención de cambiar la ense-

ñanza de la Iglesia sobre este tema».

La situación financiera de la Santa Sede

La postura del Papa sobre la situación financiera de la Santa Sede es más abierta. Su enfoque es pragmático: "Empiezo a tener una idea clara", asegura. Enumera una serie de cuestiones detalladas: el resultado positivo de más de 60 millones de euros registrado en el presupuesto de la APSA para 2024; el fondo de pensiones, "que debe ser examinado" ("Un problema universal"); la crisis de la COVID-19 que ha afectado a los Museos Vaticanos, "una de las fuentes de ingresos más importantes del Vaticano". "Debemos evitar las malas decisiones que se han tomado en los últimos años", afirma el Papa, mencionando sin embargo el caso del palacio de Londres, en el centro de un proceso judicial que ha atraído "gran publicidad": "¡Cuántos millones se han perdido por esto!". El Pontífice habla entonces de las "medidas significativas" adoptadas durante el pontificado de Francisco para el control y equilibrio de poderes. Sin embargo, debemos ser cautelosos con "relajarnos y decir que la crisis ha terminado". Creo que debemos seguir trabajando en ello, pero no me quita el sueño, y creo que es importante comunicar un mensaje diferente.

Reformas en la Curia

Sobre el tema de las reformas, el Papa León anuncia "decisiones" en la Curia Romana, como "dismantelar o transformar el fun-

cionamiento aislado de cada Dicasterio". Una especie de "mentalidad compartimentada" ha llevado en ocasiones a una falta de diálogo y comunicación. Y esto, en ocasiones, ha sido "muy limitante y perjudicial para el gobierno de la Iglesia".

La Misa en latín

El Pontífice también profundiza en el tema de la Misa Tridentina. Más que una pregunta, "un problema", porque algunos han utilizado la liturgia como "herramienta política". Esto es "muy desagradable". Pronto, dice, surgirá la oportunidad de "sentarse a la mesa con un grupo de personas que apoyan el rito tridentino", y quizás el problema pueda resolverse "con la sinodalidad".

Noticias falsas e inteligencia artificial

Fuera de la Iglesia, el Papa aborda el tema de las noticias falsas (*fake news*) "destructivas" y se centra en la inteligencia artificial, en la que invierten los "extremadamente ricos", ignorando por completo el valor del ser humano. "La Iglesia debe intervenir", porque existe un grave riesgo de que "el mundo digital siga su propio camino" y todos nos convirtamos en "peones". Al respecto, relata la anécdota de una persona que pidió permiso para crear un Papa "artificial" para que cualquiera pudiera tener una audiencia personal. "Dije: 'No lo autorizaré'. Si hay alguien que no debería estar representado por un avatar, diría que el Papa es el primero en la lista".

Misa del Papa en la parroquia pontificia de Santa Ana

Una parroquia “de frontera” abierta a la oración y a la caridad

Una comunidad “de frontera” entre el Estado de la Ciudad del Vaticano y el italiano. Pero, precisamente por esto, una comunidad de puertas abiertas a la oración y a la caridad: la parroquia pontificia de Santa Ana, donde León XIV presidió la misa el domingo 21 de septiembre, es el símbolo de la universalidad de la Iglesia que mira a los más pequeños para después ampliar la mirada y el pensamiento al mundo, derribando toda frontera.

Aquí, en el lugar de culto encomendado en 1929 por Pío XI al cuidado pastoral de la Orden de san Agustín, llegó en torno a las 10 de la mañana el primer Pontífice agustino. Antes de atravesar la entrada del templo del siglo XVI, el Papa salió del territorio vaticano pasando por la Puerta Santa Ana para saludar a los numerosos fieles que esperaban detrás de las vallas. Con afecto estrechó las manos y bendijo a los presentes, sonriendo serenamente a todos.

Después, regresando por la misma puerta, fue acogido por

el párroco, el padre Mario Millardi, en la pequeña iglesia que es muy familiar para él: hace poco más de un año, el 26 de julio de 2024, todavía siendo cardenal, presidió la eucaristía en la memoria litúrgica de los santos Joaquín y Ana. Y tam-



bién aquí, hace doce años, el 17 de marzo de 2013, cuando era prior general de la Orden, estaba entre los celebrantes en el altar en la primera misa pública presidida por el Papa Francisco cuatro días después de la elección al pontificado. En esa oca-

sión concelebró también Bruno Silvestrini, entonces párroco de Santa Ana, y este domingo 21 presente en el rito con el Papa Prevost como Custodio de la Sacristía Apostólica.

Después de haber saludado a los fieles dentro del templo,

León XIV se arrodilló en oración delante del altar mayor, rematado por el retablo que representa a Santa Ana con María niña, obra de Arturo Viligiardi realizada en 1926.

Después el Papa fue a la sacristía para vestirse con los paramentos y para saludar y dar las gracias, por su servicio, al padre Gioele Schiavella, agustino de 103 años recién cumplidos. También el predecesor de León XIV quiso dar las gracias personalmente al religioso, que desde julio

de 1991 hasta marzo de 2006 fue párroco de santa Ana. Fue el 21 de mayo de 2014 y, antes de la audiencia general, el Papa Bergoglio lo saludó al final del servicio realizado también como capellán del Cuerpo de la Gendarmería vaticana. Nacido



el 9 de septiembre de 1922 en Genazzano, donde se encuentra el santuario de la Madre del Buen Consejo, este año ha celebrado también otro importante aniversario jubilar, el 80º de ordenación sacerdotal, que tuvo lugar el 15 de julio de 1945.

En un clima íntimo y familiar el rito del domingo 21 - dirigido por el arzobispo Diego Ravelli, maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias - se abrió con la procesión de entrada. Además del padre Schiavella, concelebraron junto al Pontífice el padre Millardi y el nuevo prior general de los agustinos, padre Joseph Farrell, elegido el pasado 9 de septiembre, ambos se acercaron al altar durante la oración eucarística.

En el XXV domingo del Tiempo ordinario, la liturgia de la Palabra, en italiano, estuvo marcada por las lecturas tomadas del libro del profeta Amós (8, 4-7), del Salmo 112, «alabad al Señor, que alza al pobre» y de la primera lectura de san Pablo apóstol a Timoteo (2, 1-8).

El Evangelio fue el de Lucas (16, 1-13).

Durante la oración de los fieles, se elevaron intenciones por la Iglesia, para que sea «modelo de verdad, unidad y caridad»; por León XIV, para que «en el

susitar la inquietud de la búsqueda espiritual, sea pastor atento del rebaño a él encomendado»; por los constructores de paz, para que «en el educar a reconocer las razones del otro, sean atentos tejedores de diálogo y de comunión»; y por los pobres y los más débiles, para que «sean consolados por la generosidad de los hermanos».

Después de la Comunión, acompañada por el canto Yo soy el buen pastor, León XIV impartió la bendición final. Finalmente, se detuvo delante del altar entonando, junto a la asamblea, la oración mariana Sub tuum praesidium. Al regresar hacia la sacristía, se detuvo a saludar a algunos fieles.

Llamada telefónica al padre Romanelli

La cercanía del Papa a la parroquia de Gaza

El 16 de septiembre, desde Castel Gandolfo, el Papa mantuvo una conversación telefónica con el párroco de Gaza, el padre Gabriel Romanelli, quien le informó sobre la situación. Así lo declaró Matteo Bruni, director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, en declaraciones a la prensa. «La parroquia», añadió, «sigue ayudando a las aproximadamente 450 personas que se han refugiado allí» y a quienes acuden a ella, «distribuyendo comida y agua y manteniendo abierta la farmacia interna». En la parroquia, «a pesar de la escalada del conflicto», continúan las actividades del oratorio con niños y jóvenes y la asistencia a ancianos y enfermos. León XIV «expresó su preocupación por lo que está sucediendo y aseguró al padre Gabriel, y a todos los que acuden a la parroquia, su cercanía y sus oraciones».

El tema de
la Jornada mundial
del enfermo 2026

«La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro»

«La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro» es el tema elegido por el Santo Padre para la próxima Jornada Mundial del Enfermo.

El tema, que se centra en la figura evangélica del samaritano que manifiesta su amor cuidando al hombre herido que ha caído en manos de los ladrones, quiere subrayar este aspecto del amor al prójimo: el amor necesita gestos concretos de cercanía, con los que se asume el sufrimiento ajeno, sobre todo de quienes viven en una situación de enfermedad, a menudo en un contexto de fragilidad debido a la pobreza, el aislamiento y la soledad.

También hoy, Jesucristo, «buen samaritano», se acerca a la humanidad herida para derramar, a través de los sacramentos de la Iglesia, «el aceite de la consolación y el vino de la esperanza» (Prefacio «Jesús buen samaritano»), inspirando así acciones y gestos de ayuda y cercanía hacia quienes viven en condiciones de fragilidad a causa de la enfermedad.

Proyección en la Filmoteca Vaticana Gaza, cuando los niños enseñan a los adultos la alternativa al odio

En la Filmoteca Vaticana se proyectó, este jueves 25 de septiembre, “Los niños de Gaza - Sobre las olas de la libertad (How Kids Roll)”, una película que, en tiempos de crisis en Oriente Medio y de conflictos esparcidos por el mundo, quiere transmitir un mensaje de esperanza y de fraternidad, visto a través de los ojos de los más pequeños.

Beatrice Guarrera y Andrea Moneta

“Tenemos sueños, tenemos esperanzas. Somos más que rebeldes. Somos más que simples blancos”. Es la voz que, en la película “Los niños de Gaza - Sobre las olas de la libertad (How Kids Roll)”, una niña de la Franja confía al espectador. Suena como una afirmación de existencia, pero también como una advertencia para los adultos. La cinta, dirigida por Loris Lai –candidato al David de Donatello 2025 a la mejor ópera prima–, transmite un fuerte mensaje de responsabilidad y esperanza lanzado precisamente por los más pequeños, que en su inocencia se niegan a convertirse en enemigos. Por el contrario, buscan futuros posibles a través de la amistad.

El llamado a la fraternidad nace del ejemplo de los protagonistas: Mahmud, un niño palestino de

Gaza, y Alon, un niño israelí que vive en una colonia. Su vínculo fue más allá de la filmación, como ellos mismos contaron durante la proyección en la Filmoteca Vaticana el jueves 25 de septiembre. La película, ambientada en la Franja en 2003, durante la segunda intifada, los muestra unidos por la pasión por el surf, que les permite encontrar un terreno común en medio de las dificultades y del clima de odio recíproco.

Al mismo tiempo, las armas continúan matando y la espiral de violencia no se detiene.

La vida de los niños se ve interrumpida constantemente por las sirenas que anuncian bombardeos. En ese terreno de enemistad, serán ellos quienes enseñen a los adultos el valor de la vida y la fuerza de la esperanza. Acompañan este recorrido las músicas del compositor y premio Óscar Nicola Piovani, que guían las emociones de una historia inspirada en la novela juvenil homónima de Nicoletta Bortolotti.

El punto de vista de los niños está en el centro de la cinta:

“Los niños, justamente por la edad que tienen –explica el director Loris Lai–, representan el futuro, representan lo que podría mejorar. Entre Palestina e Israel nunca ha sido fácil: ahora más que

nunca la situación es terrible”.

En ese contexto, ellos muestran “una tercera vía”:

“Lo dice el propio niño israelí en la película cuando le pregunta al padre algo muy sencillo: ¿Cuándo acabará todo esto? Y el padre responde: Quizás cuando no existan más ellos o no existamos más nosotros”.

El pequeño entonces se pregunta por qué no puede existir una tercera opción: la convivencia.

“Los dos niños —continúa Lai—, a través del deporte, algo puro, logran derribar barreras y reducir diferencias que, lamentablemente, están obligados a vivir. Nos muestran que una alternativa es posible”.

El vínculo que se narra en la película se hizo real también fuera de la pantalla:

“Al principio estaban un poco distantes, se observaban, se estudiaban, pero no se abrían a la amistad. Luego, tras compartir el rodaje y la experiencia única de actuar por primera vez, consiguieron acercarse”, cuenta el director. “Fue muy difícil fingir que lo odiaba”, admite Mikhael Fridel, intérprete de Alon, al recordar una escena de tensión con Mahmud, interpretado por Marwan Hamdam.

“En el rodaje me agarraban del pelo, él debía lanzarme una piedra y tuvimos que fingir que nos odiábamos y peleábamos”, añade. “Tuvimos que vivir de verdad esas emociones para transmitir las”.

La experiencia, sin embargo, fue positiva:

“Todos los momentos fueron bonitos, pero si tuviera que elegir

uno, probablemente diría cuando hicimos surf juntos en Cabo Verde”, dice Mikhael.

Para Marwan, originario de un pequeño pueblo palestino cerca de Haifa, el surf era una novedad. “Actuar fue un poco difícil, pero también muy divertido —cuenta—. Hay una escena en la que discutimos; fue complicado porque teníamos que mostrar rabia y tristeza a la vez. El texto era muy largo y el inglés no es mi lengua materna. Pero lo logramos, y estamos muy orgullosos de lo que hicimos. Si pienso en los buenos momentos de este viaje, pienso en todo. Sí, me gustó todo, hasta lo malo”. Sobre el futuro, dice sonriendo: “Además de actuar, me gustaría ser piloto”. Mikhael, que vive en Londres con su familia, originaria de Tel Aviv, tiene un deseo sencillo: “Quiero que todos puedan ser felices, siempre, si es que eso fuera posible”. “Yo también lo espero”, responde Marwan.

En un tiempo en que Gaza está al límite —tras casi dos años de guerra y después de haber quedado prácticamente arrasada por los bombardeos israelíes—, el mensaje del film es más actual que nunca.

“En la guerra todos sufren —señala Paolo Ruffini, prefecto del Dicasterio para la Comunicación, al presentar la proyección—.

Es cierto, al final quizá haya un vencedor, pero ¿qué significa ser vencedor? ¿Cómo se vence en la paz? ¿Cómo se puede seguir esperando la paz? ¿Cómo se puede seguir amando al otro? ¿Cómo creer en una tercera vía, frente a la falsa idea de que la única alternativa es que mueran ellos o muramos no-

sotros?”.

Ruffini recordó unas palabras de Giuseppe Ungaretti: “En mi silencio escribí cartas llenas de amor; nunca estuve tan apegado a la vida”.

“De ahí deberíamos volver a partir —afirmó el prefecto—, del amor por la vida. Vivimos tiempos confusos e infelices, infelices precisamente porque hemos perdido la capacidad de compasión, porque hemos perdido la mirada limpia de los niños”.

La esperanza, dijo, es recuperar esa mirada y, con esa semilla, rezar “cada uno según su fe, para que cese la ilusión de la guerra y vuelva el espíritu de la paz”.

“La fraternidad es la base de la humanidad, y el mensaje de Cristo está basado en esto más que nunca”, concluye Tarak Ben Ammar, productor del film junto con Elda Ferri. “Con lo que está pasando en Oriente Medio, pero también en Ucrania, son los niños quienes tienen algo que enseñar a los adultos”. De ahí la voluntad de “enviar un mensaje no político, sino de paz”.

La historia de amistad, que se concretó también en la vida real, “demuestra que el cine crea fraternidad y transmite mensajes de paz”. En tiempos de alto el fuego continuamente pospuesto, de amenazas y represalias, de masacres y desesperación, surge entonces una pregunta inevitable: ¿cuándo escuchará el mundo el grito de los niños de Gaza de hoy?

Y, retomando las palabras del pequeño Alon en la película, la pregunta más urgente sigue siendo: ¿Cuándo acabará todo esto?

El mensaje del patriarca Pizzaballa en la vigilia de oración
en Roma por la paz en Gaza

Una invitación a no rendirse y a esperar en el Señor

«Estamos desconsolados, estamos profundamente heridos por esta situación, por lo que estamos viviendo, por el clima de odio que ha creado esta violencia, que a su vez crea más odio, en este círculo vicioso que no se lograr romper»: es lo que afirma el cardenal Pierbattista Pizzaballa, patriarca de Jerusalén de los Latinos, en un videomensaje enviado a la Comunidad de San Egidio con ocasión de la vigilia de oración “Paz por Gaza”, presidida por el cardenal Gualtiero Bassetti, que se celebró el lunes 22 de septiembre por la noche, en la basílica de santa María en Trastevere y promovida por San Egidio junto a movimientos, asociaciones y congregaciones católicas. El cardenal Pizzaballa subrayó que «mucha gente que se involucra, que ama la justicia, que hacen la justicia, pagando también un precio personal, y en este sentido, israelíes, palestinos, judíos, cristianos, musulmanes, aquí no es cuestión de pertenencia, sino de humanidad... Esto para mí hace esperar que cuando el lenguaje del poder y de la fuerza fracasa, cuando todo este castillo de violencia caiga, en ese momento nosotros deberíamos estar prepara-

dos, llegará ese momento en el que tendremos con nuestra palabra, con nuestro testimonio llevar la fuerza de esta mansedumbre y reconstruir».

Numerosos fieles que han participado en la iniciativa, tanto dentro de la basílica como en la plaza, y muchos representantes de asociaciones y movimientos como Acli, Agesci, Auxilium, Acción católica italiana, Comunión y Liberación, Comunidad Papa Juan XXIII, Movimiento cristianos de los trabajadores, Movimiento de los Focolares, Movimiento político por la unidad, Orden franciscano secular, Renovación Carismática Católica y Unión internacional de superiores generales (Uisg).

Dirigiéndose a la multitud de personas reunidas, el cardenal Gualtiero Bassetti subrayó que «la violencia puede y debe ser firmada, la guerra nunca es una desgracia que sucede por casualidad, es decidida y es querida» reiterando que «a pesar de todo, la esperanza no va hacia atrás. Trabajar por la paz nunca es una operación abstracta, sino muy concreta. No rezamos genéricamente por la paz, sino de forma especial por la paz en la Franja de Gaza», sin olvidar - añadió - los otros

conflictos que devastan el mundo». Bassetti insistió en la necesidad de parar enseguida la espiral de violencia: «Estas elecciones pueden y deben revertirse». Por eso, prosiguió, recordó que «obtener en Gaza el alto el fuego, la liberación de los rehenes, la solución diplomática negociada y el respeto del derecho humanitario internacional significa volver a dar impulso a procesos de paz más amplios». Frente a la multitud que se reunió en la basílica de Trastevere, el cardenal también habló de «una señal poderosa que nadie debería infravalorar», recordando el llamamiento constante del Papa Francisco y su «cercanía al pueblo palestino de Gaza, obligado a sobrevivir en condiciones inaceptables». «Repito, a pesar de todo, la esperanza no va hacia atrás», concluyó el cardenal Bassetti, indicando en las Bienaventuranzas «la carta de orientación para trazar las dinámicas del Reino también en la dramática historia de nuestros días». Y dirigiéndose a los presentes dijo: «Bienaventurados también nosotros, si trabajamos por la paz. Bienaventurados también nosotros. Bienaventurados son los afligidos».

Preservar las voces y rostros humanos

Al inicio de la vigilia fue el presidente de la Comunidad de san Egidio, Marco Impagliazzo, subrayando el valor de la oración: «Nosotros creemos que la oración tenga una fuerza histórica, pacífica, no violenta, que puede mover los corazones para que termine la guerra, termine la ocupación, terminen las violencias y los bombardeos, sean liberados los rehenes, se vuelva al respeto del derecho internacional en esa tierra». El presidente de san Egidio además expresó gratitud «a los muchos hermanos y hermanas conectados con nosotros a través de la televisión y las redes sociales y a todas las realidades católicas presentes. Damos gracias al Señor por esta comunión, por este momento de gracia», concluyó Impagliazzo, encomendando la oración «a todas las víctimas de la guerra, en particular niños, mujeres y ancianos» y dirigiendo un agradecimiento especial «al cardenal Bassetti, que ha acogido inmediatamente la invitación a presidir esta vigilia, y al patriarca Pizzaballa», el cual, en su videomensaje, confió que en sus 35 años de presencia en Tierra Santa «nunca había visto un tiempo tan duro». De aquí, la invitación a no rendirse, «debemos, como todos los mansos, esperar en el Señor y continuar haciendo justicia, hacer la verdad con amor por todos. Es eso a lo que estamos llamados, es lo que debemos defender».

“Preservar las voces y rostros humanos” es el tema elegido por el Papa para la LX Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que en muchos países, entre ellos Italia, se celebrará el domingo 17 de mayo de 2026, solemnidad de la Asunción.

Lo dio a conocer el Dicasterio para la comunicación, subrayando cómo el futuro de la comunicación debe «ser uno donde las máquinas sean herramientas al servicio y a la conexión de la vida humana, y no fuerzas que erosionen la voz humana». La referencia es a la tecnología que «influye en las interacciones como nunca antes», con los algoritmos que «seleccionan los contenidos en los feeds de noticias» y la inteligencia artificial que «redacta textos y conversaciones completas». Ciertamente, se trata de «posibilidades impensables hace solo unos años»; sin embargo tales instrumentos «no pueden reemplazar las capacidades exclusivamente humanas de empatía, ética y responsabilidad moral». La

comunicación pública, de hecho, «requiere juicio humano, no solo patrones de datos».

El desafío, por tanto, es «garantizar que sea la humanidad la que siga siendo el agente guía», entre grandes



oportunidades y riesgos reales como los «contenidos atractivos pero engañosos, manipulativos y dañinos» que la inteligencia artificial puede generar, replicando «prejuicios y estereotipos», amplificando la desinformación e invadiendo la privacidad de las personas sin su consentimiento. «Una dependencia excesiva de la IA - señala el dicasterio - debilita el pensamiento crítico y las habilidades creativas, mientras que el control monopolístico de estos sistemas genera preocupaciones sobre la centralización del poder y las desigualdades».

Una reflexión sobre la encíclica del Papa Francisco

La memoria afectiva como hilo de «Fratelli Tutti»



MARCO GALLO*

En la Encíclica *Fratelli Tutti*, el Papa Francisco invita a la humanidad a redescubrir la fraternidad universal como camino para salir de las lógicas de exclusión e indiferencia que marcan nuestro tiempo. Pero bajo la trama teológica y social del texto se mueve un hilo más íntimo y constante, la memoria afectiva, entendida como esa capacidad del corazón para recordar de manera vital —no solo racional— aquello que nos une a los demás y nos hace humanos.

En las diversas ocasiones en que he tenido la oportunidad de encontrarme con el Papa Francisco durante estos años,

siempre me ha impresionado su gran memoria afectiva. Es decir, esa capacidad suya de recordar personas, lugares y encuentros con una precisión de detalles y un afecto que resumen la figura humana de este pontífice: la de un pastor que “huele a oveja”, como él mismo definía el papel del obispo. Sus encuentros, incluso con personas que podrían considerarse insignificantes, permiten comprender hasta qué punto las relaciones humanas estaban en el centro de su vida.

Una memoria afectiva que adquiriría dimensiones inmensas cuando se trataba de enfermos, reclusos o personas que habían sufrido una pérdida familiar en

circunstancias dramáticas. Por ejemplo, era sabido que Bergoglio, ya como pontífice, continuó manteniendo correspondencia con algunos presos de la cárcel de Devoto, en Buenos Aires, con quienes ya tenía relación cuando era arzobispo. En el Papa Bergoglio había una gran atención por custodiar la memoria, la memoria de su propia historia, la memoria de su amistad con Jesús. En una homilía con ocasión de la conmemoración de los Difuntos decía:

“Recordar, hacer memoria: la memoria es lo que hace fuerte a un pueblo, porque se siente arraigado en un camino, arraigado en una historia, arraigado

en un pueblo”.

Y añadía también:

“La memoria nos hace comprender que no estamos solos, que somos un pueblo, un pueblo con historia, con pasado, con vida. La memoria pertenece a tantos que han compartido con nosotros un camino: están aquí, y no es fácil hacer memoria. Muchas veces nos cuesta mirar hacia atrás y pensar en lo que ha sucedido en mi vida, en mi familia, en mi pueblo”.

Esta sensibilidad pastoral derivaba sin duda de una relación continua y permanente con la oración y la lectura de la Palabra de Dios. En una homilía del 5 de noviembre de 2021 en la Universidad Católica de Milán meditaba de este modo:

“Me pregunto: ¿cómo funciona nuestra memoria? Simplificando, podríamos decir que recordamos a alguien o algo cuando nos toca el corazón, cuando nos une a un afecto particular o a una falta de afecto. Pues bien, el Corazón de Jesús sana nuestra memoria porque la devuelve al afecto fundante. La enraíza en la base más sólida. Nos recuerda que, suceda lo que suceda en la vida, somos amados. Sí, somos seres amados, hijos a quienes el Padre ama siempre y de todas maneras, hermanos por quienes late el Corazón de Cristo.”

Hay un arte del recuerdo en el magisterio del Papa Francisco que debe ser custodiado. En la misma homilía señalaba:

“Pero también podemos cultivar entre nosotros el arte del re-



*El amor auténtico,
el que ayuda a crecer,
y las formas más nobles
de amistad habitan en
corazones que se dejan
completar*

cuerdo, atesorando los rostros que encontramos. Pienso en los días agotadores en el hospital, en la universidad, en el trabajo. Corremos el riesgo de que todo pase sin dejar huella, o de que solo nos queden encima el cansancio y la fatiga. Nos hace bien, al final del día, repasar los rostros que hemos encontrado, las sonrisas recibidas, las palabras buenas. Son recuerdos de amor y ayudan a nuestra memoria a reencontrarse consigo misma: que nuestra memoria se reencuentre consigo misma.”

El encuentro con amigos de Buenos Aires se ha caracterizado, como en mi caso, por un camino de fidelidad, de atención a las pequeñas y grandes cosas de la vida familiar —el cuidado de los hijos, los consejos de un amigo—. Recuerdo cómo una vez me advirtió del peligro de caer en el consumismo de las cosas en la relación con mi segundo hijo. En él se percibía una profunda comprensión pedagógica fruto del contacto con los jóvenes, cuando era “maes-

trillo” jesuita.

Creo que la amistad, la relación personal, ha sido una característica importante de su pontificado y de su vida. Una amistad que en su pensamiento se ha transformado en amistad social y, finalmente, en fraternidad, tal como la ha plasmado en Fratelli Tutti:

“Por otra parte, no puedo reducir mi vida a la relación con un pequeño grupo ni siquiera a mi familia, porque es imposible comprenderme a mí mismo sin un tejido más amplio de relaciones: no solo el actual, sino también aquel que me precede y que ha ido configurándose a lo largo de mi vida. Mi relación con una persona a la que estimo no puede ignorar que esa persona no vive solo por su relación conmigo, ni yo vivo únicamente en relación con ella. Nuestra relación, si es sana y auténtica, nos abre a los demás, que nos hacen crecer y nos enriquecen. El sentido social más noble hoy se ve fácilmente anulado por intimismos egoístas con apariencia de relaciones intensas. En cambio, el amor auténtico, el que ayuda a crecer, y las formas más nobles de amistad habitan en corazones que se dejan completar.” (FT 89). Esa memoria afectiva que hace crecer a quien la cultiva no debe perderse; al contrario, el creyente ha de comunicarla a muchos.

**Miembro de la Comunidad de Sant'Egidio de Buenos Aires y Director de la Cátedra Pontificia de la Universidad Católica Argentina.*

Seminario de la Conferencia Episcopal Española y la Fundación Pablo VI

El Camino de Santiago, un laboratorio de identidad y Ecología Integral

LORENA PACHO

El Camino de Santiago es más que una ruta de peregrinación. Se ha convertido en un emblema vivo del cristianismo en Europa en el que confluyen historia, naturaleza y fe. Representa un crisol de ideas, culturas, lenguas y tradiciones esencial en la construcción de la identidad europea.

Cuando en el año 813 se descubrió el sepulcro del Apóstol Santiago, se escribió, sin saberlo, una página importante de la historia europea. En aquella época, en la que en Europa no existían los estados y que estaba marcada en la Península Ibérica por la alternancia de periodos de coexistencia y guerras entre cristianos y musulmanes, los caminos de peregrinación hasta la tumba del Apóstol se convirtieron en redes de intercambios culturales, vehículos de comunicación entre personas, en un ir y venir de lenguas y todo tipo de ideas. Las rutas llegaron incluso a ser escenario de un fructífero intercambio interreligioso. Este fenómeno articuló una identidad común sin imponer una uniformidad. Precisamente para estudiar la complejidad y la riqueza de este fenómeno, la nueva edición del Seminario de Ecología Integral organizado por la Conferencia



Episcopal Española, a través de su Departamento de Ecología Integral, y la Fundación Pablo VI, que inició el 22 de septiembre y concluyó el 1 de octubre en Madrid, se ha centrado en esta peregrinación, bajo el título “El Camino de Santiago: un itinerario cultural, natural y espiritual para la construcción de la identidad europea”. Organizado en colaboración con el Movimiento Laudato si’ y otras entidades, este encuentro ha reunido a expertos de numerosas disciplinas, como la economía, la geografía, la teología, la ecología o el turismo religioso para profundizar en este proyecto espiritual, cultural, social, ecológico, económico y político que se alza sobre la base del encuentro, la fraternidad y los valores del humanismo cristiano. “Se puede decir, de algún modo, que el Camino es el germen de la unidad europea”, subrayó la Fundación Pablo VI en la presentación del seminario.

Los organizadores del seminario sugieren una relectura de la peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago como un eje que une la cultura, el cuidado de la casa común y la esperanza espiritual en Europa. Y recalcan que, a lo largo de los siglos, este camino espiritual y cultural ha

sido una semilla para la creación de toda una estructura política, con el consiguiente desarrollo de infraestructuras y actividad económica, generadora de riqueza, empleo y recursos.

A través de distintas ponencias, los especialistas han ido situando el Camino de Santiago no solo como patrimonio cultural y ruta turística y espiritual, sino también como un espacio en el que confluyen cuestiones ambientales, sociales y espirituales. Su enfoque ha reivindicado el Camino de Santiago como una “infraestructura de encuentro cultural y espiritual que contribuye a la construcción de una identidad europea basada en la hospitalidad, la memoria histórica y el humanismo cristiano”. Esta lectura cobra un valor particular ante las actuales crisis sociales, económicas y geopolíticas.

En las primeras ponencias se analizaron los efectos positivos y

negativos de este modelo de turismo tan particular, el de la peregrinación religiosa. Resulta complicado definir con precisión el impacto que generan en la economía y en el desarrollo de las comunidades locales los peregrinos que transitan por las nueve rutas principales del Camino. Por un lado, numerosos estudios describen el Camino como un potente catalizador económico para muchas zonas rurales que contribuye a vitalizar la hostelería y el consumo de productos locales y favorece la creación de empleo y servicios. En cambio, por otro lado, encontramos cómo la expansión de las peregrinaciones masivas sin regulación puede acabar desplazando a los residentes y degradando los recursos existentes, como el suelo o las reservas de agua, además de complicar la gestión de los residuos.

Melchor Fernández, catedrático de Economía de la Universidad de Santiago de Compostela, destacó el impacto positivo del Camino en las comunidades rurales. Y recordó el papel histórico del Camino como motor de desarrollo comercial y cultural y de integración y prosperidad, ya desde la Edad Media. En el siglo XI, la ciudad de Santiago de Compostela contaba con apenas 3.000 habitantes y llegó a recibir en aquellos años hasta 500.000 peregrinos. En torno a ellos, a sus necesidades y modo de vida, se fueron creando albergues, hospitales y toda una infraestructura comercial que fue también germen de la construcción

europea, no solo en su faceta económica, sino también por su dimensión integradora de pueblos, culturas y nacionalidades. “Esa idea de la acogida cristiana de proteger, promover e integrar es fundamental en el Camino, en el que confluyen hasta 180 nacionalidades de todo el mundo”, explicó el catedrático, que también es miembro del Comité Internacional de expertos del Camino de Santiago. Y recaló que esta idea de integración forma parte de la esencia del proyecto europeo.

Pero, al mismo tiempo, Fernández advirtió de los riesgos de un crecimiento sin control: presión sobre la vivienda, desplazamiento de residentes y concentración de beneficios en pocos sectores. La clave, señaló, está en recuperar el espíritu de hospitalidad cristiana. Y planteó medidas concretas para evitar el impacto negativo como la creación de un fondo de compensación local, el apoyo a iniciativas rurales y la promoción de empleo digno vinculado al turismo sostenible. Lucrezia López, profesora y directora del Centro de Estudios e Investigaciones Turísticas de la Universidad de Santiago de Compostela, recaló que en los últimos tiempos se han ido promoviendo una serie de iniciativas de diferente índole para paliar los efectos negativos de la peregrinación masiva, que pueden servir de ejemplo en otros ámbitos.

Se trata de la creación de corredores ecológicos, como el del Camino portugués; los ecoal-

bergues; y el trabajo de concienciación de determinadas comunidades autónomas con decálogos para peregrinos ambientalmente conscientes, para un buen uso del agua y el respeto a la flora y la fauna, o contra el desperdicio de alimentos, entre otras cosas. En definitiva, se busca promover una serie de acciones para que la búsqueda de lo sagrado no deje tras de sí una huella que amenace lo natural. “El reto es que los caminos se conviertan también en vías de conciencia ecológica y que cada peregrino entienda que cuidar el entorno forma parte de la propia experiencia espiritual. Si logramos este cambio, el turismo religioso no será una amenaza, sino una oportunidad para demostrar que la fe y el respeto por la creación pueden caminar juntos”, destacó Lucrezia López.

En otra sesión, dos expertos en ciencias sociales, estudios europeos y desarrollo humano integral reflexionaron sobre el Camino de Santiago como ejemplo de vehículo que sirve para forjar una identidad común fundamentada en la diversidad, así como una comunidad en la que el individuo y su desarrollo integral están en el centro.

Victoria Martín de la Torre, doctora en Ciencias Sociales y Estudios Europeos, considera que esa idea de unión y comunidad en la diversidad que se inició con el Camino se recuperó durante la construcción política, económica y cultural de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. La experta subrayó

La conferencia internacional
«Raising Hope on Climate Change»

Un plan de los pueblos para alimentar la esperanza

cómo aquellas rutas de peregrinaje que surgieron en la edad Media contribuyeron a afianzar el concepto de cristiandad. En aquella época las sendas eran peligrosas y de ahí que la hospitalidad y la solidaridad resultaran fundamentales. “El Camino se pudo consolidar gracias a las infraestructuras de una red de monasterios, hospitales, albergues en los que se podían refugiar los peregrinos”, explicó Martín. Y resaltó que a través de aquellos monasterios se tejieron las bases de la cultura europea.

José Ramón Amor, director académico de la Fundación Pablo VI y delegado de Ecología Integral de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, reflexionó sobre la necesidad que tiene el ser humano de ser sostenido por una comunidad y de experimentar un desarrollo integral que vaya más allá de un bienestar económico. El experto también enlazó el concepto de desarrollo humano con la idea del bien común, “que no tiene nada que ver con el interés de la mayoría, sino que es el bien de todos y cada uno de los seres, sin descartar a nadie”, en sus palabras. Y resaltó: “La espiritualidad tiene que ser considerada un bien común de base, forma parte de la condición humana y es fundamental para alcanzar coherencia interior.

Hay que considerar que el Camino es una oportunidad para revitalizar el concepto de comunidad, que hoy está amenazado por una sociedad excesivamente individualista”.

“Al término de esta semana lanzaremos un plan de intenciones – el *Laudato si’ 10* – invitando a los presentes en la Conferencia, y a cuantos quieran unirse a nosotros, a definir claramente sus propios objetivos y a contribuir a la realización de la visión y de la misión de la *Laudato si’*.”

Este compromiso colectivo será presentado en la próxima Cop30 como *Laudato si’ Peoples Determined Commitment* – un plan colectivo que puede acompañar a los Planes oficiales determinados a nivel local por los diferentes países y contribuir al *Global Ethical Stocktake*, el balance de las medidas de diverso tipo asumidas a nivel global para la realización del



Acuerdo de París sobre el clima”. Así Lorna Gold, directora ejecutiva del Movimiento *Laudato si’*, ilustró esta mañana en la Sala de Prensa de la Santa Sede el objetivo final de la conferencia *Raising Hope on Climate Change*, que será precedida mañana en el Borgo *Laudato si’* de Castel Gandolfo por el evento, al cual asistirá el papa León XIV, dedicado al *Cop30 Global Ethical Stocktake*, en el que participarán 35 líderes religiosos.

La crisis ecológica, crisis de confianza

La conferencia internacional ha sido organizada por el Movimiento *Laudato si’* en estrecha colaboración con el Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, Caritas Internationalis, CIDSE, UISG, Movimiento de los Focolares, *Ecclesial Networks*



Cardenal Jaime Spengler (ANSA)



Sor Alessandra Smerilli, secretaria del Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral (ANSA)

Alliance. Los trabajos, en los que participarán más de mil personas, continuarán durante dos días. "Vivimos tiempos marcados por el peligro - dijo el cardenal Jaime Spengler, arzobispo de Porto Alegre, en la conferencia de prensa -, vivimos el peligro de ruptura, de no retorno. Sin embargo, como enseña la poesía, allí donde hay peligro, nace el Salvador. Tenemos la necesidad de recuperar la capacidad de venerar y escuchar la tierra. La crisis ecológica es también, como dice León XIV, una crisis de confianza. Debemos, debemos, debemos alimentar la esperanza. Las demandas que nos llegan desde la base nos recuerdan la primacía de la dignidad del ser humano, nos dicen que la ética debe prevalecer sobre los intereses contingentes. Esperamos que en la COP30 se tomen decisiones de estadistas. Un poco más, y ya no seremos capaces de retroceder".

Un nuevo comienzo

El décimo aniversario de la *Laudato si'*, dijo sor Alessandra Smerilli, secretaria del Dicasterio, "no es una meta, sino un nuevo comienzo. Nos llama a un renovado compromiso, porque sabemos que los desafíos son aún enormes: el cambio climático, la pérdida de biodi-

versidad, las desigualdades sociales, las migraciones forzadas, los conflictos que tienen cada vez más también raíces ambientales. Y sin embargo, como recordaba el papa Francisco, no podemos dejarnos robar la esperanza. El futuro del planeta, de hecho, no es una cuestión que concierne solo a los gobiernos: concierne a cada uno de nosotros, a nuestras familias, a nuestras comunidades, al modo en que producimos, consumimos, nos relacionamos con los demás y con la creación".

Trabajar todos por un único objetivo

También Arnold Schwarzenegger, exgobernador de California y presidente del Instituto USC Schwarzenegger, comprometido en el cuidado del ambiente, presente en la conferencia, subrayó la importancia del compromiso personal: "Podemos alcanzar el objetivo, 'terminar' la contaminación solo trabajando todos juntos. La Iglesia católica ha hecho cosas extraordinarias y con sus mil cuatrocientos millones de fieles, que pueden convertirse en 'cruzados del ambiente', tiene una fuerza excepcional. No pongamos como excusa a nuestros gobernantes. En California reuní a republicanos y demócratas. Me llamaban loco.



Schwarzenegger: la Iglesia puede hacer mucho por el ambiente



El ministro de Asuntos internos, del Cambio climático y del Ambiente de Tuvalu, Maina Talia (ANSA)

Me decían que no podía cuidar al mismo tiempo de la economía y del ambiente. Y sin embargo lo logramos, realizando muchísimas cosas bajo el perfil ambiental y obteniendo resultados extraordinarios en el aspecto económico. Se lo digo a quien me encuentre: no pongan la excusa del gobierno federal, respecto al cual muchos muestran preocupación. La cuestión es qué puedes hacer tú por el ambiente. Que es mucho: tomen el movimiento de las sufragistas por el voto a las mujeres, el antipartheid, el indígena. Se puede hacer. Pero hay que hablar al corazón, no al cerebro".

Tuvalu, el país más en peligro del mundo

Algo que ciertamente hizo el ministro de Asuntos internos, del Cambio climático y del Ambiente de Tuvalu, Maina Talia: "Tuvalu (país insular del Pacífico, entre las islas Hawái y Australia, ndr) es el país más en peligro del mundo. Lo que para otros es una proyección futura, para nosotros es un presente dramático; para nosotros todo lo que va más allá del 1,5 grados de aumento de la temperatura determina la diferencia entre la vida y la muerte".

La herencia de John Henry Newman en las enseñanzas de Juan Pablo II

Peregrinos hacia la verdad

Con referencias a Benedicto XVI y al Papa Francisco

MONS. GRAZIANO
BORGONOVO*

Newman desde la juventud experimentó que conciencia y verdad se pertenecen, se apoyan y se iluminan recíprocamente, que la obediencia a la conciencia conduce a la obediencia a la verdad. La conciencia, atraída por la verdad, fue para Newman el camino hacia el conocimiento del Dios vivo. «Pocas personas han apoyado los plenos derechos de la conciencia como lo ha hecho él», escribió Juan Pablo II de John Henry Newman en una carta del 18 de junio de 1990 dirigida al arzobispo de Birmingham. «Pocos escritores han defendido de forma tan persuasiva la causa de su autoridad y libertad, sin embargo, él nunca permitió que el mínimo rastro de subjetividad o relativismo contaminara su enseñanza». Veamos por tanto cómo Juan Pablo II acogió la enseñanza y

el recorrido de vida de John Henry Newman, en él hay verdaderamente un todo, como en Karol Wojtyła, de modo que ha hecho de él un testigo indudable, inmediatamente reconocido por todos. Lo haremos identificar



*John Everett Millais, John Newman (1881);
óleo sobre tela, National Portrait Gallery, Londres*

do algunas palabras clave. La primera es verdad. En 1990 Juan Pablo II se dirigió con un discurso a los participantes del simposio organizado por la familia espiritual La Obra y por el

International Centre of Newman Friends, para conmemorar el primer centenario de la muerte del cardenal inglés. «El tema de vuestro simposio “John Henry Newman amante de la Verdad”, subraya la razón principal por la que la vida y los escritos de Newman siguen atrayendo. La suya fue una búsqueda continua de esa verdad, que es la única que puede hacer libre al hombre (cfr. Juan 8, 32)». La larga vida de Newman nos lo muestra en efecto como un ardiente discípulo de la verdad: «Mi deseo ha sido el de tener la Verdad como amiga más querida, y ningún enemigo excepto el error» (The Via Media). La de Newman ha sido una peregrinación hacia la verdad: «Desde el momento de su primera “gracia de conversión”, a los quince años de edad, nunca perdió el sentido de la presencia de Dios, su respeto por la verdad revelada y su sed de santidad de vida» (Discurso del 27 abril de 1990). «El deseo

de verdad lo ha conducido a buscar una voz que le hablase con la autoridad del Cristo viviente», poniéndose así, como ejemplo para cada uno para «no conformarse con una respuesta parcial al gran misterio que es el hombre», y cultivando sin embargo con constancia «la honestidad intelectual y la valentía moral de aceptar la luz de la verdad, cualquiera que sean los sacrificios personales que eso implique» (Carta del 18 junio de 1990).

Conciencia es la segunda palabra clave. Si la verdad es lo que precede y estimula el deseo de aquel que conoce y actúa, la conciencia es el medio para adquirir la verdad, por parte de aquel que, conociendo, actúa y, actuando, conoce. Desde este punto de vista se entiende por qué «la peregrinación intelectual y espiritual de Newman fue la respuesta más ardiente a una luz interior de la que él parecía siempre consciente», esa «Luz gentil» que «el conocimiento proyecta sobre todos los impulsos y los esfuerzos de la vida» (Discurso del 27 abril). En la carta encíclica *Veritatis splendor*, Juan Pablo II, refiriéndose explícitamente a Newman, escribe: «Si existe el derecho de ser respetados en el propio camino de búsqueda de la verdad, existe aún antes la obligación moral, grave para cada uno, de buscar la verdad y de seguirla una vez conocida. En este sentido el cardenal J. H. Newman, gran defensor de los derechos de la conciencia, afirmaba con de-



Si la verdad es lo que precede y estimula el deseo de aquel que conoce y actúa, la conciencia es el medio para adquirir la verdad, por parte de aquel que, conociendo, actúa y, actuando, conoce

cisión: “La conciencia tiene unos derechos porque tiene unos deberes”» (n. 34). Dada la condición humana actual, marcada por las consecuencias del primer pecado, la conciencia se encuentra de hecho debilitada y la posibilidad del error más fácilmente se insinúa cuanto más «le falta una asistencia externa: la conciencia necesita ser guiada y sostenida; abandonada a sí misma, aunque al principio se exprese con verdad, después tiende a volverse incierta, ambigua y falsa» (Newman, *Discourses addressed to Mixed Congregations*). El esplendor de la verdad, al que está ordenado por naturaleza, se hace existencialmente menos intenso. Por eso se necesitan dos cosas para hacer la conciencia verdadera, en conformidad a su naturaleza: un suplemento externo de luz (la Revelación, la «Luz gentil») y una educación continua que consienta la acogida. Dice también Juan Pablo II: «La luz interior

de la conciencia pone a una persona en contacto con la realidad de un Dios personal. En uno de sus libros él [Newman] escribió: “Mi naturaleza siente la voz de la conciencia como una persona. Cuando la obedezco, me siento satisfecho; cuando la desobedezco, siento una aflicción - tal como lo que siente cuando agrado o desagrado a algún amigo querido (...). Un eco implica una voz; una voz, alguien que habla. Es aquel que habla que yo amo y venero” (Callista)» (Carta del 18 junio). Es precisamente esta la raíz última de la dignidad inviolable de la conciencia: Aquel que, a través de ella, habla y que, con la obediencia a la conciencia, se descubre amado.

La tercera palabra es santidad. El drama interior que marcó la larga vida de Newman «giró en torno a la cuestión de la santidad y unión con Cristo. Su deseo más ardiente era conocer y hacer la voluntad de Dios. Por eso, en un tiempo de intenso tormento espiritual, antes de retirarse a rezar sobre su decisión de entrar a la Iglesia Católica, él pidió a sus parroquianos de Littlemore: “Acordaos de él en los días venideros, aunque no oigáis hablar de él, y orad por él, para que discierna cuál sea la voluntad de Dios en todas las cosas, y esté siempre dispuesto a hacerla”» (Discurso del 27 de abril). En la carta al arzobispo de Birmingham del 22 de enero de 2001, Juan Pablo II retomó el mismo tema de la santidad desde el punto de vista del dolor y

de la cruz: «Todas las pruebas que experimentó durante su vida, más que abatirlo o destruirlo, paradójicamente fortalecieron su fe en el Dios que lo había llamado, y robustecieron su convicción de que Dios “no hace nada en vano”. Por eso, al final, lo que resplandece en Newman es el misterio de la cruz del Señor: este fue el centro de su misión, la verdad absoluta que contempló, la “luz amable” que lo guió».

Cuarto punto, fe y razón. La centralidad de la palabra fe emerge con evidencia de lo que se ha dicho sobre la santidad. Y al tratarlo en relación con Newman, es de fundamental importancia entender cómo Juan Pablo II siempre la trata en relación con la razón. Fe y razón, por tanto, un binomio inseparable y vital. Escribe en la carta del 18 de junio de 1990: «Siguiendo la luz de su conciencia, Newman ha recorrido un itinerario de fe que ha descrito con fuerza y claridad en sus obras (...). Era una característica suya ser firmemente fiel a la verdad una vez aferrada, siempre preparado para desarrollar y profundizar su comprensión del depósito de la fe». Y en la carta del 22 de enero de 2001: «Newman nació en un tiempo agitado, que no sólo sufrió convulsiones políticas y militares, sino también espirituales. Las antiguas certezas se debilitaban, y los creyentes afrontaban, por una parte, la amenaza del racionalismo, y, por otra, la del fideísmo. El racionalismo implicaba un rechazo tanto de la

autoridad como de la trascendencia, mientras que el fideísmo alejaba a la gente de los desafíos de la historia y de las tareas de este mundo, produciendo una dependencia deformada de la autoridad y de lo sobrenatural. En ese mundo, Newman llegó finalmente a una notable síntesis entre fe y razón, que eran para él “como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”». Un equilibrio extraordinariamente armónico, por tanto, determinado por el amor apasionado por la verdad. Precisamente en la encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II señala en primer lugar el nombre de John Henry Newman como emblema de la «fecunda relación entre filosofía y palabra de Dios», manifestado «en la decidida búsqueda realizada por pensadores más recientes», habiendo evocado, antes que a los contemporáneos,

nada menos que a los padres de la Iglesia antigua y a los grandes doctores medievales (n. 74).

Iglesia es la quinta palabra clave. El misterio de la Iglesia ha sido siempre el gran amor de la vida de Newman. Sus escritos «delinean un cuadro extremadamente claro de su inquebrantable amor por la Iglesia como in-

cesante efusión del amor de Dios por el hombre en cada fase de la historia». De su corazón límpido brotaba de forma natural una oración como la siguiente: «Haz que yo no olvide nunca que Tú has establecido en la tierra un reino que es Tuyo, que la Iglesia es obra Tuya, establecida por Ti, Tu instrumento; que nosotros estamos sujetos a Tus reglas, a Tus leyes, a Tu mirada – que cuando la Iglesia habla, eres Tú quien habla. Haz que el conocimiento de esta maravillosa verdad no me haga insensible a



Newman fotografiado el 13 de mayo de 1890, tres meses antes de su muerte

ella – haz que la debilidad de Tus humanos representantes no me haga olvidar que eres Tú quien habla y actúa a través de ellos» (Discurso del 27 de abril). Por esto su amor personal pleno por la Iglesia, por la única Iglesia de Cristo – señala además Juan Pablo II en la carta del 18 de junio – «con su persona y con

su trabajo, el cardenal Newman ilumina el camino ecuménico». Último punto, el corazón de Dios. Cuando en 1879 recibió la púrpura cardenalicia de manos de León XIII, Newman adoptó como lema para su escudo *cor ad cor loquitur*. Celebrando la misa de beatificación en el Cotton Park de Birmingham el 19 de septiembre de 2010, Benedicto XVI explicó así el sentido: «El lema del Cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, “el corazón habla al corazón”, nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios». «Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios – y aquí Benedicto XVI se encontraba en Londres en Hyde Park, durante la vigilia de oración antes de la beatificación – fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn 14,6)».

Para su tumba, Newman eligió como epitafio *ex umbris et imaginibus in veritatem*: estaba claro que al final de su viaje terreno era Cristo la verdad que había encontrado. Celebrando las exequias de Juan Pablo II el 8 de abril de 2005, el cardenal Ratzinger observó que el difunto

Pontífice «ha interpretado para nosotros el misterio pascual como misterio de la divina misericordia». Precisamente como él escribió en su último libro *Memoria e identidad*: «El límite impuesto al mal “es en definitiva la divina misericordia”». Dios ha dado su Corazón a nosotros miserables, para que nuestro corazón fuera redimido, colmado por él y pudiera así hablar fraternalmente al de cada hombre, lleno de la misma espera. *Cor ad cor loquitur*.

El Papa Francisco canonizó a John Henry Newman el 13 de octubre de 2019, en la solemne celebración en la plaza de San Pedro, junto a otras cuatro beatas, tres religiosas y una laica, de profesión costurera, cuyas vidas se desarrollaron por senderos diferentes, caracterizadas, las tres primeras – esto subrayó el Papa Francisco –, por el «camino de amor en las periferias existenciales del mundo» y, la última, por la «oración sencilla, la tolerancia paciente, la entrega silenciosa». Vidas resumidas con una única expresión sintética: «santidad de lo cotidiano». Precisamente es esta santidad – y exactamente aquí llega la referencia específica del Papa a John Henry Newman, cuya vida, cuyos escritos y cuya enseñanza, extraordinarios, han sido siempre en él una única cosa inseparable – a la que se refiere «el santo Cardenal Newman cuando dice: “El cristiano tiene una paz profunda, silenciosa y escondida que el mundo no ve. [...] El cris-

tiano es alegre, sencillo, amable, dulce, cortés, sincero, sin pretensiones, [...] con tan pocas cosas inusuales o llamativas en su porte que a primera vista fácilmente se diría que es un hombre corriente” (*Parochial and Plain Sermons*, V,5)». Con una sentida exhortación dirigida a todos – «Pidamos ser así, “luces amables” en medio de la oscuridad del mundo» – acompañada de una oración – «Jesús, “quédate con nosotros y así comenzaremos a brillar como brillas Tú; a brillar para servir de luz a los demás” (*Meditations on Christian Doctrine*, VII,3)», pronunciada con palabras tomadas de los escritos del gran santo inglés, concluyó – el 13 de octubre de 2019 – la homilía de la canonización de los cinco nuevos santos de la Iglesia católica.

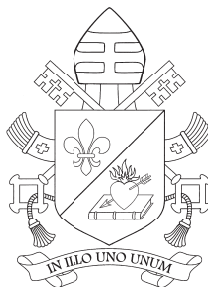
Ahora, el próximo 1 de noviembre, en el contexto del Jubileo del Mundo Educativo del Año Santo 2025, el Jubileo de la Esperanza, san John Henry Newman será proclamado Doctor de la Iglesia por el Papa León XIV.

Un ulterior signo del camino pacificado de la Iglesia en el mundo, un signo de gran esperanza también para la educación, en un mundo que la necesita inmensamente.

**Subsecretario del Dicasterio para la Evangelización*

(artículo ya publicado en lengua italiana, sin la última parte en: *L'Osservatore Romano*, sábado 26 de abril de 2014, vigilia de la canonización de san Juan Pablo II)

Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 10 de septiembre

Confianza que resiste incluso cuando todo calla

Queridos hermanos y hermanas:

Buenos días y gracias por vuestra presencia, ¡un hermoso testimonio!

Hoy contemplamos la cumbre de la vida de Jesús en este mundo: su muerte en la cruz. Los Evangelios recogen un detalle muy valioso, que merece ser contemplado con la inteligencia de la fe. En la cruz, Jesús no muere en silencio. No se apaga lentamente, como una luz que se consume, sino que deja la vida con un grito: «Jesús, dando un fuerte grito, expiró» (Mc 15,37). Ese grito encierra todo: dolor, abandono, fe, ofrenda. No es solo la voz de un cuerpo que cede, sino la última señal de una vida que se entrega.

El grito de Jesús va precedido por una pregunta, una de las más lacerantes que se pueden pronunciar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Es el primer versículo del Salmo 22, pero en los labios de Jesús adquiere un peso único. El Hijo, que siempre ha vivido en íntima comunión con el Padre, experimenta ahora el silencio, la ausencia, el abismo. No se trata de una crisis de fe, sino de la última etapa de un amor que se entrega hasta el fondo. El grito de Jesús no es desesperación, sino sinceridad, verdad llevada al límite, confianza que resiste incluso cuando todo calla.

En ese momento, el cielo se oscurece y el velo del

templo se rasga (cf. Mc 15,33-38). Es como si la creación participara de ese dolor y al mismo tiempo revelara algo nuevo: Dios ya no habita detrás de un velo, su rostro es ahora plenamente visible en el Crucifijo. Es allí, en aquel hombre desgarrado, donde se manifiesta el amor más grande. Es allí donde podemos reconocer a un Dios que no permanece distante, sino que atraviesa hasta el fondo nuestro dolor.

El centurión, un pagano, lo entiende. No porque haya escuchado un discurso, sino porque vio morir a Jesús en ese modo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). Es la primera profesión de fe después de la muerte de Jesús. Es el fruto de un grito que no se dispersó en el viento, sino que tocó un corazón. A veces, lo que no somos capaces de decir con palabras lo expresamos con la voz. Cuando el corazón está lleno grita. Y esto no siempre es una señal de debilidad, puede ser un profundo acto de humanidad.

Nosotros estamos acostumbrados a pensar en el grito como algo descompuesto, que hay que reprimir. El Evangelio confiere a nuestro grito un valor inmenso, recordándonos que puede ser una invocación, una protesta, un deseo, una entrega. Es más, puede ser la forma extrema de la oración, cuando ya no nos quedan palabras en ese grito, Jesús puso todo lo que le quedaba: todo su amor, toda su esperanza.

Sí, porque también hay esto en el grito: una esperanza que no se resigna. Se grita cuando se cree que alguien todavía puede escuchar. Se grita no por desesperación, sino por deseo. Jesús no gritó contra el Padre, sino hacia Él. Incluso en el silen-

cio, estaba convencido de que el Padre estaba allí. Y así nos mostró que nuestra esperanza puede gritar, incluso cuando todo parece perdido.

Gritar se convierte entonces en un gesto espiritual. No es solo el primer acto de nuestro nacimiento – cuando llegamos al mundo llorando – : es también un modo para permanecer vivos. Se grita cuando se sufre, pero también cuando se ama, se llama, se invoca. Gritar es decir que estamos, que no queremos apagarnos en silencio, que tenemos todavía algo que ofrecer.

En el viaje de la vida, hay momentos en los que guardar todo dentro puede consumirnos lentamente. Jesús nos enseña a no tener miedo del grito, mientras sea sincero, humilde, orientado al Padre. Un grito no es nunca inútil si nace del amor. Y nunca es ignorado si se entrega a Dios. Es una vía para no ceder al cinismo, para continuar creyendo que otro mundo es posible.

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos también esto del Señor Jesús: aprendamos el grito de la esperanza cuando llega la hora de la prueba extrema. No para herir, sino para encomendarnos. No para gritar contra alguien, sino para abrir el corazón. Si nuestro grito es verdadero, podrá ser el umbral de una nueva luz, de un nuevo nacimiento. Como para Jesús: cuando todo parece acabado, en realidad, la salvación estaba a punto de iniciar. Si se manifiesta con la confianza y la libertad de los hijos de Dios, la voz sufriente de nuestra humanidad, unida a la voz de Cristo, se puede convertir en fuente de esperanza para nosotros y para quien está a nuestro lado.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a dar voz a los sufrimientos de la humanidad a través de nuestra oración y de obras concretas de caridad, para que esa voz, unida a la de Cristo, pueda convertirse en fuente de esperanza para todos. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
OBISPOS ORDENADOS EN EL ÚLTIMO AÑO
Aula del Sínodo. Jueves, 11 de septiembre

Llamados a servir la fe del pueblo

Buenos días. Vamos a empezar a cantar el Veni Creator. Creo que todos tenéis una copia. Espero que alguien tenga mejor voz que yo esta mañana... Empezamos a capela.

[Canto “Veni Creator”]

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz sea con vosotros.

[Dirección de saludo del card. Tagle]

“¡Al servicio de la Iglesia!” Buenos días a todos. Comenzaré con algunas observaciones preparadas en italiano y luego tal vez pase al inglés para que los traductores puedan descansar. Después tendremos tiempo para el diálogo. Me encantaría escuchar a tantos de ustedes como sea posible, tal vez para que tengan la oportunidad de hacer algunas preguntas y así podamos conocernos un poco mejor.

Tenemos 200 obispos, un solo Papa y poco tiempo, así que lo aprovecharemos al máximo. Haremos una pausa alrededor de las 11 o trabajaremos para terminar alrededor de las 11, y luego la segunda parte de la mañana será para tener la oportunidad de saludarnos individualmente, hacernos una bonita foto –que podréis colgar en algún lugar de la casa del obispo– y, al menos, tener la oportunidad de saludarnos unos a otros. Así será el transcurso de la mañana. Pueden empezar a pensar en las preguntas que tengan o en las cosas que quieran compartir.

Primero, unas breves observaciones preparadas, en italiano.

Queridos hermanos en el episcopado:

Os doy la bienvenida y os saludo con gran alegría, casi al final de estas jornadas de formación y oración que habéis vivido juntos, aquí en Roma. Doy las gracias al Dicasterio para los Obispos –pensaba venir para este curso vestido de negro también yo, pero... –, al Dicasterio para las Iglesias Orientales y al Dicasterio para la Evangelización, en las personas del Prefecto, de los Secretarios y de sus colaboradores, que se han encargado de la preparación y organización de este curso.

Deseo recordar, en primer lugar, algo tan sim-

ple como no descontado: el don que habéis recibido no es para vosotros mismos, sino para servir a la causa del Evangelio. Habéis sido elegidos y llamados para ser enviados, como apóstoles del Señor y como siervos de la fe. Y es precisamente en esto en lo que me gustaría detenerme brevemente, antes de entablar con vosotros un diálogo fraterno: el obispo es siervo, el obispo está llamado a servir a la fe del pueblo.

Es algo que tiene que ver con nuestra identidad. Después hablaré un poco de algunos elementos y características de esta identidad, tal vez algunos de ustedes todavía estén diciendo: ¿por qué fui elegido? Yo al menos me lo pregunto. El servicio no es una característica externa o una forma de ejercer el papel. Por el contrario, a quienes Jesús llama como discípulos y anunciadores del Evangelio, en particular a los Doce, se les pide la libertad interior, la pobreza de espíritu y la disponibilidad al servicio que nace del amor, para encarnar la misma elección de Jesús, que se hizo pobre para enriquecernos (cf. 2 Co 8,9). Él nos ha manifestado el estilo de Dios, que no se nos revela en el poder, sino en el amor de un Padre que nos llama a la comunión con Él.

A propósito de la ordenación del obispo, Agustín afirma: «En primer lugar, quien preside al pueblo debe comprender que es siervo de muchos» (Discurso 340/A, 1). Al mismo tiempo, recuerda que en los Apóstoles se había insinuado «un cierto afán de grandeza» (ibíd.), ante el cual Jesús tuvo que intervenir como un médico para curarlos. De hecho, recordamos la advertencia del Señor cuando ve al grupo de los Doce que discute sobre quién era el más grande: «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos» (Mc 10,43-44). Varias veces el Papa Francisco decía: ¡la única autoridad que tenemos es el servicio, y un servicio humilde! Es realmente importante que meditemos y tratemos de vivir esas palabras.

Por eso os pido que veléis siempre y caminéis en humildad y oración, para haceros siervos del pueblo al que el Señor os envía. Este servicio recordaba el Papa Francisco en una ocasión como

esta- se expresa al ser signo de la cercanía de Dios: «La cercanía al pueblo que se nos ha confiado no es una estrategia oportunista, sino nuestra condición esencial. A Jesús le gusta acercarse a sus hermanos por medio de nosotros, por medio de nuestras manos abiertas que acarician y consuelan; de nuestras palabras, pronunciadas para ungir el mundo de Evangelio y no de nosotros mismos; de nuestro corazón, cuando se carga de las angustias y alegrías de los hermanos» (Discurso a los obispos participantes en el curso de formación, 12 de septiembre de 2019).

Al mismo tiempo, hoy debemos preguntarnos qué significa ser servidores de la fe del pueblo. Por importante y necesaria que sea, no basta con ser conscientes de que nuestro ministerio está arraigado en el espíritu de servicio, a imagen de Cristo. De hecho, también debe traducirse en el estilo del apostolado, en las diversas formas de cuidado y gobierno pastoral, en el anhelo del anuncio, de maneras tan diferentes y creativas según las situaciones concretas a las que se enfrenten.

La crisis de la fe y de su transmisión, junto con las dificultades que afectan a la pertenencia y a la práctica eclesial, nos invitan a reencontrar la pasión y el valor para un nuevo anuncio del Evangelio. Al mismo tiempo, varias personas que parecen estar alejadas de la fe, a menudo vuelven a llamar a las puertas de la Iglesia o se abren a una nueva búsqueda de espiritualidad, que a veces no encuentra lenguajes y formas adecuadas en las propuestas pastorales habituales. Y no debemos olvidar, además, los otros desafíos, de carácter más cultural y social, que nos afectan a todos y que, en especial, afectan a algunos territorios: el drama de la guerra y de la violencia, el sufrimiento de los pobres, la aspiración de muchos a un mundo más fraterno y solidario, los desafíos éticos que nos interpelan sobre el valor de la vida y de la libertad, y la lista sería ciertamente más larga.

En este contexto, la Iglesia os envía como pastores atentos, atentos, que saben compartir el camino, las preguntas, las ansiedades y las esperanzas de la gente; pastores que desean ser guías, padres y hermanos para los sacerdotes y para las hermanas y hermanos en la fe.

Estimados, rezo por ustedes, para que nunca les falte el viento del Espíritu y para que la alegría de su Ordenación, como perfume suave, pueda extenderse también sobre aquellos a quienes van a servir. ¡Gracias!

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV,
FIRMADO POR EL CARDENAL SECRETARIO DE
ESTADO PIETRO PAROLIN, A LOS PARTICIPANTES
EN EL XII CONGRESO LATINOAMERICANO DE
CIENCIA Y RELIGIÓN
10 - 12 de septiembre

Contemplar la medida sin medida

Su Santidad León XIV
saluda cordialmente al
Reverendo Padre José Enrique Oyarzún, L.
C.,

Rector Magnífico del Pontificio Ateneo Regina
Apostolorum

y a los organizadores y participantes en el XII Congreso Latinoamericano de Ciencia y Religión que, con el título Los lenguajes de la creación. La hermenéutica científica, filosófica y teológica del «Libro de la Naturaleza» como camino de esperanza, se celebra en Roma, durante los días 10, 11 y 12 de septiembre, e invita a todos los congresistas a buscar caminos que permitan al hombre «elevarse sobre todas las cosas que pueden medirse para ver la medida sin medida; sobrepasar todos los seres que pueden contarse para contemplar el número que no tiene número; ensalzarse sobre todas las cosas que pueden pesarse a fin de observar el peso que no tiene peso» (S. Agustín, De Genesi ad litteram, IV, 3, 8).

De ese modo, aun sin “pronunciar palabras”, la obra de Dios proclamará la gloria de su Creador, el hombre podrá escuchar su mensaje de esperanza no sólo en el resplandor de los días claros de su existencia, sino también en las noches de la angustia y la tribulación propias de la condición humana (cf. Salmo 19, 1-4).

Con estos deseos, el Santo Padre, mientras invoca sobre todos ustedes el Dulce Nombre de

María, Estrella de la Mañana, pide al Señor que sostenga con su gracia sus trabajos y les imparte con afecto la implorada Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 de septiembre de 2025

Cardenal Pietro Parolin

Secretario de Estado

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
a los participantes en el III World Meeting on
Human Fraternity

Sala Clementina. Viernes 12 de septiembre de 2025

El cuidado, la entrega y la confianza son los pilares de una economía que no mata

¡Buenos días a todos y bienvenidos!

Queridos hermanos y hermanas, ¡la paz sea con
vosotros!

Os doy la bienvenida y os doy las gracias por estar aquí, procedentes de muchas partes del mundo, para la tercera edición del World Meeting on Human Fraternity organizado por la Basílica de San Pedro, la Fundación Fratelli tutti, la Asociación Be Human y la Fundación Saint Peter for Humanity.

El planeta está marcado por conflictos y divisiones, y con mayor razón están unidos por un fuerte y valiente “no” a la guerra y por el “sí” a la paz y la fraternidad. Como el Papa Francisco nos enseñó, de hecho, la guerra no es el camino correcto para salir de los conflictos. “Aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso” (Evangelii gaudium, 227) es el camino más sabio, el camino de los fuertes. Vuestra presencia testimonia esa sabiduría, que une las culturas y las religiones, esa fuerza silenciosa que nos hace reconocer hermanos y hermanas, a pesar de todas nuestras diferencias.

Según el relato bíblico, la primera relación fraterna, la de Caín y Abel, fue inmediatamente dramáticamente conflictiva. Sin embargo, ese primer asesinato no debe llevar a concluir: “siempre ha sido así”. Por muy antigua que sea, por muy exten-

dida que esté, la violencia de Caín no se puede tolerar como “normal”. Por el contrario, la norma resuena en la pregunta divina dirigida al culpable: “¿Dónde está tu hermano?”

Esta misma pregunta, hoy más que nunca, debe hacerse nuestra, como principio de reconciliación. Internalizada, resonará así: «Hermano, hermana, ¿dónde estás?». ¿Dónde estás en el negocio de las guerras que rompen las vidas de los jóvenes obligados a las armas, golpean a civiles, niños, mujeres y ancianos indefensos, devastan ciudades, campos y ecosistemas enteros, dejando tras de sí solo escombros y dolor? Hermano, hermana, ¿dónde estás entre los migrantes despreciados, encarcelados y rechazados, entre los que buscan salvación y esperanza y encuentran muros e indiferencia? ¿Dónde estás, hermano, cuando los pobres son culpados de su pobreza, olvidados y descartados, en un mundo que valora más el beneficio de las personas? Hermano, hermana, ¿dónde estás en una vida hiperconectada pero en la que la soledad corroe los lazos sociales y nos hace extraños incluso a nosotros mismos?

La respuesta no puede ser el silencio. Y una respuesta sois vosotros, con vuestra presencia, vuestro compromiso y vuestro coraje. La respuesta es la elección de otra dirección de vida, de crecimiento, de desarrollo.

Reconocer que el otro es un hermano, una hermana, significa liberarnos de la ficción de creernos hijos únicos y también de la lógica de los socios, que están juntos solo por interés. No es solo el interés en hacernos vivir juntos. Las grandes tradiciones espirituales y también la maduración del pensamiento crítico nos hacen ir más allá de los lazos de sangre o étnicos, más allá de esas hermandades que solo reconocen quién es similar y niegan quién es diferente. Es interesante que en la Biblia, como nos ha hecho descubrir la exégesis científica, son los textos más recientes y más maduros los que narran una fraternidad que supera los límites étnicos del pueblo de Dios y que se funda en la humanidad común. Lo atestiguan los relatos de creación y las genealogías: uno solo es el origen de los diferentes pueblos -también de los enemigos- y la Tierra, con sus bienes, es para to-

dos, no para algunos.

En el corazón de la Encíclica *Fratelli tutti* leemos: “Hay un reconocimiento básico, esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal: percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia” (n. 106).

La fraternidad es el nombre más verdadero de la proximidad. Significa reencontrar el rostro del otro. Y en el rostro del pobre, del refugiado, incluso del adversario, reconocer el Misterio: para quien cree, la imagen misma de Dios.]

Queridos amigos, os exhorto a identificar caminos, locales e internacionales, que desarrollen nuevas formas de caridad social, de alianzas entre saberes y de solidaridad entre las generaciones. Sean caminos populares, que incluyan también a los pobres, no como destinatarios de ayuda, sino como sujetos de discernimiento y de palabra. Os animo a continuar en este trabajo de siembra silenciosa. De ella puede nacer un proceso participativo sobre lo humano y la fraternidad, que no se limite a enumerar los derechos, sino que incluya también acciones y motivaciones concretas que nos hagan diferentes en la vida cotidiana. Necesitamos una amplia «alianza de lo humano», fundada no en el poder, sino en el cuidado; no en el beneficio, sino en el don; no en la sospecha, sino en la confianza. El cuidado, el don, la confianza no son virtudes para el ocio: son pilares de una economía que no mata, sino que intensifica y amplía la participación en la vida.

Deseo agradecer a los artistas que, con su creatividad, lanzarán este mensaje al mundo, desde el magnífico abrazo de la columnata de Bernini. Un agradecimiento especial a los ilustres Premios Nobel presentes, tanto por haber redactado la Declaración sobre la fraternidad humana del 10 de junio de 2023, como por el testimonio que dan en los foros internacionales.

Seguid haciendo crecer la espiritualidad de la fraternidad a través de la cultura, las relaciones laborales, la acción diplomática. Llevad siempre en el corazón las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: «Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así amaos

también vosotros los unos a los otros» (13,34-35). Que os acompañe y sostenga mi bendición.

¡Muchas gracias! Concluyamos con la bendición del Señor. Rezamos por todos vosotros, por vuestro compromiso de promover la unidad y la hermandad en todo el mundo.

Gracias por vuestro compromiso con la paz y la unidad. ¡Gracias!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, Domingo, 14 de septiembre de 2025

Un compromiso renovado por la unidad, la sinodalidad y la misión de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, feliz domingo.

Hoy la Iglesia celebra la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, en la que recuerda el hallazgo del leño de la cruz por parte de santa Elena, en Jerusalén, en el siglo IV, y la restitución de la preciosa reliquia a la Ciudad Santa, por obra del Emperador Heraclio.

¿Pero qué quiere decir para nosotros celebrar hoy esta fiesta? Nos ayuda a comprenderlo el Evangelio que la liturgia nos propone (cf. Jn 3,13-17). La escena se desarrolla de noche, Nicodemo, uno de los jefes de los judíos, persona recta y de mente abierta (cf. Jn 7,50-51), va a encontrar a Jesús. Tiene necesidad de luz, de guía, busca a Dios y pide ayuda al Maestro de Nazaret, porque en Él reconoce un profeta, un hombre que cumple signos extraordinarios.

El Señor lo acoge, lo escucha, y al final le revela que el Hijo del hombre debe ser ensalzado, «para que todos los que creen en Él tengan Vida eterna» (Jn 3,15), y añade: «Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga Vida eterna» (v. 16). Nicodemo, que quizás en ese momento no comprende plenamente el sentido de estas palabras, podrá de seguro hacerlo cuando, después de la crucifixión, ayudará a sepultar el cuerpo del Salvador (cf. Jn 19,39). Comprenderá entonces que Dios, para redimir a los hombres, se hizo

hombre y murió en la cruz.

Jesús habla de esto con Nicodemo, evocando un episodio del Antiguo Testamento (cf. Nm 21,4-9), cuando en el desierto los israelitas, atacados por serpientes venenosas, se salvan mirando la serpiente de bronce que Moisés, obedeciendo al mandato de Dios, había fabricado y colocado sobre un asta. Dios nos salvó mostrándose a nosotros, ofreciéndose como nuestro compañero, maestro, médico, amigo, hasta hacerse por nosotros Pan partido en la Eucaristía. Y para cumplir esta obra se sirvió de uno de los instrumentos de muerte más cruel que el hombre haya jamás inventado: la cruz.

Por esto hoy nosotros celebramos su “exaltación”, lo hacemos por el amor inmenso con el que Dios, abrazándola para nuestra salvación, la transformó de medio de muerte a instrumento de vida, enseñándonos que nada puede separarnos de Él (cf. Rm 8,35-39) y que su caridad es más grande que nuestro mismo pecado (cf. Francisco, Catequesis, 30 marzo 2016).

Pidamos ahora, por la intercesión de María, la Madre presente en el Calvario junto a su Hijo, que también en nosotros se arraigue y crezca su amor que salva, y que también nosotros sepamos donarnos los unos a los otros, como Él se ha donado enteramente a todos.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Mañana celebramos el 60 aniversario de la instauración del Sínodo de los Obispos, una institución profética de san Pablo VI, para que los obispos pudiesen ejercitar más y mejor la comunión con el Sucesor del Pedro. Deseo que esta celebración renueve el compromiso por la unidad, por la sinodalidad y la misión de la Iglesia.

Saludo con afecto a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos de Italia y de varios países, en particular los de Villa Alemana y Valparaíso, de Chile; los de la Archidiócesis de Mwanza, de Tanzania y los de Humpolec, de la República Checa; a los peruanos de la Asociación religiosa Jesús Nazareno Cautivo, de Roma. Quiero saludar también a los fieles de Chiaiamari, Anitrella, Uboldo, Faeto, Lesmo, Trani, Faenza, Pistoia, San Marti-

no, de Sergnano, Guardia di Acireale, San Martino delle Scale, de Palermo, y Alghero.

Mi saludo también para las bandas musicales de Borno y de Sonico, de Val Camonica, para la cooperativa “La Nuova Famiglia” de Monza, para el comité regional Pro Loco del Lacio, para la Unión del Apostolado Católico, para los jóvenes del Don Bosco Youth-Net y para la comunidad de Comunión y Liberación de Roma; así como también para la asociación Arti e Mestieri, de Sant’Agata di Militello, para los motociclistas llegados de Ravena y para los ciclistas de Rovigo.

Queridos hermanos y hermanas —creo que lo saben—, hoy cumpla setenta años. Doy gracias al Señor y a mis padres, y agradezco a cuantos me han tenido presente en la oración. Muchas gracias a todos. Gracias. Feliz domingo.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN LA
CONMEMORACIÓN DE LOS MÁRTIRES Y TESTIGOS
DE LA FE DEL SIGLO XXI

*Basilica de San Pablo Extramuros, XXIV Domingo del
Tiempo Ordinario, 14 de septiembre de 2025*

Símbolos de una esperanza desarmada, levadura de una humanidad pacífica

Hermanos y hermanas:

«Yo sólo me gloriaré en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Ga 6,14). Las palabras del apóstol Pablo, junto a cuya tumba estamos reunidos, nos introducen en la conmemoración de los mártires y testigos de la fe del siglo XXI, en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

A los pies de la cruz de Cristo, nuestra salvación, descrita como la “esperanza de los cristianos” y la “gloria de los mártires” (cf. Vísperas de la Liturgia bizantina en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz), saludo a los representantes de las Iglesias Ortodoxas, de las Antiguas Iglesias Orientales, de las Comuniones cristianas y de las Organizaciones ecuménicas, a quienes agradezco haber aceptado mi invitación a esta celebración. A

todos ustedes aquí presentes les dirijo mi abrazo de paz.

Estamos convencidos de que el martirio hasta la muerte es «la comunión más auténtica que existe con Cristo, que derrama su sangre y, en este sacrificio, acerca a quienes un tiempo estaban lejanos (cf. Ef 2,13)» (Cart. enc. Ut unum sint, 84). Aún hoy podemos afirmar con Juan Pablo II que, allí donde el odio parecía impregnar cada aspecto de la vida, estos audaces servidores del Evangelio y mártires de la fe demostraron evidentemente que «el amor es más fuerte que la muerte» (Conmemoración Ecuménica de los Testigos de la fe del siglo XX, 7 mayo 2000).

Recordamos a estos hermanos y hermanas nuestros con la mirada dirigida al Crucificado. Con su cruz Jesús nos ha manifestado el verdadero rostro de Dios, su infinita compasión por la humanidad; cargó sobre sí el odio y la violencia del mundo, para compartir la suerte de todos los que son humillados y oprimidos: «Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias» (Is 53,4).

Muchos hermanos y hermanas, también hoy, a causa de su testimonio de fe en situaciones difíciles y contextos hostiles, cargan con la misma cruz del Señor. Al igual que Él son perseguidos, condenados, asesinados. De ellos dice Jesús: «Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí» (Mt 5,10-11). Son mujeres y hombres, religiosas y religiosos, laicos y sacerdotes, que pagan con la vida la fidelidad al Evangelio, el compromiso con la justicia, la lucha por la libertad religiosa allí donde todavía es transgredida, la solidaridad con los más pobres. Según los criterios del mundo han sido “derrotados”. En realidad, como nos dice el libro de la Sabiduría: «A los ojos de los hombres, ellos fueron castigados, pero su esperanza estaba colmada de inmortalidad» (Sb 3,4).

Hermanos y hermanas, a lo largo del Año jubilar, celebramos la esperanza de estos valientes testigos de la fe. Es una esperanza llena de inmortalidad, porque su martirio sigue difundiendo el Evangelio en un mundo marcado por el odio, la violencia y la guerra; es una esperanza llena de in-

mortalidad, porque, aunque fueron asesinados en el cuerpo, nadie podrá apagar su voz ni borrar el amor que donaron; es una esperanza llena de inmortalidad, porque su testimonio permanece como profecía de la victoria del bien sobre el mal.

Sí, la suya es una esperanza desarmada. Han testimoniado la fe sin usar jamás las armas de la fuerza ni de la violencia, sino abrazando la débil y mansa fuerza del Evangelio, según las palabras del apóstol Pablo: «Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo. [...] Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12,9-10).

Pienso en la fuerza evangélica de la Hermana Dorothy Stang, comprometida con los “sin tierra” en la Amazonía. A quienes se disponían a matarla y le pedían un arma, ella les mostró la Biblia respondiendo: “He aquí mi única arma”. Pienso en el Padre Ragheed Ganni, sacerdote caldeo de Mosul en Irak, que renunció a combatir para testimoniar cómo se comporta un verdadero cristiano. Pienso en el hermano Francis Tofi, anglicano y miembro de la Melanesian Brotherhood, que dio la vida por la paz en las Islas Salomón. Los ejemplos serían muchos, porque lamentablemente, a pesar del fin de las grandes dictaduras del siglo XX, todavía hoy no ha terminado la persecución de los cristianos, es más, en algunas partes del mundo ha aumentado.

Estos audaces servidores del Evangelio y mártires de la fe, «son como un gran cuadro de la humanidad cristiana [...]». Un mural del Evangelio de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre» (S. Juan Pablo II, Conmemoración Ecueménica de los Testigos de la fe del siglo XX, 7 mayo 2000).

Queridos hermanos y hermanas, no podemos, no queremos olvidar. Queremos recordar. Lo hacemos seguros de que, como en los primeros siglos, también en el tercer milenio la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos (cf. Tertuliano, Apol. 50, 13). Queremos preservar la memoria junto a nuestros hermanos y hermanas de las demás Iglesias y Comuniones cristianas. Deseo, por tanto, reafirmar el compromiso de la Iglesia Católica de custodiar la memoria de los testigos

de la fe de todas las tradiciones cristianas. La Comisión para los Nuevos Mártires, en el Dicasterio para las Causas de los Santos, cumple esta tarea, colaborando con el Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos.

Como reconocíamos durante el reciente Sínodo, el ecumenismo de la sangre une a los «cristianos de distintas tradiciones que juntos dan su vida por la fe en Jesucristo. El testimonio de su martirio es más elocuente que cualquier palabra: la unidad viene de la Cruz del Señor» (XVI Asamblea sinodal, Documento final, n.23). ¡Que la sangre de tantos testigos adelante el feliz día en el que beberemos del mismo cáliz de salvación!

Queridos amigos, un niño pakistaní, Abish Masih, asesinado en un atentado contra la Iglesia católica, había escrito en su cuaderno: «Making the world a better place», «Hacer del mundo un lugar mejor». Que el sueño de este niño nos impulse a testimoniar con valentía nuestra fe, para ser juntos levadura de una humanidad pacífica y fraterna.

DISCURSO DEL PAPA A LOS PARTICIPANTES DEL
CAPÍTULO GENERAL DE LA ORDEN DE SAN
AGUSTÍN

*Pontificio Instituto Patrístico "Augustinianum". Lunes, 15
de septiembre 2025*

Reavivar el espíritu misionero compartiendo la vida del pueblo

Queridos hermanos,
me alegra estar aquí con vosotros con ocasión de vuestro Capítulo General. Puedo decir que me siento en casa y participo también yo interiormente, en espíritu de compartir espiritual, en lo que estáis viviendo en estos días. Doy las gracias al prior general que ha terminado su servicio y saludo al nuevo prior recientemente elegido: para esta tarea tan exigente es necesaria la oración de todos nosotros, ¡no lo olvidemos!

El capítulo general es una ocasión preciosa para rezar juntos y reflexionar sobre el don recibido, sobre la actualidad del carisma y también sobre

los desafíos y las problemáticas que interpelan a la comunidad. Mientras se llevan adelante las diferentes actividades, celebrar el capítulo general significa ponerse en escucha del Espíritu, en un cierto sentido en analogía con lo que decía nuestro padre Agustín haciendo referencia a la importancia de la interioridad en el camino de la fe: «No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (De la verdadera religión, 39, 72).

Por otro lado, la interioridad no es una fuga de nuestras responsabilidades personales y comunitarias, de la misión que el Señor nos ha encomendado en la Iglesia y en el mundo, de las preguntas y de los problemas urgentes. Se entra en uno mismo para después salir de forma aún más motivado y entusiasmado en la misión. Entrar en nosotros mismos renueva el impulso espiritual y pastoral: se vuelve a la fuente de la vida religiosa y de la consagración, para poder ofrecer luz a aquellos que el Señor pone en nuestro camino. Se redescubre la relación con el Señor y con los hermanos de la propia familia religiosa, porque de esta comunión de amor podemos obtener inspiración y afrontar mejor las cuestiones de la vida comunitaria y los desafíos apostólicos.

En tal contexto, después de una amplia y compartida reflexión que habéis llevado adelante en estos años, os habéis detenido en algunas temáticas a las que quisiera brevemente hacer referencia.

En primer lugar, un tema fundamental: las vocaciones y la formación inicial. Me gusta recordar esa exhortación de San Agustín: «Amad lo que vais a ser» (Discurso 216, 8). Me parece una indicación preciosa, sobre todo para no caer en el error de imaginar la formación religiosa como un conjunto de reglas que cumplir o de cosas que hacer o, también, como un traje ya realizado que hay que llevar de forma pasiva. En el centro de todo, sin embargo, está el amor. La vocación cristiana, y la religiosa en particular, nace solo cuando se siente la atracción de algo grande, de un amor que puede nutrir y saciar el corazón. Por eso nuestra primera preocupación debería ser la de ayudar, especialmente a los jóvenes, a vislumbrar la belleza

de la llamada y a amar lo que, abrazando la vocación, podrían ser. La vocación y la formación no son realidades preestablecidas: son una aventura espiritual que involucra toda la historia de una persona, y se trata en primer lugar de una aventura de amor con Dios.

El amor, que, como sabemos, Agustín ha puesto en el centro de su búsqueda espiritual, es un criterio fundamental también para la dimensión del estudio teológico y de la formación intelectual. En el conocimiento de Dios nunca es posible llegar a Él solo con nuestra razón y con una serie de informaciones teóricas, sino que se trata sobre todo de dejarse sorprender por su grandeza, interrogarnos a nosotros mismos y el sentido de las cosas que suceden para seguir los pasos del Creador, y sobre todo de amarlo y de hacerlo amar. A los que estudian, Agustín sugiere generosidad y humildad, que nacen precisamente del amor: la generosidad de comunicar a los otros las propias búsquedas, para que esto beneficie su fe; la humildad para no caer en la vanagloria de quien busca la ciencia por sí misma, sintiéndose superior a los otros por el hecho de poseerla.

Al mismo tiempo, el don inefable de la caridad divina es a lo que debemos mirar si queremos vivir de la mejor forma también la vida comunitaria y la actividad apostólica, poniendo en común nuestros bienes materiales, como también los humanos y espirituales. Recordemos lo eficaz que es lo que está escrito en nuestra Regla: «Y así como os alimentáis de una sola despensa, así debéis vestiros de una misma ropería». (Regla, 29). Permanezcamos fieles a la pobreza evangélica y hagamos que se convierta en criterio para vivir todo lo que somos y lo que tenemos, incluidos los medios y las estructuras, al servicio de nuestra misión apostólica.

Finalmente, no olvidemos nuestra vocación misionera. Empezando por la primera misión de 1533, los agustinos han anunciado el Evangelio en muchas partes del mundo con pasión y generosidad, cuidando de las comunidades cristianas locales, dedicándose a la educación y a la enseñanza, trabajando por los pobres y realizando obras sociales y caritativas. Este espíritu misionero no de-

be apagarse, porque también hoy hay mucha necesidad. Os exhorto a reavivarlo, recordando que la misión evangelizadora a la que todos estamos llamados exige el testimonio de una alegría humilde y sencilla, la disponibilidad al servicio, el compartir de la vida del pueblo al que somos enviados.

Queridos, os deseo que prosigáis el trabajo del Capítulo en la alegría fraterna y con el corazón dispuesto a acoger las sugerencias del Espíritu. Rezo por vosotros, para que la caridad del Señor inspire vuestros pensamientos y vuestras acciones, haciéndoos apóstoles y testigos del Evangelio en el mundo. Intercedan la Virgen María y San Agustín, y os acompañe la bendición apostólica.

VIGILIA DE ORACIÓN PRESIDIDA POR EL SANTO
PADRE EN EL JUBILEO DE LA CONSOLACIÓN
Basilica de San Pedro. Lunes, 15 de septiembre de 2025

Donde el dolor es profundo, aún más fuerte debe ser la esperanza que nace de la comunión

«Consuelen, consuelen a mi pueblo» (Is 40,1). Esta es la invitación del profeta Isaías, que hoy nos alcanza de modo apremiante también a nosotros: nos llama a compartir la consolación de Dios con tantos hermanos y hermanas que viven situaciones de debilidad, de tristeza, de dolor. Para quienes están en el llanto, en la desesperación, en la enfermedad y en el luto, resuena claro y fuerte el anuncio profético de la voluntad del Señor de poner fin al sufrimiento y transformarlo en alegría. En este sentido, quisiera agradecer nuevamente a las dos personas que han dado sus testimonios. Todo el dolor se puede transformar con la gracia de Jesucristo. ¡Gracias! Esta Palabra compasiva, hecha carne en Cristo, es el buen samaritano del que nos habló el Evangelio. Él es quien cura nuestras heridas, Él es quien cuida de nosotros. En los momentos de oscuridad, aun contra toda evidencia, Dios no nos deja solos; al contrario, precisamente en esas circunstancias estamos llamados

más que nunca a esperar en su cercanía de Salvador que nunca abandona.

Buscamos a quien nos consuele y a menudo no lo encontramos. A veces incluso nos resulta insoportable la voz de quienes, con sinceridad, intentan compartir nuestro dolor. Es verdad. Hay situaciones en las que las palabras no sirven y se vuelven casi superfluas. Quizás en esos momentos sólo quedan las lágrimas del llanto, si es que todavía no se han agotado. El Papa Francisco recordaba las lágrimas de María Magdalena, desorientada y sola, junto al sepulcro vacío de Jesús. «Simplemente llora» decía. Miren, a veces en nuestra vida los anteojos para ver a Jesús son las lágrimas. Hay un momento en nuestra vida en que sólo las lágrimas nos preparan para ver a Jesús. Y ¿cuál es el mensaje de esta mujer? «He visto al Señor»^[1].

Queridas hermanas y hermanos, las lágrimas son un lenguaje que expresa sentimientos profundos del corazón herido. Las lágrimas son un grito mudo que implora compasión y consuelo. Pero aun antes son liberación y purificación de los ojos, del sentir, del pensar. No hay que avergonzarse de llorar; es una manera de expresar nuestra tristeza y la necesidad de un mundo nuevo; es un lenguaje que habla de nuestra humanidad débil y puesta a prueba, pero llamada a la alegría.

Donde hay dolor surge inevitablemente la pregunta: ¿Por qué todo este mal? ¿De dónde proviene? ¿Por qué me tenía que pasar justamente a mí? En sus Confesiones, san Agustín escribe: «Buscaba yo el origen del mal [...]. ¿Cuál es su raíz y cuál su semilla? [...] Puesto que Dios, bueno, hizo todas las cosas buenas [...]. ¿De dónde viene el mal? [...] Tales cosas revolvía yo en mi pecho [...]. Sin embargo, de modo estable se afincaba en mi corazón, en orden a la Iglesia Católica, la fe de tu Cristo, Señor y Salvador nuestro; informe ciertamente en muchos puntos y como fluctuando [...], mas con todo, no la abandonaba ya mi alma» (VII, 5).

En el paso de las preguntas a la fe lo que nos educa es la Sagrada Escritura. De hecho, hay preguntas que nos repliegan sobre nosotros mismos, nos dividen interiormente y nos separan de la rea-

lidad. Hay pensamientos de los que no puede nacer nada. Si nos aíslan y nos desesperan, también humillan la inteligencia. Mejor es, como en los Salmos, que la pregunta sea protesta, lamento, invocación de esa justicia y de esa paz que Dios nos ha prometido. Entonces tendemos un puente hacia el cielo, incluso cuando parece mudo. En la Iglesia buscamos el cielo abierto, que es Jesús, el puente de Dios hacia nosotros. Existe una consolación que nos alcanza cuando “se afinca en el corazón” esa fe que nos parece “informe y como fluctuando”, como una barca en la tormenta.

Donde está el mal, allí debemos buscar el alivio y la consolación que lo vencen y no le dan tregua. En la Iglesia quiere decir: nunca solos. Apoyar la cabeza en un hombro que te consuela, que llora contigo y te da fuerza, es una medicina de la que nadie puede privarse porque es signo de amor. Donde el dolor es profundo, aún más fuerte debe ser la esperanza que nace de la comunión. Y esta esperanza no defrauda.

Los testimonios que hemos escuchado transmiten esta certeza. Que el dolor no debe generar violencia; que la violencia no es la última palabra, porque es vencida por el amor que sabe perdonar. ¿Qué mayor liberación podemos esperar alcanzar sino la que proviene del perdón, que por gracia puede abrir el corazón a pesar de haber sufrido toda clase de brutalidades? La violencia padecida no puede ser borrada, pero el perdón concedido a quienes la generaron es una anticipación en la tierra del Reino de Dios, es fruto de su acción que pone fin al mal y establece la justicia. La redención es misericordia y puede hacer mejor nuestro futuro, mientras aún aguardamos el regreso del Señor. Solo Él enjugará toda lágrima y abrirá el libro de la historia permitiéndonos leer las páginas que hoy no podemos justificar ni comprender (cf. Ap 5).

También a ustedes, hermanos y hermanas que han sufrido la injusticia y la violencia del abuso, María les repite hoy: “Yo soy tu madre”. Y el Señor, en lo secreto del corazón, les dice: “Tú eres mi hijo, tú eres mi hija”. Nadie les puede quitar este don personal ofrecido a cada uno. Y la Iglesia, de la cual algunos miembros lamentablemente los

han herido, hoy se arrodilla junto a ustedes ante la Madre. Que todos podamos aprender de ella a amparar a los más pequeños y frágiles con ternura. Que aprendamos a atender sus heridas, a caminar juntos. Que podamos recibir de María Dolorosa la fuerza de reconocer que la vida no se define sólo por el mal padecido, sino por el amor de Dios que nunca nos abandona y que guía a toda la Iglesia.

Las palabras de san Pablo, además, nos sugieren que, cuando se recibe consolación de Dios, entonces se es capaz de ofrecer consolación también a los demás: Él escribe el Apóstol «nos conforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios» (2 Co 1,4). Los secretos de nuestro corazón no están ocultos a Dios. No hemos de impedirle consolarnos, engañándonos con que podemos contar sólo con nuestras fuerzas.

Hermanas y hermanos, al finalizar esta Vigilia se les ofrecerá un pequeño regalo: el Agnus Dei. Es un signo que podremos llevar a nuestras casas para recordar que el misterio de Jesús, de su muerte y resurrección, es la victoria del bien sobre el mal. Él es el Cordero que da el Espíritu Santo Consolador, que nunca nos deja, nos conforta en la necesidad y nos fortalece con su gracia (cf. Hch 15,31).

Aquellos a los que amamos y que nos han sido arrebatados por la hermana muerte no están perdidos ni desaparecen en la nada. Su vida pertenece al Señor que, como Buen Pastor, los abraza y los estrecha junto a sí, y nos los devolverá un día para que podamos gozar de una felicidad eterna y compartida.

Queridos amigos, así como existe el dolor personal, también en nuestros días existe el dolor colectivo de pueblos enteros que, aplastados por el peso de la violencia, del hambre y de la guerra, imploran paz. Es un grito inmenso, que nos compromete a rezar y actuar para que cese toda violencia y para que quienes sufren puedan recuperar serenidad; y compromete ante todo a Dios, cuyo corazón palpita de compasión, para que venga su Reino. La verdadera consolación que debemos ser

capaces de transmitir es la de mostrar que la paz es posible, y que brota en cada uno de nosotros si no la sofocamos. Que los responsables de las naciones escuchen particularmente el grito de tantos niños inocentes, para garantizarles un futuro que los proteja y los consuele.

En medio de tanta prepotencia, estamos seguros, Dios no dejará que falten corazones y manos que lleven ayuda y consolación, constructores de paz capaces de animar a quienes están en el dolor y la tristeza. Y juntos, como Jesús nos enseñó, invocaremos con mayor verdad: “¡Venga a nosotros tu Reino!”.

[1] Francisco, Meditación matutina en la Capilla de la Domus Sanctae Marthae (2 abril 2013).

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 17 de septiembre de 2025

El hombre busca respuestas rápidas pero Dios trabaja en el tiempo lento de la confianza

Queridos hermanos y hermanas, en nuestro camino de las catequesis sobre Jesús esperanza nuestra, hoy contemplamos el misterio del Sábado Santo. El Hijo de Dios yace en la tumba. Pero esta su “ausencia” no es un vacío: es espera, plenitud contenida, promesa custodiada en la oscuridad. Es el día del gran silencio, en el que el cielo parece mudo y la tierra inmóvil, pero es justamente allí que se cumple el misterio más profundo de la fe cristiana. Es un silencio grávido de sentido, como el vientre de una madre que custodia al hijo todavía no nacido, pero ya vivo.

El cuerpo de Jesús, bajado de la cruz, fue envuelto con cuidado, como se hace con aquello que es valioso. El evangelista Juan nos dice que fue sepultado en un jardín, dentro «una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado» (Jn 19,41). Nada es dejado a la casualidad. Aquel jardín recuerda al Edén perdido, el lugar en el que Dios y el hombre estaban unidos. Y aquella tumba nunca antes usada habla de algo que todavía

debe suceder: es un umbral, no un final. En el inicio de la creación Dios había plantado un jardín, ahora también la nueva creación toma forma en un jardín: con una tumba cerrada que pronto se abrirá

El Sábado Santo es también un día de descanso. Según la ley judía, el séptimo día no se debe trabajar: de hecho, luego de seis días de creación, Dios descansó (cfr Gen 2,2). Ahora, también el Hijo, luego de haber completado su obra de salvación, descansa. No porque está cansado, sino porque ha concluido su trabajo. No porque se ha rendido, sino porque ha amado hasta el final. No hay nada más que agregar. Este descanso es el sello de la obra cumplida, es la confirmación de aquello que tenía que hacerse y que ha sido completado. Es un descanso lleno de la presencia oculta del Señor.

Fatigamos en detenernos y descansar. Vivimos como si la vida nunca fuese suficiente. Corremos por producir, por demostrar, por no perder terreno. Pero el Evangelio nos enseña que saber detenerse es un gesto de confianza que tenemos que aprender a cumplir. El Sábado Santo nos invita a descubrir que la vida no depende siempre de aquello que hacemos, sino también de cómo sabemos desistir de cuanto hemos podido hacer.

En el sepulcro, Jesús, la Palabra viviente del Padre, calla. Pero es justamente en aquel silencio que la vida nueva inicia a fermentar. Como una semilla en la tierra, como la oscuridad antes del amanecer. Dios no tiene miedo del tiempo que pasa, porque es Señor también de la espera. Así, también nuestro tiempo “no útil”, aquel de las pausas, de los vacíos, de los momentos estériles, puede convertirse en vientre de resurrección. Todo silencio acogido puede ser la premisa de una Palabra nueva. Todo tiempo detenido puede convertirse en tiempo de gracia, si lo ofrecemos a Dios.

Jesús, sepultado en la tierra, es el rostro mansueto de un Dios que no ocupa todo el espacio. Es el Dios que deja hacer, que espera, que se retira para dejarnos la libertad. Es el Dios que se fía, también cuando todo parece terminado. Y nosotros, en ese sábado detenido, aprendemos que no tenemos que tener prisa de resurgir: más es necesario des-

cansar, acoger el silencio, dejarse abrazar por el límite. A veces buscamos respuestas rápidas, soluciones inmediatas. Pero Dios trabaja en lo profundo, en el tiempo lento de la confianza. El sábado de la sepultura se convierte así en las entrañas de las que pueden brotar las fuerzas de una luz invencible, aquella de la Pascua.

Queridos amigos, la esperanza cristiana no nace en el ruido, sino en el silencio de una espera habitada por el amor. No es hija de la euforia, sino de un confiado abandono. Nos lo enseña la virgen María: ella encarna esta espera, esta esperanza. Cuando nos parezca que todo está detenido, que la vida es un camino interrumpido, acordémonos del Sábado Santo. También en la tumba, Dios está preparando la sorpresa más grande. Y si sabemos acoger con gratitud aquello acontecido, descubriremos que, justamente en la pequeñez, y en el silencio, Dios ama transfigurar la realidad haciendo nuevas todas las cosas con la fidelidad de su amor. La verdadera alegría nace de la espera habitada, de la fe paciente, de la esperanza que cuanto ha vivido en el amor, ciertamente, resurgirá a la vida eterna.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España de México, de Perú, de toda América Latina. En medio del ruido y de la prisa en que a veces nos encontramos, pidamos la intercesión de la Virgen María para que nos enseñe, como ella, a vivir el Sábado Santo descubriendo el sentido del silencio y de la contemplación. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

Llamamiento

Expreso mi profunda cercanía al pueblo palestino en Gaza, que continúa viviendo en el miedo y sobreviviendo en condiciones inaceptables, obligado a la fuerza -una vez más- a desplazarse de sus propias tierras.

Ante el Señor Omnipotente, que ha ordenado “No matarás” y frente a la entera historia humana, toda persona tiene siempre una dignidad inviolable, que se debe respetar y custodiar.

Renuevo el llamamiento al alto el fuego, a la liberación de los rehenes, a la solución diplomática

negociada, al respeto integral del derecho humanitario internacional.

Invito a todos a unirse a mi encarecida oración, para que pronto surja un amanecer de paz y de justicia.

DISCURSO DE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES
EN LOS CAPÍTULO GENERAL Y ASAMBLEAS DE
VARIAS CONGREGACIONES E INSTITUTOS:
MISIONEROS DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE;
SOCIEDAD DE MARÍA (MARISTAS); FRAILES
FRANCISCANOS DE LA INMACULADA; URSULINAS
DE MARÍA INMACULADA
Jueves, 18 de septiembre 2025

La obediencia escuela de libertad para enseñar al mundo el valor del sacrificio

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

¡Buenos días a todos y bienvenidos!

Queridos hermanos y hermanas, Eminencia, estoy muy contento de encontrarme con ustedes con motivo de sus capítulos y asambleas.

Saludo a la superiora y a los superiores generales presentes y a todos ustedes, comprometidos en estos días en una labor de escucha y discernimiento. Algunas de sus Congregaciones son electivas, y también esto es un gran don para la Iglesia y una gran responsabilidad, que confiamos juntos al Señor.

La de sus Institutos «es un testimonio espléndido y variado, en el que se refleja la multiplicidad de los dones otorgados por Dios a los fundadores y fundadoras que, abiertos a la acción del Espíritu Santo, han sabido interpretar los signos de los tiempos y responder de un modo clarividente a las exigencias que iban surgiendo poco a poco» (San Juan Pablo II, Exhort. ap. Vita consecrata, 9).

Así, Brigida de Jesús Morello, ya en el siglo XVII, a través de la formación de las jóvenes, en una época en la que la sociedad no siempre reconocía

plenamente su valor, inauguró una obra de promoción de la mujer que daría muchos frutos en el futuro. Del mismo modo, San Gaspar del Bufalo, dos siglos más tarde, en Roma, con las misiones populares y la difusión de la devoción a la Sangre de Cristo, se comprometió a combatir el espíritu rampante de «impiedad e irreligión» que afligía a su época. Una empresa similar emprendió en Francia el padre Jean-Claude Colin, inspirándose en su apostolado en el espíritu de humildad y escondimiento de María de Nazaret. Por último, en los años noventa del siglo XX, siguiendo los pasos de San Francisco y San Maximiliano Kolbe, nacieron los Frailes Franciscanos de la Inmaculada. Esta es la poliédrica herencia que les trae aquí hoy, y de ella podemos destacar algunos aspectos unificadores.

El primero es la importancia, en la vocación religiosa que comparten, de la vida en común, como lugar de santificación y fuente de inspiración, testimonio y fuerza en el apostolado. En ella «la energía del Espíritu que está en uno pasa contemporáneamente a todos» (íbid., 42) y «no solo se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio» (íbid.). No en vano, el Espíritu Santo inspiró a quienes les precedieron a unirse a las hermanas y hermanos que la Providencia puso en su camino, para que en la comunión de los buenos se multiplicara y creciera el bien. Así fue en los inicios de sus fundaciones y a lo largo de los siglos, y así sigue siendo ahora.

El segundo aspecto en el que me gustaría detenerme es el valor fundamental, en la consagración religiosa, de la obediencia como acto de amor. Jesús nos dio ejemplo de ello en su relación con el Padre: «No busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me ha enviado» (Jn 5,30). A este respecto, san Agustín subraya con fuerza la estrecha relación que existe, en la vida cristiana, entre la obediencia y el amor verdadero: «Les importa la caridad —dice en un discurso—; ahora bien, la obediencia es su hija [...], la raíz está bajo tierra, los frutos a la vista. No creo en lo que está arraigado en la tierra si no veo lo que cuelga de la rama.

¿Tienes la caridad? ¡Muéstrame su fruto! Haz que yo vea la obediencia [...]. Que yo pueda abrazar a la hija para reconocer la [fecundidad de] la madre» (Sermo 359 B, 12). Hoy en día, hablar de obediencia no está muy de moda: se considera una renuncia a la propia libertad. Pero no es así. La obediencia, en su significado más profundo de escucha activa y generosa del otro, es un gran acto de amor con el que se acepta morir a uno mismo para que el hermano y la hermana puedan crecer y vivir. Profesada y vivida con fe, traza un camino luminoso de entrega, que puede ayudar mucho al mundo en el que vivimos a redescubrir el valor del sacrificio, la capacidad de relaciones duraderas y una madurez en el estar juntos que va más allá del «sentir» del momento para consolidarse en la fidelidad. La obediencia es una escuela de libertad en el amor.

Por último, el tercer aspecto en el que me gustaría detenerme es la atención a los signos de los tiempos. Sin esta mirada abierta y atenta a las necesidades reales de los hermanos, ninguna de sus Congregaciones habría nacido jamás. Sus fundadores y fundadoras fueron personas capaces de observar, evaluar, amar y luego partir, incluso a riesgo de grandes sufrimientos, incluso a costa de perder lo propio, para servir a los hermanos en sus necesidades reales, reconociendo en la indigencia del prójimo la voz de Dios. Por eso es importante que trabajen en la memoria viva de esos valientes comienzos, no en el sentido de «hacer arqueología o cultivar inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado» (Francisco, Carta apostólica A todos los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada, 21 de noviembre de 2014, I, 1), identificando sus potencialidades, tal vez aún inexploradas, para ponerlas al servicio del «aquí y ahora».

Queridísimos, sé cuánto bien hacen cada día, en muchas partes del mundo, un bien a menudo desconocido a los ojos de los seres humanos, ¡pero no a los de Dios! Les doy las gracias y los bendigo de corazón, animándolos a continuar con fe y generosidad su misión. ¡Gracias!

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS
PARTICIPANTES EN LOS ENCUENTROS
PROMOVIDOS POR EL CONSEJO EPISCOPAL
LATINOAMERICANO (CELAM), LA PONTIFICIA
ACADEMIA PARA LA VIDA Y EL INSTITUTO JUAN
PABLO II

Sala del Consistorio. Viernes, 19 de septiembre de 2025

La familia canto de esperanza y lámpara encendida de la luz de Dios

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Muy buenos días, perdonen que llego un poco atrasado, gracias por la paciencia. Vamos a compartir unos pocos momentos, pero es un gusto.

Estoy contento de recibirlos hoy en el hogar de Pedro, el hogar de la Iglesia donde todos debemos sentirnos una gran familia reunidos en torno al fuego de su amor. Ustedes han dialogado durante estos días siguiendo un método sinodal, reflexionando sobre algunas cuestiones de actualidad que afectan la vida familiar. Vivir la sinodalidad en la familia requiere “caminar juntos”, compartiendo penas y alegrías, dialogando respetuosa y sinceramente entre todos sus miembros, aprendiendo a escucharse y a llegar a tomar las decisiones familiares importantes para todos.

Siguiendo este tema, y como diría nuestro querido Papa Francisco, les propongo tres palabras para reflexionar juntos: jubileo, esperanza y familia.

Jubileo, en el Antiguo Testamento, evocaba el regreso: volver a la tierra, a la condición primera de hombres libres, a los orígenes de la justicia y de la misericordia de Dios (cf. Lv 25). Hoy ese volver debemos leerlo como un llamado a regresar al centro de nuestra vida, a Dios mismo, al Dios de Jesucristo.

El Jubileo nos invita también a pensar en nuestras raíces: a la fe recibida de nuestros padres, a la oración perseverante de nuestras abuelas desgranando las cuentas del rosario, a su vida sencilla, humilde y honesta que, como fermento, sostuvo a

tantas familias y comunidades. En ellas aprendimos que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14,6). En Él encontramos nuestra verdadera alegría: el júbilo de sabernos en casa, en el lugar donde debemos estar.

El Jubileo de la Esperanza es un camino hacia el encuentro con esa Verdad que es Dios mismo. Jesús, al comenzar su misión describe este jubileo como año de gracia (cf. Lc 4,19) y después de la resurrección llama a los discípulos a “volver a Galilea” (cf. Mt 28,10). No debemos caer en el peligro de fundar nuestras vidas en seguridades humanas y en expectativas mundanas. En ámbito social podríamos traducir esta tentación en el intento de “ir tirando”, como decía san Pier Giorgio Frassati (cf. Carta a Isidoro Bonini, 27 de febrero de 1925), recientemente canonizado. Asimismo, somos conscientes de que hoy en día hay auténticas amenazas a la dignidad de la familia, como, por ejemplo, los problemas relativos a la pobreza, la falta de trabajo y de acceso a los sistemas de salud, los abusos a los más vulnerables, las migraciones, las guerras (cf. Francisco, Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 44-46). Las instituciones públicas y la Iglesia tienen la responsabilidad de buscar cómo promover el diálogo y fortalecer los elementos en la sociedad que favorezcan la vida en familia y la educación de sus miembros (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 8).

En ese contexto, podemos entender la familia como un don y una tarea. Es crucial fomentar la corresponsabilidad y el protagonismo de las familias en la vida social, política y cultural, promoviendo su valiosa contribución en la comunidad. En cada hijo, en cada esposa o esposo, Dios nos encomienda a su Hijo, a su Madre, como hizo con san José, para ser, junto a ellos, base, fermento y testimonio del amor de Dios en medio de los hombres. Para ser Iglesia doméstica y hogar donde arda el fuego del Espíritu Santo, difunda su calor, aporte sus dones y experiencias para el bien común y los convoque a todos a vivir en esperanza.

San Pablo VI, en su célebre homilía en Nazaret, exhortaba a seguir el ejemplo de la Sagrada Familia, acompañando, sosteniendo al otro en el silencio, en el trabajo y en la oración, para que Dios

realice en él el proyecto de amor que le ha reservado. Este es el amor que se encarna en cada vida nacida a la fe desde el bautismo y ungida “para proclamar este año de gracia” a todos, que encontrará a Jesús en la Eucaristía y en el sacramento del perdón, que lo seguirá en la misión como sacerdote, como padre cristiano o como consagrado, hasta el encuentro definitivo, hasta la meta de nuestra esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, la conclusión de esta reflexión debe ser una llamada al compromiso y a esa alegría desbordante que invadió a los discípulos al encontrar a Jesús Resucitado y los llevó a proclamar su nombre por toda la tierra. San Agustín definía ese “júbilo” como un regocijo que no se puede expresar con palabras y que es propio, especialmente, del Inefable (cf. Comentario al Salmo 94, 3). Sean nuestras familias ese canto silencioso de esperanza, capaz de difundir con su vida la luz de Cristo, «para que la alegría del Evangelio - citando Papa Francisco - llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz» (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288).

A todos ustedes los encomiendo a la intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, modelo perfecto que Dios ofrece como respuesta al grito desesperado de ayuda de tantas familias. Al imitarla, nuestros hogares serán antorchas vivas de la luz de Dios. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias. El Señor esté con ustedes.

Bendito sea el nombre del Señor.

Nuestra ayuda es el nombre del Señor.

Les bendiga Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

Amén.

Muchas gracias. Felicidades por la labor realizada.

DISCURSO DEL SANTO PADRE EN LA LITURGIA DE LA PALABRA CON OCASIÓN DE LA APERTURA DEL NUEVO AÑO PASTORAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA
Basílica de san Juan de Letrán. Viernes 19 de septiembre de 2025

En la ciudad marcada por crecientes pobreza hay necesidad de profecía

Queridos hermanos y hermanas, es para mí una alegría encontrarme con vosotros en la Catedral de Roma: el Papa es tal en cuanto Obispo de Roma, y yo soy con vosotros cristiano y para vosotros Obispo. Doy las gracias al cardenal vicario por las palabras con las que ha introducido este encuentro, que vivo como un gran abrazo del obispo con su pueblo.

Saludo a los miembros del Consejo episcopal, los párrocos, todos los presbíteros, los diáconos, las religiosas, los religiosos y a todos vosotros que estáis aquí en representación de las parroquias. Os doy las gracias por la alegría de vuestro discipulado, por vuestro trabajo pastoral, por las cargas que lleváis y por las que levantáis de los hombros de los muchos que llaman a las puertas de vuestras comunidades.

La palabra que Jesús le dirige a la Samaritana, que acabamos de escuchar en el Evangelio, en este tiempo histórico difícil, está ahora dirigida a nosotros Iglesia de Roma: «¡Si tú conocieras el don de Dios!» (Jn 4,10). A esa mujer cansada, que llega al pozo en la hora más cálida del día, Jesús le revela que hay un agua viva que quita la sed para siempre, un manantial que brota que no se agota nunca: es la vida misma de Dios donada a la humanidad. Este don es el Espíritu Santo, que apaga nuestra sed ardiente e irriga nuestra aridez, haciéndose luz en nuestro camino. También san Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, utiliza la palabra “don” para indicar el Espíritu Santo, el Espíritu creador capaz de renovar todas las cosas.

A través del proceso sinodal, el Espíritu ha suscitado la esperanza de una renovación eclesial, capaz de revitalizar las comunidades, para que crezcan en el estilo evangélico, en la cercanía a Dios y en la presencia de servicio y testimonio en el mundo.

El fruto del camino sinodal, después de un largo periodo de escucha y de debate, ha sido sobre todo el impulso a valorar ministerios y carismas,

partiendo de la vocación bautismal, poniendo en el centro la relación con Cristo y la acogida de los hermanos, empezando por los más pobres, compartiendo las alegrías y los dolores, las esperanzas y los cansancios. De esta manera, se destaca el carácter sacramental de la Iglesia que, como signo del amor de Dios por la humanidad, está llamada a ser canal privilegiado para que el agua viva del Espíritu pueda llegar a todos. Esto requiere la ejemplaridad del pueblo santo de Dios. Como sabemos, sacramentalidad y ejemplaridad son dos conceptos-clave de la eclesiología del Concilio Vaticano II y de la hermenéutica del Papa Francisco. Recordaréis lo querido que era para él el tema patristico del *mysterium lunae*, es decir de la Iglesia vista en el reflejo de la luz de Cristo, de la relación a Él, sol de justicia y luz de las gentes.

El Papa Francisco, en la Nota de acompañamiento del Documento final de la XVI Asamblea sinodal (24 de noviembre de 2024), escribía que «contiene indicaciones que, a la luz de sus orientaciones de fondo, ya ahora se pueden recibir en las Iglesias locales y en las agrupaciones de Iglesias, teniendo en cuenta los diferentes contextos, de lo que ya se ha hecho y de los que queda por hacer para aprender y desarrollar cada vez mejor el estilo propio de la Iglesia sinodal misionera».

Si bien, ahora nos toca a nosotros ponernos a la obra para que la Iglesia que vive en Roma se convierta en laboratorio sinodal, capaz – con la gracia de Dios – de realizar “hechos de Evangelio”, en un contexto eclesial donde no faltan dificultades, sobre todo en la transmisión de la fe, y en una ciudad necesitada de profecía, marcada como está por numerosas y crecientes pobreza económicas y existenciales, con jóvenes a menudo desorientados y familias a menudo agobiadas. Una Iglesia sinodal en misión necesita dotarse de un estilo que valore los dones de cada uno y que comprenda la función de guía como un ejercicio pacificante y armonioso, para que, en la comunión suscitada por el Espíritu, el diálogo y la relación nos ayuden a vencer los numerosos presiones hacia la contraposición o al aislamiento defensivo.

El dinamismo sinodal, por tanto, debe ser alimentado en los contextos reales de toda Iglesia local.

¿Qué significa esto concretamente?

Se trata sobre todo de trabajar por la participación activa de todos en la vida de la Iglesia. Con este propósito, un instrumento para incrementar la visión de Iglesia sinodal y misionera es el de los organismos de participación. Estos ayudan al Pueblo de Dios a ejercer plenamente su identidad bautismal, reforzando el vínculo entre los ministros ordenados y la comunidad y guían el proceso que va del discernimiento comunitario a las decisiones pastorales. Por este motivo os invito a reforzar la formación de los organismos de participación y, a nivel parroquial, a verificar los pasos hechos hasta ahora o, allí donde tales organismos falten, comprender cuáles son las resistencias, para poder superarlas.

Del mismo modo, quiero dedicar una palabra sobre las prefecturas, sobre los otros organismos que conectan ámbitos diferentes de la vida pastoral, así como sobre los mismos sectores diocesanos, pensados para unir mejor a parroquias cercanas en un determinado territorio con el centro de la diócesis. El riesgo es que estas realidades pierdan su función de instrumentos de comunión y se reduzcan a alguna reunión, donde se discute juntos sobre algún tema para después volver, a pensar y a vivir la pastoral de forma aislada, en el propio recinto parroquial o en los propios esquemas. Hoy, como sabemos, en un mundo que se ha vuelto más complejo y en una ciudad que corre a gran velocidad y donde las personas viven una permanente movilidad, necesitamos pensar y proyectar juntos, saliendo de los confines preestablecidos y experimentando iniciativas pastorales comunes. Por eso, os exhorto a hacer de estos organismos auténticos espacios de vida comunitaria donde ejercer la comunión, lugares de debate en los que llevar a cabo el discernimiento comunitario y la corresponsabilidad bautismal y pastoral.

¿Y sobre qué estamos llamados a discernir hoy?

Lo que se ha hecho en estos años es precioso, pero hay algunos objetivos que hay que perseguir con estilo sinodal sobre los cuales quisiera detenerme. El primero que os sugiero es el cuidado de las relaciones entre iniciación cristiana y evangelización, teniendo presente que la solicitud de los Sa-

cramentos se está convirtiendo en una opción cada vez menos practicada. Iniciar a la vida cristiana es un proceso que debe integrar la existencia en sus varios aspectos, habilitar gradualmente a la relación con el Señor Jesús, hacer a las personas confidentes en la escucha de la Palabra, deseosas de vivir la oración y de obrar en la caridad. Es preciso experimentar, si fuera necesario, instrumentos y lenguajes nuevos, involucrando en el camino a las familias y tratando de superar un planteamiento escolar de la catequesis. En esta perspectiva, es necesario cuidar con delicadeza y atención a aquellos que expresan el deseo del Bautismo en la adolescencia y la edad adulta. Las oficinas del vicariato a este propósito tienen que trabajar con las parroquias, teniendo particular cuidado con la formación continua de los catequistas.

Un segundo objetivo es la implicación de los jóvenes y de las familias, sobre los que hoy encontramos diversas dificultades. Me parece urgente instaurar una pastoral sinodal, empática, discreta, que no juzga, que sabe acoger a todos, y proponer recorridos lo más personalizados posibles, aptos a las diferentes situaciones de vida de los destinatarios. Ya que después las familias tienen dificultad en transmitir la fe y podrían tener la tentación de eludir esta tarea, debemos tratar de estar cerca sin sustituirlos, haciéndonos compañeros de camino y ofreciendo instrumentos para la búsqueda de Dios. Se trata – debemos decirlo honestamente – de una pastoral que no repite las cosas de siempre, sino que ofrece un nuevo aprendizaje; una pastoral que se convierte como en una escuela capaz de introducir a la vida cristiana, de acompañar las fases de la vida, de tejer relaciones humanas significativas y, así, incidir también en el tejido social especialmente al servicio de los más pobres, de los más débiles.

Finalmente – un tercer objetivo – quisiera recomendaros la formación a todos los niveles. Vivimos una emergencia formativa y no debemos engañarnos pensando en que basta llevar adelante algunas actividades tradicionales para mantener vitales nuestras comunidades cristianas. Estas se tienen que volver generativas: ser vientre que inicia a la fe y corazón que busca a aquellos que la

han abandonado. En las parroquias hace falta formación y, allí donde no lo hay, sería importante introducir recorridos bíblicos y litúrgicos, sin descuidar las cuestiones que interceptan las pasiones de las nuevas generaciones pero que nos interesan a todos nosotros: la justicia social, la paz, el complejo fenómeno migratorio, el cuidado de la creación, el buen ejercicio de la ciudadanía, el respeto en la vida de pareja, el sufrimiento mental y las dependencias, y muchos otros desafíos. No podemos ciertamente ser especialistas en todo, pero debemos reflexionar sobre estos temas, quizá poniéndonos a la escucha de las muchas capacidades que nuestra ciudad puede ofrecer.

Todos esto, os pido, debe ser pensado y hecho juntos, de forma sinodal, como pueblo de Dios que no deja, con la guía de los pastores, de esperar y tener esperanza en el banquete preparado por el Señor, según la visión del profeta Isaías (cfr 25,6-10), puedan, un día, sentarse verdaderamente todos.

El pasaje evangélico de la Samaritana se cierra con un crecimiento misionero: la Samaritana va donde sus conciudadanos, cuenta lo que le ha sucedido y estos van donde Jesús y llegan a la profesión de fe. Estoy seguro de que también en nuestra diócesis el camino iniciado y acompañado en los últimos años nos llevará a madurar en la sinodalidad, en la comunión, en la corresponsabilidad y en la misión. Renovaremos en nosotros el deseo por anunciar el Evangelio a cada hombre y cada mujer de nuestro tiempo; correremos hacia ellos como la mujer samaritana, dejando nuestro cántaro y llevando, en cambio, el agua que sacia eternamente. Y tendremos la alegría de escuchar a muchos hermanas y hermanos que, como los samaritanos, nos dirán: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo» (Jn 4,42).

La Virgen de la confianza y de la esperanza, Salud Populi Romano, nos acompañe y custodie en nuestro camino.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 21 de septiembre de 2025

No hay futuro basado en la violencia, exilio forzado y venganza

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! La palabra que escuchamos hoy en el Evangelio (Lc 16,1-13) nos hace reflexionar sobre el uso de los bienes materiales y, más en general, sobre cómo estamos administrando el bien más valioso de todos, que es nuestra propia vida.

En el relato vemos que un administrador es llamado por su señor a “rendir cuentas”. Se trata de una imagen que nos comunica algo muy importante: nosotros no somos dueños de nuestra vida ni de los bienes que disfrutamos; todo nos ha sido dado como don por el Señor y Él ha confiado este patrimonio a nuestro cuidado, a nuestra libertad y responsabilidad. Un día seremos llamados a rendir cuentas de cómo hemos administrado nuestra vida, nuestros bienes y los recursos de la tierra, a Dios y a los hombres, a la sociedad y sobre todo a quienes vendrán después de nosotros.

El administrador de la parábola ha buscado simplemente su propio beneficio y, cuando llega el día en el que debe rendir cuentas y le quitan la administración, debe pensar qué hacer para su futuro. En esta difícil situación, él comprende que el valor más importante no es la acumulación de los bienes materiales, porque las riquezas de este mundo pasan; y, entonces, se le ocurre una idea brillante: llama a sus deudores y “recorta” sus deudas, renunciando por tanto a la parte que le hubiera tocado a él. De esta manera, pierde la riqueza material, pero gana amigos, que estarán dispuestos a ayudarlo y sostenerlo.

Reflexionando sobre este relato, Jesús nos exhorta: «Gánense amigos con el dinero de la injusticia, para que el día en que este les falte, ellos los reciban en las moradas eternas» (v. 9).

El administrador de la parábola, en efecto, aun en la gestión de la riqueza deshonesto de este mundo, encuentra un modo para tener amigos, saliendo de la soledad del propio egoísmo; mucho más nosotros, que somos discípulos y vivimos en la luz del Evangelio, debemos usar los bienes del mun-

do y nuestra misma vida pensando en la riqueza verdadera, que es la amistad con el Señor y con los hermanos.

Queridos hermanos, la parábola nos invita a preguntarnos: ¿cómo estamos administrando los bienes materiales, los recursos de la tierra y la vida que Dios nos ha dado? Podemos seguir el criterio del egoísmo, poniendo la riqueza en primer lugar y pensando sólo en nosotros mismos; pero esto nos aísla de los demás y esparce el veneno de una competición que a menudo provoca conflictos. O bien podemos reconocer que hemos de administrar todo lo que tenemos como don de Dios, y usarlo como instrumento para compartir, para crear redes de amistad y solidaridad, para edificar el bien, para construir un mundo más justo, más equitativo y más fraterno.

Pidamos a la Virgen Santa que interceda por nosotros y nos ayude a administrar bien todo aquello que el Señor nos confía, con justicia y responsabilidad.

Palabras después del Ángelus

Saludo con afecto a todos ustedes, presentes en la Plaza de San Pietro y a los que están conectados a través de los medios de comunicación.

Me dirijo en primer lugar a los representantes de diversas asociaciones católicas, comprometidas en la solidaridad con la población de la Franja de Gaza. Queridos amigos, aprecio su iniciativa y muchas otras que en toda la Iglesia expresan cercanía a los hermanos y hermanas que sufren en esa tierra martirizada. Con ustedes y con los pastores de las Iglesias de Tierra Santa repito: no hay futuro basado en la violencia, en el exilio forzado, en la venganza. Los pueblos necesitan paz: quien los ama de verdad, trabaja por la paz.

Saludo a los peregrinos de las Diócesis de Míndelo, Cabo Verde, y a los de la Diócesis de Como; También a los grupos provenientes de Angola, Polonia – en particular de Bliżyn –, de Ciudad Real en España, de Porto en Portugal y de Mwanza en Tanzania.

Saludo a los sacerdotes de la Compañía de Jesús que comienzan el itinerario de estudios en Roma; a la Sociedad de San Vicente de Paul; a los fieles de Sora, Pescara, Macerata, San Giovanni in Ma-

rignano, Venezia, Bassano del Grappa, Santa Caterina Villarmosa, Taranto, Somma Vesuviana, Ponzano Romano y a los varios grupos de la diócesis de Padua.

Me complace dar la bienvenida al Coro del Colegio de Abogados de Verona; al Coro femenino de Malo, en Vicenza; a la Fundación Oasi Nazareth de Corato; a la Asociación H-Earth Mani e Cuori; incluyendo un recuerdo especial para las personas que padecen Alzheimer y ataxia.

¡Gracias a todos! ¡Les deseo un feliz domingo!

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS PARTICIPANTES EN LOS CAPÍTULO GENERAL DE: HERMANAS DE SAN PABLO DE CHARTRES, MISIONERAS SALESIANAS DE MARÍA INMACULADA, HERMANAS DE SANTA CATALINA VIRGEN MÁRTIR Y CARMELITAS DESCALZAS DE TIERRA SANTA

Sala del Consistorio, lunes 22 de septiembre 2025

La herencia de mujeres valientes en los ambientes más abandonados de la sociedad

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

¡Buenos días a todas, bienvenidas!

Me alegra encontrarme con ustedes esta mañana, con motivo de sus Capítulos y Asambleas generales. Saludo a las Superiores presentes y a todas ustedes, junto con algunos hermanos que las acompañan también en sus asambleas.

Una característica común a las Instituciones a las que pertenecen es el valor que ha caracterizado sus inicios. Por eso, me gustaría partir, para una breve reflexión, del pasaje del libro de los Proverbios que dice: «¿

Una buena ama de casa, ¿quién la encontrará? Es mucho más valiosa que las perlas.» (Pr 31,10).

Creo que sus historias ofrecen una respuesta a esta pregunta: en ellas, de hecho, Dios ha encontrado no una, sino muchas mujeres fuertes y valientes,

que no han dudado en correr riesgos y afrontar problemas para abrazar sus proyectos y responder «sí» a su llamada. Y no solo eso: han abierto el camino a muchas otras que, como ustedes, siguiendo a Cristo pobre, casto y obediente, han continuado su obra, a veces hasta el martirio.

Hablamos de mujeres extraordinarias que participaron en misión en tiempos difíciles; que se inclinaron sobre las miserias morales y materiales en los entornos más abandonados de la sociedad; que, para estar cerca de los necesitados, aceptaron arriesgar la vida, hasta perderla, víctimas de brutales violencias en tiempos de guerra.

Un antiguo himno de la Liturgia de las Horas canta las alabanzas de mujeres como ellas, revelando su secreto con estas palabras: «Han domado la carne con el ayuno, han alimentado la mente con el dulce alimento de la oración, se han saciado con las alegrías del cielo» (Hymnus Fortem virili pectore: Commune Sanctarum Mulierum, Ad I Vesperas).

Son palabras sabias y profundas, que recuerdan las raíces de su vida consagrada, tanto en la contemplación como en el compromiso apostólico. La fuerza de la fidelidad, de hecho, en ambos niveles, proviene de la misma fuente, Cristo, y los medios para obtener su riqueza son, como enseña la experiencia milenaria de la Iglesia, los nombrados: la ascesis, la oración, los sacramentos, la intimidad con Dios, con su Palabra y con las cosas del cielo (cf. Col 3,1-2).

Quizás alguien, en nuestro mundo inmanentista, podría pensar que se trata de una especie de «espiritualismo», pero esto se desmentiría fácilmente con el testimonio de lo que, a lo largo de los siglos, sus Congregaciones han hecho y siguen haciendo. Solo gracias a la fuerza que viene de Dios, de hecho, todo esto ha sido posible. Después de todo, lo experimentamos cada día: nuestro trabajo está en manos del Señor, y nosotros solo somos instrumentos pequeños e inadecuados, «siervos inútiles», como dice el Evangelio (cf. Lc 17,10). Sin embargo, si confiamos en Él, si permanecemos unidos a Él, suceden grandes cosas, precisamente a través de nuestra pobreza.

San Agustín, a este respecto, recomendaba a las

vírgenes: «Suban a las alturas con el pie de la humildad. Dios eleva a quienes le siguen con humildad [...]. Confíen en Él los dones que les ha concedido, para que los conserve; depositen en Él su fuerza (cf. Sal 58,10)» (De sancta virginitate, 52,53). Y San Juan Pablo II, meditando sobre la vida religiosa en el contexto de la Transfiguración de Cristo (cf. Mt 17,1-9), hablaba de «un “subir al monte” y un “bajar del monte”» (Exhort. ap. Vita consecrata, 25 de marzo de 1996, 14), por lo que «los discípulos que han gozado de la intimidad del Maestro, envueltos momentaneamente por el esplendor de la vida trinitaria y de la comunión de los santos, como arrebatados en el horizonte de la eternidad, vuelven de repente a la realidad cotidiana, donde no ven más que a «Jesús solo» en la humildad de la naturaleza humana, y son invitados a descender al valle, para vivir con él la fatiga del designio de Dios y emprender con valor el camino de la cruz» (ibíd.).

En esta luz miramos a Regina Protmann, María Gertrudis de la Preciosa Sangre, Marie-Anne de Tilly —con el padre Louis Chauvet— — Santa Teresa de Ávila, los ermitaños del Monte Carmelo, como personas íntimamente unidas a Dios y, por tanto, consagradas a su servicio y al bien de toda la Iglesia, comprometidas a arraigar y consolidar en las almas de los hermanos ese reino de Cristo que ellas mismas han sentido vivo en primer lugar en su interior, y a expandirlo por toda la tierra (cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, 44). Queridas hermanas, esta es la herencia que han recibido y que hace muy significativo el hecho de que estén aquí. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 44).

Queridas hermanas, esta es la herencia que han recibido y que hace muy significativo su estar aquí. También en nuestros días, de hecho, se necesitan mujeres generosas. A este respecto, permítanme dirigir un saludo especial a las hermanas Carmelitas Descalzas de Tierra Santa, aquí presentes: es importante lo que están haciendo, con su presencia vigilante y silenciosa en lugares lamentablemente desgarrados por el odio y la violencia, con su testimonio de abandono confiado en Dios, con su constante invocación por la paz. Todos las

acompañamos con nuestra oración y, también a través de ustedes, nos acercamos a quienes sufren.

Gracias a todas ustedes, hermanas, por el bien que hacen en tantos países del mundo y en tantos contextos diferentes. Las bendigo de corazón y las recuerdo ante el Señor.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 24 de septiembre de 2025

Jesús resucita abrazando las miserias humanas

Saludo del Santo Padre en el Aula Pablo VI antes de la Audiencia general

¡Una bendición para todos vosotros!

Después podréis ver la Audiencia aquí en la pantalla, o también si queréis podéis salir, pero pensando en las previsiones del tiempo, era mejor venir aquí antes de comenzar la Audiencia General. Así que, bendeciré a cada uno de vosotros que habéis venido esta mañana. Me alegra mucho estar con vosotros, ¡gracias por estar aquí! Ahora mismo hace sol fuera, pero dicen que va a llover, así que queremos que estéis bajo techo. Por tanto, sin extenderme más, que Dios os bendiga a todos y que el Señor os dé mucha paz en vuestros corazones. ¡Gracias!

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! también hoy nos detenemos en el misterio del Sábado Santo. Es el día del Misterio pascual en el que todo parece inmóvil y silencioso, mientras que en realidad se cumple una invisible acción de salvación: Cristo desciende al reino de los infiernos para llevar el anuncio de la Resurrección a todos aquellos que estaban en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Este evento, que la liturgia y la tradición nos han entregado, representa el gesto más profundo y radical del amor de Dios por la humanidad. De hecho, no basta decir ni creer que Jesús ha muerto por nosotros: es necesario reconocer que la fidelidad de su amor ha querido buscarnos allí donde nosotros mismos nos habíamos perdido, allí don-

de se puede empujar solo la fuerza de una luz capaz de atravesar el dominio de las tinieblas.

Los infiernos, en la concepción bíblica, no son tanto un lugar, sino una condición existencial: esa condición en la que la vida está debilitada y reinan el dolor, la soledad, la culpa y la separación de Dios y de los demás. Cristo nos alcanza también en este abismo, atravesando las puertas de este reino de tinieblas. Entra, por así decir, en la misma casa de la muerte, para vaciarla, para liberar a los habitantes, tomándoles de la mano uno por uno. Es la humildad de un Dios que no se detiene delante de nuestro pecado, que no se asusta frente al rechazo extremo del ser humano.

El apóstol Pedro, en el breve pasaje de su primera Carta que hemos escuchado, nos dice que Jesús, vivificado en el Espíritu Santo, fue a llevar el anuncio de salvación también «a los espíritus encarcelados» (1 Pe 3,19). Es una de las imágenes más conmovedoras, que no se encuentra desarrollada en los Evangelios canónicos, sino en un texto apócrifo llamado Evangelio de Nicodemo. Según esta tradición, el Hijo de Dios se adentró en las tinieblas más espesas para alcanzar también al último de sus hermanos y hermanas, para llevar también allí abajo su luz. En este gesto está toda la fuerza y la ternura del anuncio pascual: la muerte nunca es la última palabra.

Queridos, este descenso de Cristo no tiene que ver solo con el pasado, sino que toca la vida de cada uno de nosotros. Los infiernos no son solo la condición de quien está muerto, sino también de quien vive la muerte a causa del mal y del pecado. Es también el infierno cotidiano de la soledad, de la vergüenza, del abandono, del cansancio de vivir. Cristo entra en todas estas realidades oscuras para testimoniarnos el amor del Padre. No para juzgar, sino para liberar. No para culpabilizar, sino para salvar. Lo hace sin clamor, de puntillas, como quien entra en una habitación de hospital para ofrecer consuelo y ayuda.

Los Padres de la Iglesia, en páginas de extraordinaria belleza, han descrito este momento como un encuentro: entre Cristo y Adán. Un encuentro que es símbolo de todos los encuentros posibles entre Dios y el hombre. El señor desciende allí donde el

hombre se ha escondido por miedo, y lo llama por nombre, lo toma de la mano, lo levanta, lo lleva de nuevo a la luz. Lo hace con plena autoridad, pero también con infinita dulzura, como un padre con el hijo que teme que ya no es amado.

En los iconos orientales de la Resurrección, Cristo es representado mientras derriba las puertas de los infiernos y, extendiendo sus brazos, agarra las muñecas de Adán y Eva. No se salva solo a sí mismo, no vuelve a la vida solo, sino que lleva consigo a toda a la humanidad. Esta es la verdadera gloria del Resucitado: es poder de amor, es solidaridad de un Dios que no quiere salvarse sin nosotros, sino solo con nosotros. Un Dios que no resucita si no es abrazando nuestras miserias y nos levanta de nuevo para una vida nueva.

El Sábado Santo es, por tanto, el día en el que el cielo visita la tierra más en profundidad. Es el tiempo en el que cada rincón de la historia humana es tocado por la luz de la Pascua. Y si Cristo ha podido descender hasta allí, nada puede ser excluido de su redención. Ni siquiera nuestras noches, ni siquiera nuestros pecados más antiguos, ni siquiera nuestros vínculos rotos. No hay pasado tan arruinado, no hay historia tan comprometida que no pueda ser tocada por su misericordia.

Queridos hermanos y hermanas, descender, para Dios, no es una derrota, sino el cumplimiento de su amor. No es un fracaso, sino el camino a través del cual Él muestra que ningún lugar está demasiado lejos, ningún corazón demasiado cerrado, ninguna tumba demasiado sellada para su amor. Esto nos consuela, esto nos sostiene. Y si a veces nos parece tocar el fondo, recordemos: ese es el lugar desde el cual Dios es capaz de comenzar una nueva creación. Una creación hecha de personas que se han vuelto a levantar, de corazones perdonados, de lágrimas secadas. El Sábado Santo es el abrazo silencioso con el que Cristo presenta toda la creación al Padre para volver a colocarla en su diseño de salvación.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Queridos hermanos y hermanas, si a veces nos parece que hemos tocado fondo, recordemos que ese es el lugar desde el que Dios es capaz

de comenzar una nueva creación hecha de corazones perdonados. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Anuncio

Queridos hermanos y hermanas, el mes de octubre, ya cercano, en la Iglesia está dedicado particularmente al santo Rosario.

Por eso invito a todos, cada día del próximo mes, a rezar el Rosario por la paz, personalmente, en familia y en comunidad.

Además invito a quienes prestan servicio en el Vaticano a vivir esta oración en la Basílica de San Pedro, cada día, a las 19.00.

En particular, la tarde del sábado 11 de octubre, a las 18.00, lo haremos juntos en la plaza de San Pedro, en la Vigilia del Jubileo de la Espiritualidad Mariana, recordando también el aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, Domingo, 28 de septiembre de 2025

La cercanía a las poblaciones asiáticas golpeadas por un tifón

Queridos hermanos y hermanas:

De corazón dirijo mi saludo a todos ustedes que han participado en esta celebración jubilar dedicada a los catequistas, especialmente a aquellos que han sido instituidos hoy en este ministerio. Y junto con ustedes, quiero enviar un caluroso saludo y mis mejores deseos de buen servicio a los catequistas y a las catequistas de toda la Iglesia esparcida por el mundo. Gracias a ustedes por el servicio a la Iglesia. Recemos por ellos, en particular por aquellos que trabajan en condiciones muy difíciles, Dios los bendiga a todos.

Saludo a los peregrinos de la diócesis de Vicenza con su obispo y los otros grupos de fieles procedentes de varios países.

En estos días, un tifón de excepcional magnitud se abatió sobre distintos territorios asiáticos, en particular Filipinas, la Isla de Taiwán, la ciudad de Hong Kong, la región de Guangdong y Vietnam. Me siento cercano a las poblaciones afecta-

das, especialmente las más pobres, y rezo por las víctimas, los desaparecidos, las numerosas familias desplazadas, la gran cantidad de personas que han sufrido dificultades, y también rezo por los que se empeñan en los trabajos de socorro y por las autoridades civiles. Invito a todos a la confianza en Dios y a la solidaridad. Que el Señor les dé fuerza y ánimo para superar la adversidad.

Tengo la alegría de anunciar que el próximo 1 de noviembre, en el contexto del Jubileo del Mundo Educativo, conferiré el título de Doctor de la Iglesia a san John Henry Newman, el cual contribuyó de manera decisiva en la renovación de la teología y la comprensión de la doctrina cristiana en su desarrollo.

Y ahora nos encomendamos a la intercesión de la Virgen María. Que ella, que ha sido madre y la primera discípula de Jesús, sostenga hoy el compromiso de la Iglesia en el anuncio de la fe.

Audiencia general

Plaza San Pedro, Miércoles, 1 de octubre de 2025

Se evite siempre cualquier forma de violencia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El centro de nuestra fe y el corazón de nuestra esperanza se encuentran profundamente enraizados en la resurrección de Cristo. Leyendo con atención los Evangelios, nos damos cuenta de que este misterio es sorprendente no solo porque un hombre -el Hijo de Dios- resucitó de entre los muertos, sino también por el modo en que eligió hacerlo. De hecho, la resurrección de Jesús no es un triunfo estruendoso, no es una venganza o una revancha contra sus enemigos. Es el testimonio maravilloso de cómo el amor es capaz de levantarse después de una gran derrota para proseguir su imparable camino.

Cuando nos recuperamos de un trauma causado por los demás, a menudo la primera reacción es la rabia, el deseo de hacer pagar a alguien lo que hemos sufrido. El Resucitado no actúa de este modo. Cuando emerge de los abismos de la muerte, Jesús no se toma ninguna venganza. No regresa

con gestos de potencia, sino que manifiesta con mansedumbre la alegría de un amor más grande que cualquier herida y más fuerte que cualquier traición.

El Resucitado no siente la necesidad de reiterar o afirmar su propia superioridad. Él se aparece a sus amigos -los discípulos-, y lo hace con extrema discreción, sin forzar los tiempos de su capacidad de acoger. Su único deseo es volver a estar en comunión con ellos, ayudándolos a superar el sentimiento de culpa. Lo vemos muy bien en el cenáculo, donde el Señor se aparece a sus amigos aprisionados por el miedo. Es un momento que expresa una fuerza extraordinaria: Jesús, después de haber descendido a los abismos de la muerte para liberar a quienes allí estaban prisioneros, entra en la habitación cerrada de quienes están paralizados por el miedo, llevándoles un don que ninguno hubiera osado esperar: la paz.

Su saludo es simple, casi habitual: «¡Paz a vosotros!» (Jn 20, 19). Pero va acompañado de un gesto tan bello que resulta casi inapropiado: Jesús muestra a los discípulos las manos y el costado con los signos de la pasión. ¿Por qué exhibir sus heridas precisamente ante quienes, en aquellas horas dramáticas, lo renegaron y lo abandonaron? ¿Por qué no esconder aquellos signos de dolor y evitar que se reabra la herida de la vergüenza?

Y, sin embargo, el Evangelio dice que, al ver al Señor, los discípulos se llenaron de alegría (cf. Jn 20, 20). El motivo es profundo: Jesús está ya plenamente reconciliado con todo lo que ha sufrido. No guarda ningún rencor. Las heridas no sirven para reprender, sino para confirmar un amor más fuerte que cualquier infidelidad. Son la prueba de que, precisamente en el momento en que hemos fallado, Dios no se ha echado atrás. No ha renunciado a nosotros.

Así, el Señor se muestra nudo y desarmado. No exige, no chantajea. Su amor no humilla; es la paz de quien ha sufrido por amor y ahora finalmente puede afirmar que ha valido la pena.

Nosotros, en cambio, a menudo ocultamos nuestras heridas por orgullo o por el temor de parecer débiles. Decimos “no importa”, “ya ha pasado todo”, pero no estamos realmente en paz con las

traiciones que nos han herido. A veces preferimos esconder nuestro esfuerzo por perdonar para no parecer vulnerables y no correr el riesgo de sufrir de nuevo. Jesús no. Él ofrece sus llagas como garantía de perdón. Y muestra que la resurrección no es la cancelación del pasado, sino su transfiguración en una esperanza de misericordia.

Luego, el Señor repite: «¡Paz a vosotros!». Y añade: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21). Con estas palabras, confía a los apóstoles una tarea que no es tanto un poder como una responsabilidad: ser instrumentos de reconciliación en el mundo. Es como si dijese: «¿Quién podrá anunciar el Rostro misericordioso del Padre sino vosotros, que habéis experimentado el fracaso y el perdón?».

Jesús sopla sobre ellos y les dona el Espíritu Santo (v. 22). Es el mismo Espíritu que lo ha sostenido en la obediencia al Padre y en el amor hasta la cruz. Desde ese momento, los apóstoles ya no podrán callar lo que han visto y oído: que Dios perdona, levanta, restaura la confianza.

El centro de la misión de la Iglesia no consiste en administrar un poder sobre los demás, sino en comunicar la alegría de quien ha sido amado precisamente cuando no se lo merecía. Es la fuerza que ha hecho nacer y crecer la comunidad cristiana: hombres y mujeres que han descubierto la belleza de volver a la vida para poder donarla a los demás.

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros somos enviados. El Señor también nos enseña sus heridas y dice: Paz a vosotros. No tengáis miedo de mostrar vuestras heridas sanadas por la misericordia. No temáis aproximaros a quien está encerrado en el miedo o en el sentimiento de culpa. Que el soplo del Espíritu nos haga también a nosotros testigos de esta paz y de este amor más fuertes que toda derrota.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Espíritu Santo que nos haga testigos de la paz de Cristo, sin miedo a mostrar las heridas sufridas en el camino y sanadas por su misericordia, que son signo de un amor que es más fuerte que la muerte. Que Dios los bendiga.

Muchas gracias.

Llamamiento

Me entristecen las noticias que llegan desde Madagascar sobre los violentos enfrentamientos entre las fuerzas del orden y jóvenes manifestantes, que han provocado la muerte de algunos de ellos y un centenar de heridos. Oremos al Señor para que se evite siempre cualquier forma de violencia y se favorezca la búsqueda constante de la armonía social mediante la promoción de la justicia y del bien común.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS
REPRESENTANTES DE LA “CONFEDERACIÓN
MÉDICA LATINOIBEROAMERICANA Y DEL CARIBE”
(CONFEMEL)

Sala del Consistorio, Jueves, 2 de octubre de 2025

El algoritmo no sustituye un gesto de cercanía

Empezamos con la señal de la Cruz, con la cual todos fuimos salvados: en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. ¡La paz esté con ustedes!

Muy buenos días a todos y bienvenidos.

Me alegra recibirlos esta mañana en el Vaticano. Ustedes pertenecen a la Confederación Médica Latinoiberoamericana y del Caribe, un organismo que representa a más de dos millones de médicos que trabajan para hacer llegar una asistencia sanitaria de calidad a todos los rincones de sus países. Gracias por esta incansable labor.

Hoy, 2 de octubre, la Iglesia celebra a los Santos Ángeles Custodios. Esta memoria puede ayudarnos a reflexionar sobre la relación médico-paciente, que se basa en el contacto personal y en el cuidado de la salud, se podría decir, así como los ángeles que nos cuidan y protegen en el camino de la vida. Este tema también me recuerda unas palabras de san Agustín, en las que se refería a Cristo como médico y como medicamento. Él es médico porque es palabra y medicamento porque es palabra hecha carne (cf. Sermón 374, 23). Ciertamente, la “palabra” y la “carne” son fundamentales; el

diálogo, la comunicación y el contacto físico siempre han de estar presentes en la relación terapéutica, más allá de los instrumentos y herramientas que se utilicen para tratar las enfermedades.

Como leemos en el Evangelio, Jesús curó a varios enfermos. Podríamos citar el caso de aquel leproso que, «cayendo de rodillas, le dijo: “Si quieres, puedes purificarme”. Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Lo quiero, queda purificado”. En seguida la lepra desapareció y quedó purificado» (Mc 1,40-42). No se trata de un gesto mecánico, entre el leproso y Jesús se ha establecido una relación personal: el que no podía ser tocado encuentra en una caricia de Jesús la salud y la salvación.

Asimismo, son muchas las figuras de médicos que han sabido dedicar sus vidas al bien de sus pacientes. Me gustaría hoy recordar al beato José Gregorio Hernández, uno de los médicos más conocidos en Venezuela a principios del siglo XX. Lo considero un buen ejemplo para ustedes, pues supo compaginar su alta competencia médica con su dedicación a los más necesitados, lo que le valió el título de “médico de los pobres”.

A la luz de estas reflexiones, los invito a seguir profundizando en la importancia de la relación médico-paciente. Una relación entre dos personas, con sus cuerpos y su interioridad, con su historia. Esta convicción nos ayuda también a arrojar luz sobre el lugar de la inteligencia artificial en medicina: puede y debe ser una gran ayuda para mejorar la asistencia clínica, pero nunca podrá ocupar el lugar del médico, porque ustedes «son – como decía el Papa Benedicto XVI –, reservas de amor, que llevan serenidad y esperanza a los que sufren» (Benedicto XVI, Ángelus, 1 de julio de 2012). El algoritmo nunca podrá sustituir un gesto de cercanía o una palabra de consuelo.

Queridos amigos: tienen por delante grandes y estimulantes desafíos, que requieren ser afrontados con esperanza. Al finalizar este nuestro encuentro pido a «Cristo Jesús, nuestra esperanza» (1 Tm 1,1) y a la Santísima Virgen María, Salud de los enfermos, que acompañe a todos ustedes en este peregrinaje que todos hacemos hacia la casa del Padre. Que Dios los bendiga a todos. Muchas gra-

cias.

Y concluyamos entonces pidiendo la bendición del Señor sobre ustedes y todos sus colegas. Son tanto importantes esa relación y esa posibilidad de vida y esperanza que ustedes también ofrecen a todos sus pacientes, a todos los enfermos.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES DEL ENCUENTRO “REFUGEES & MIGRANTS IN OUR COMMON HOME”

Sala Clementina, Jueves 2 de octubre 2025

Políticas concretas de reconciliación para afrontar el desafío migratorio

Empecemos, así, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con vosotros. Buenos días a todos, y bienvenidos.

Es un placer para mí daros la bienvenida al Vaticano en el ámbito de vuestra conferencia, que tiene como tema “Refugiados y migrantes en nuestra casa común”. Doy las gracias a los organizadores de estas jornadas de debate, reflexión y colaboración, como también a cada uno de vosotros por su presencia y las contribuciones que da a esta iniciativa.

El tiempo que pasáis juntos da inicio a un proyecto trienal con el objetivo de crear “planes de acción” centrados en cuatro pilares fundamentales: enseñanza, investigación, servicio y apoyo. De tal manera, acogéis la invitación dirigida por el Papa Francisco a las comunidades académicas a ayudar a responder a las necesidades de nuestros hermanos y hermanas desplazados, concentrándoos en las áreas de vuestra competencia. (cfr. Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en un encuentro sobre refugiados organizado por la Pontificia Universidad Gregoriana, 29 de septiembre de 2022).

Estos pilares forman parte de la misma misión: reunir las voces más autorizadas de una variedad de disciplinas con el fin de responder a los actua-

les desafíos urgentes planteados por el creciente número de personas, estimado actualmente en más de 100 millones, que se ven afectadas por la migración y el desplazamiento. Rezo para que vuestros esfuerzos al respecto produzcan ideas y enfoques nuevos, buscando siempre poner la dignidad de cada persona humana en el centro de toda solución.

Mientras proseguís vuestro encuentro, quisiera sugerir dos temas que podríais integrar en vuestros planes de acción: la reconciliación y la esperanza. Uno de los obstáculos que a menudo surgen cuando se afrontan dificultades de tales dimensiones es la actitud de indiferencia por parte tanto de las instituciones como de los individuos. Mi venerable predecesor ha hablado de “globalización de la indiferencia”, allí donde nos acostumbramos a los sufrimientos de los otros y ya no tratamos de aliviarlos. Esto puede llevar a esa que anteriormente he definido “globalización de la impotencia”, cuando corremos el riesgo de volvernos inmóviles, silenciosos y quizá tristes, pensando que no se puede hacer nada cuando nos encontramos delante del sufrimiento de inocentes (cfr. Videomensaje con ocasión de la presentación de la candidatura del proyecto “Gestos de la acogida” a la lista del patrimonio cultural inmaterial de la UNESCO, 12 de septiembre de 2025).

Así como el Papa Francisco habló de la cultura del encuentro como antídoto a la globalización de la indiferencia, también nosotros debemos comprometernos para afrontar la globalización de la impotencia promoviendo una cultura de reconciliación. De esta manera particular de encontrar a los otros, «debemos encontrarnos curando nuestras heridas, perdonándonos el mal que hemos hecho y también el que no hemos hecho, pero del que llevamos los efectos» (Ibidem). Esto exige paciencia, disponibilidad a la escucha, capacidad de identificarse con el dolor de los otros y el reconocimiento de que tenemos los mismos sueños y las mismas esperanzas.

Quisiera por tanto animaros a llevar formas concretas para promover gestos y políticas de reconciliación, especialmente en tierras donde hay heridas profundas causadas por conflictos de larga

duración. Esta no es una tarea sencilla, pero si queremos que los esfuerzos de trabajar por un cambio duradero tengan éxito, estos deben incluir formas para tocar los corazones y las mentes.

Al formular vuestros planes de acción es importante también recordar que migrantes y refugiados pueden ser testigos privilegiados de esperanza a través de su resiliencia y su confianza en Dios (cfr. Mensaje para la 111ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado). A menudo conservan su fuerza mientras buscan un futuro mejor, no obstante los obstáculos que encuentran. Mientras nos preparamos para celebrar los Jubileos de los Migrantes y de las Misiones en este Año Santo jubilar, os animo a resaltar estos ejemplos de esperanza en las comunidades en las que servís. De tal manera pueden servir de inspiración para los otros y ayudar a desarrollar formas para hacer frente a los desafíos que han afrontado en su vida.

Con estos sentimientos, os deseo una conferencia fructífera y rezo para que, iluminados por el Espíritu Santo, podáis continuar trabajando para encontrar soluciones comprensivas con el fin de promover una cultura del encuentro, reconciliación y solidaridad fraterna en beneficio de todos. Con gusto imparto mi bendición a cada uno de vosotros y a los que forman parte de vuestra misión. Gracias.

Recemos juntos como nos ha enseñado Jesús: Padre nuestro...

L'Osservatore Romano, Edición cotidiana, Año CLXV n. 226, jueves 2 octubre 2025, p. 4.

HOMILÍA DEL PAPA LEÓN XIV EN EL JUBILEO
DEL MUNDO MISIONERO Y DE LO MIGRANTES

*Plaza de San Pedro XXVII domingo del Tiempo
Ordinario, 5 de octubre de 2025*

Acogida, compasión y solidaridad para quien huye de la violencia

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy el Jubileo del Mundo Misionero y de los Migrantes. Es una hermosa ocasión para reavivar en nosotros la conciencia de la vocación

misionera, que nace del deseo de llevar a todos la alegría y la consolación del Evangelio, especialmente a aquellos que viven una historia difícil y herida. Pienso en modo particular en los hermanos migrantes, que han debido abandonar su tierra, muchas veces dejando a sus seres queridos, atravesando las noches de miedo y de soledad, padeciendo en su propia piel la discriminación y la violencia.

Estamos aquí porque, ante la tumba del apóstol Pedro, cada uno de nosotros debe decir con alegría: toda la Iglesia es misionera, y es urgente —como afirmó el Papa Francisco— que «salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 23).

El Espíritu nos manda continuar la obra de Cristo en las periferias del mundo, marcadas a veces por la guerra, la injusticia y por el sufrimiento. Ante estos escenarios oscuros, brota de nuevo el grito que tantas veces en la historia se ha elevado a Dios: Señor, ¿por qué no intervienes?, ¿por qué pareces ausente? Este grito de dolor es una forma de oración que permea toda la Escritura y, esta mañana, lo hemos escuchado del profeta Habacuc: «¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que tú escuches [...] ¿Por qué me haces ver la iniquidad y te quedas mirando la opresión?» (Ha 1,2-3).

El Papa Benedicto XVI, que recogió estos interrogantes durante su histórica visita a Auschwitz, retomó el tema en una catequesis, afirmando: «Dios calla, y este silencio lacera el ánimo del orante, que llama incesantemente, pero sin encontrar respuesta. [...] Dios parece tan distante, olvidadizo, tan ausente» (Catequesis, 14 septiembre 2011).

La respuesta del Señor, sin embargo, nos abre a la esperanza. Si el profeta denuncia la fuerza ineluctable del mal que parece prevalecer, el Señor por su parte le anuncia que todo esto tiene un momento fijado, un término, porque la salvación vendrá y no tardará: «El que no tiene el alma recta, sucumbirá, pero el justo vivirá por su fidelidad» (Ha 2,4).

Hay una vida, por tanto, una nueva posibilidad de vida y de salvación que proviene de la fe, por-

que la fe no sólo nos ayuda a resistir al mal perseverando en el bien, sino que transforma nuestra existencia hasta hacerla un instrumento de la salvación que Dios sigue queriendo realizar en el mundo. Y, como nos dice Jesús en el Evangelio, se trata de una fuerza mansa, la fe no se impone con los medios del poder y en modos extraordinarios; es suficiente un grano de mostaza para lograr cosas impensables (cf. Lc 17,6), porque lleva en sí la fuerza del amor de Dios que abre caminos de salvación.

Es una salvación que se realiza cuando nos comprometemos en primera persona y nos hacemos cargo, con la compasión del Evangelio, del sufrimiento del prójimo; es una salvación que se hace camino, de forma silenciosa y aparentemente ineficaz, en los gestos y en las palabras cotidianas, que son como la pequeña semilla de la que habla Jesús; es una salvación que lentamente crece cuando nos hacemos “siervos inútiles”, es decir, cuando nos ponemos al servicio del Evangelio y de los hermanos no para buscar nuestros intereses, sino sólo para llevar al mundo el amor del Señor.

Con esta confianza, estamos llamados a renovar en nosotros el fuego de la vocación misionera. Como afirmaba san Pablo VI, «nos corresponde a nosotros anunciar el Evangelio en este período extraordinario de la historia humana, un tiempo, ciertamente, sin precedentes, en el que, a vértices de progreso, nunca antes logrados, se asocian abismos de perplejidad y desesperación, también sin precedentes» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones, 25 junio 1971).

Hermanos y hermanas, hoy se abre en la historia de la Iglesia una época misionera nueva.

Si por un largo periodo hemos asociado la misión con el “partir”, el ir hacia tierras lejanas que no habían conocido el Evangelio o se encontraban en situaciones de pobreza, hoy las fronteras de la misión ya no son las geográficas, porque son la pobreza, el sufrimiento y el deseo de una esperanza mayor las que vienen hacia nosotros. Nos lo atestigua la historia de muchos de nuestros hermanos migrantes, el drama de su fuga de la violencia, el sufrimiento que los acompaña, el miedo a no lograrlo, el riesgo de peligrosas travesías a lo largo

de las costas del mar, su grito de dolor y desesperación. Hermanos y hermanas, esas barcas que esperan avistar un puerto seguro en el que detenerse y esos ojos llenos de angustia y esperanza que buscan una tierra firme a la que llegar, no pueden y no deben encontrar la frialdad de la indiferencia o el estigma de la discriminación.

La cuestión no es “partir”, sino más bien “permanecer” para anunciar a Cristo a través de la acogida, la compasión y la solidaridad. Permanecer sin refugiarnos en la comodidad de nuestro individualismo, quedarnos para mirar a la cara a aquellos que llegan desde tierras lejanas y sufrientes, permanecer para abrirles los brazos y el corazón, acogerles como hermanos, ser para ellos una presencia de consolación y esperanza.

Son tantas las misioneras, los misioneros, pero también los creyentes y las personas de buena voluntad, que trabajan al servicio de los migrantes, y para promover una nueva cultura de la fraternidad sobre el tema de la migración, más allá de los estereotipos y los prejuicios. Pero este precioso servicio interpela a cada uno de nosotros, en la medida de sus posibilidades. Este es el tiempo —como afirmaba Papa Francisco— de constituirnos todos en un «estado permanente de misión» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 25).

Todo esto exige al menos dos grandes compromisos misioneros: la cooperación misionera y la vocación misionera.

En primer lugar, les pido promover una renovada cooperación misionera entre las Iglesias. En las comunidades de antigua tradición cristiana como las occidentales, la presencia de muchos hermanos y hermanas del sur del mundo debe ser acogida como una oportunidad, para un intercambio que renueva el rostro de la Iglesia y suscita un cristianismo más abierto, más vivo y más dinámico. Al mismo tiempo, cada misionero que parte para otras tierras, está llamado a habitar las culturas que encuentra con sagrado respeto, dirigiendo al bien todo lo que encuentra de bueno y de noble, y llevándoles la profecía del Evangelio.

Quisiera además recordar la belleza y la importancia de las vocaciones misioneras. Me dirijo en particular a la Iglesia europea. Hoy se necesita un

nuevo impulso misionero, de los laicos, religiosos y sacerdotes que ofrezcan su servicio en las tierras de misión, de nuevas propuestas y experiencia vocacionales capaces de suscitar este deseo, especialmente en los jóvenes.

Queridos hermanos y hermanas, envío con afecto mi bendición al clero local de las Iglesias particulares, a los misioneros y a las misioneras, a aquellos que están en discernimiento vocacional. Mientras que a los emigrantes les digo: son siempre bienvenidos. Los mares y los desiertos que han atravesado, en la Escritura son “lugares de salvación”, en los que Dios se hizo presente para salvar a su pueblo. Les deseo encontrar este rostro de Dios en las misioneras y en los misioneros que encontrarán.

Encomiendo a todos a la intercesión de María, primera misionera de su Hijo, que se pone en camino sin demora hacia los montes de Judea, llevando a Jesús en su seno y poniéndose al servicio de Isabel. Ella nos sostenga, para que cada uno de nosotros sea colaborador del Reino de Cristo, Reino de amor, de justicia y de paz.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, Domingo, 5 de octubre de 2025

Alcanzar lo antes posible los resultados esperados en las tratativas de paz en Oriente Medio

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de rezar juntos el ángelus, deseo saludar y agradecer a todos los que han participado en esta celebración jubilar dedicada a los misioneros y a los migrantes. Son ustedes unos buenos misioneros pues han venido incluso bajo la lluvia. Gracias. Toda la Iglesia es misionera, un gran pueblo que se pone en camino hacia el Reino de Dios. Es algo que nos han recordado hoy los hermanos y las hermanas misioneras y migrantes. Pero, nadie debe ser obligado a partir, ni ser explotado o maltratado a causa de su necesidad o por su condi-

ción de forastero. Ante todo, se debe preservar la dignidad humana.

Saludo a todos los peregrinos presentes, en particular aquellos de la Diócesis de Pavía, guiados por su obispo, como también a los fieles, entre los que se encuentran algunos jóvenes de Belén, que traen la estatua de la Virgen de la Revelación.

En la tarde del martes, 30 de septiembre, un fuerte terremoto ha golpeado la región central de las Filipinas, en particular la provincia de Cebú y otras islas cercanas. Expreso mi cercanía al querido pueblo filipino, en particular rezo por aquellos que están sintiendo con mayor dureza los efectos del terremoto. En todo peligro, permanezcamos unidos y solidarios, confiando siempre en Dios y en la intercesión de su Madre.

Expreso mi preocupación por la proliferación del odio antisemita en el mundo, como por desgracia se ha visto en el atentado terrorista en Manchester, perpetrado hace pocos días. El enorme sufrimiento del pueblo palestino en Gaza continúa a causarme dolor.

En estas últimas horas, en la dramática situación de Oriente Medio, se están llevando a cabo algunos pasos significativos para hacer avanzar las tratativas de paz, que espero puedan cuanto antes alcanzar los resultados esperados. Pido a todos los responsables el compromiso para continuar por este camino, con el alto el fuego y la liberación de los rehenes. Al mismo tiempo exhorto a todos a permanecer unidos en la oración, de modo que los esfuerzos que se están realizando puedan poner fin a la guerra y conducirnos hacia una paz justa y duradera.

Nos unimos espiritualmente a todos los que se han reunido en el Santuario de Pompeya para la Súplica a la Virgen del Rosario. En este mes de octubre, contemplando con María los misterios de Cristo Salvador, intensificamos nuestra oración por la paz: una oración que se hace solidaridad concreta con las poblaciones devastadas por la guerra.

Gracias a los muchísimos niños que en todo el mundo se han comprometido a rezar el Rosario por esta intención. Gracias de corazón.

Angelus Domini...



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

Dear Brother in Christ,

It is with great joy that I write to you, following a practice begun by Pope Francis more than ten years ago, associating the entire Episcopal College at important moments of Papal Magisterium.

May "Dilexi te" help the Church to serve the poor and help bring the poor to Christ.

Fraternally in Christ,

Leo PP. XIV

El documento "Sobre el amor a los pobres" acompañado de una carta del Papa al Colegio Episcopal. «Que 'Dilexi te' pueda ayudar a la Iglesia a servir a los pobres y a acercarlos a Cristo». León XIV escribió esto al Colegio Episcopal en una carta que acompañaba a la Exhortación Apostólica «Dilexi te», firmada el pasado 4 de octubre y publicada jueves 9, día de su presentación en la Oficina de Prensa de la Santa Sede. Publicamos, a continuación el texto de la carta papal en una traducción del inglés.

Querido hermano en Cristo:

Con gran alegría os escribo, siguiendo una práctica iniciada por el Papa Francisco hace más de diez años, que involucra a todo el Colegio Episcopal en los momentos importantes del Magisterio Pontificio. Que "Dilexi te" pueda ayudar a la Iglesia a servir a los pobres y a acercarlos a Cristo.

Fraternalmente en Cristo,

LEÓN PP. XIV